

# Black

CRUCE DE CAMINOS



Bea  
Melworren

*Cruce de  
caminos*

**Todos los derechos reservados.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Registrado en Safe Creative:

Diseño de cubierta: Jose Francisco Tapia Sanchez.

Bea Melworren, 2019

[www.beamelworren.wordpress.com](http://www.beamelworren.wordpress.com)

[worrenmel@gmail.com](mailto:worrenmel@gmail.com)

Edición: Enero 2019

*Para **Emma**, ojalá nunca pases por los mismos baches que Carolina, pero si es así, recuerda que sabrás salir de ello.*

*Para todas las mujeres fuertes de mi familia, las que están, las que se fueron y las que vendrán.*

Por fin conseguía sentarme después de un día de locura, en sí lo era preparar una boda en menos de un mes, solo porque tu querida hermana pequeña no quería esperar un poco. Pero no pude hacerla entrar en razón, así que claudiqué y ahí estábamos, un veintidós de junio celebrando la boda de Helena con «su hombre» como ella le llamaba a cada rato, volviéndome loca.

Pido un Martini, una de las pocas bebidas alcohólicas que me gustan, y me apoyo en la barra de la disco movida, que aún no comienza ya que todavía están cenando. Demasiada comida para una cena, estoy acostumbrada a comer poco por la noche, y ver tal cantidad de comida en tan poco espacio de tiempo ha conseguido que se me cerrase el estómago.

Me duelen los pies, se me clavan las horquillas del recogido que llevo y el vestido azul oscuro me resulta incómodo. Estoy deseando llegar a casa, quitarme todos los adornos y sentarme en el sofá a disfrutar de una taza de té, quizás leeré un rato o veré algún programa en la televisión. Pero dejaría de estar en el punto de mira de la mitad de mi familia, que aún siguen preguntándome por mi exmarido, y de la otra mitad que no deja de insistir en prepararme citas con... a cada cual más garrulo e inadecuado.

No estoy preparada, no quiero compromisos y no necesito que nadie me ponga en camino de tener una relación.

—¿Cansada o aburrida? —pregunta una voz masculina a mi derecha.

Le miro por el rabillo del ojo y reconozco al hermano de mi cuñado, ha llegado esta mañana justo para estar en la boda, así que ni siquiera ha habido tiempo de presentarnos.

—Ambas —contesto dándole un sorbo al Martini y evaluando de reojo a mi acompañante.

—Me uno al club entonces. —El camarero pone frente a él una cerveza, nada sofisticado teniendo en cuenta que hay al menos treinta bebidas disponibles para los invitados—. ¿Puedo acompañarte?

Asiento con la cabeza y se coloca en un taburete alto a mi lado.

—Por los novios —brindamos y el silencio se hace presente. A fin de cuentas, es un extraño para mí, ni siquiera sé su nombre—. Me llamo Black, y

tú tienes que ser...

—¿Black? —le miró sin poder disimular que lo que veo me gusta.

Es guapo, más de lo que esperaba, ya que Jaime es bastante normalito a mi entender, pero él hombre que tengo frente a mí es atractivo, y el traje de seda gris oscuro le sienta fenomenal. Debajo de la chaqueta puedo adivinar sus marcados músculos y... me obligo a apartar la vista y dejar de babear como una tonta adolescente de dieciocho años.

—Nunca me ha gustado mi nombre y en el instituto ese era mi apodo, decidí conservarlo —explica con una sonrisa pícaro en la cara.

—Déjame que lo adivine —pido siguiéndole el juego—, ¿eras gótico?

—*Heavy*, aunque nunca se deja de serlo —asiento y me termino la copa—. Y tú eres Carolina.

—La misma —contesto aunque ni siquiera lo ha preguntado—. Espero que no te hayan hecho una encerrona para que te ocupes de mí.

Suelta una carcajada que me desconcierta.

—¿En verdad crees que podrían obligarme a algo?

No sé qué responder, no le conozco, así que me encojo de hombros, pido una segunda bebida para completar mi cupo y poder marcharme a casa.

—Tan solo buscaba un poco de tranquilidad —dice contestándose a sí mismo.

—Al menos aquí no nos molestarán durante... ¡diez minutos! —exclamo después de mirar el reloj y resoplo, no puedo con más emotivos momentos y en nada toca cortar la tarta con los empalagosos besos llenos de nata—. Voy a colapsar de tanto azúcar, adoro a mi hermana, pero... es todo demasiado romántico y pastoso.

—¿Una mala experiencia? —deduce y parece que pudiera leerme la mente que vuela hacia mi fracasado matrimonio.

—Sí, y después de tres años aún pesa un poco —confieso sin saber por qué, no es algo de lo que me guste hablar, forma parte de un pasado que preferiría borrar, pero no puedo y a veces, aún después de tanto tiempo, duele recordarlo.

—Habéis hecho un gran trabajo —señala cambiando de tema y no puedo evitar sonreír ante el cumplido—, sobre todo teniendo en cuenta que mi madre quería un bodorrio de más de trescientos invitados. Sois las primeras que lográis salir con la vuestra.

Me giro hacia él y veo la diversión en sus ojos grises.

—Helena se tuvo que poner firme un par de veces, después Jaime habló con ella y parece que entró en razón, aunque anda un poco seria hoy. —Querría hablar más, contarle que ha sido horrible lidiar con la suegra, pero no debo olvidar que es su hijo y lo que menos quiero es generar un conflicto en el que yo salga escaldada.

—Tiene que aprender: es nuestra vida, ella ya eligió su camino —levanta una ceja seguramente ante mi gesto de incredulidad—, ¿no me crees?

—Por lo general, los hombres... —Me muerdo la lengua, lo que tengo en mente suena a reproche—. Tu actitud es muy distinta de la de otros hombres que conozco —me aventuro sin saber dónde me estoy metiendo.

—Yo no soy como la mayoría de los hombres y Jaime tenía que haber tomado las riendas mucho antes y no dejar que tu hermana tuviese que ponerse firme —pide otra cerveza y eso me da ventaja para seguir observándole.

¿Por qué no le conocí a él primero? O al menos a uno que tuviera las ideas tan claras como él, capaz de atar en corto a su madre y no caer en manipulaciones baratas. Aunque claro, el problema de Alfonso no era solo el venir acompañado por una madre que me odiaba y se dedicaba a dirigir nuestra relación, ojalá solo hubiese tenido que lidiar con eso, pero tenía una cara oculta que no tardó en aparecer.

De nada sirve lamentarse ni mirar atrás, elegí y me equivoqué, no supe ver la realidad y mi matrimonio se fue a la mierda. Fin de la historia.

El camarero me ofrece otra copa y niego con la cabeza.

—Ya he llegado a mi límite —explico como si a él pudiese importarle—. Ha sido agradable conocerte, Black.

Me levanto y veo cierta incomodidad en sus ojos, las preguntas se quedan agarrotadas en su garganta, puesto que no le doy pie a ellas.

—Espero que lo pases bien el resto de la noche, yo voy a ver el momento tarta y me marcho a casa. Ya he tenido suficiente por hoy. —De nuevo cuento más de lo que debería, pero me ha caído bien y, para ser sincera, ha sido el mejor rato de toda la noche, así que me siento en la obligación de decírselo.

Me despido de él y entro en el salón sin saber si me sigue o se ha quedado apurando su bebida. Justo a tiempo, veo a mi hermana y mi cuñado en pleno corte de tarta, acaramelados y románticos hasta el extremo.

No puedo evitar una punzada de celos al ver como se miran. Para ellos no

hay nadie más en el inmenso salón decorado en blanco y azul.

Espero hasta que los brindis acaban y las conversaciones se reanudan y me acerco a la mesa presidencial. Recibo una mirada ceñuda de mi madre, pero la ignoro, hoy no es día de discutir, este momento le pertenece a mi hermana.

—Helen —la llamo, se levanta y me da un abrazo en menos de un segundo. ¿Cómo puede moverse tan rápido envuelta en tanto tul blanco?

—¿Te vas? —pregunta aun sabiendo la respuesta. Coloco un mechón de pelo caoba detrás de su oreja, nos parecemos tanto, la gran diferencia es que sus ojos marrones brillan de felicidad desde que conoció a Jaime hace unos meses, los míos hace años que se apagaron.

—Estoy agotada y a vosotros os queda mucha fiesta por delante. —Le doy otro achuchón sintiendo que la pierdo un poco, se acabaron las noches de sofá y película, los paseos por la orilla del mar, las largas charlas de café y pastas, pero es lo que toca: avanzar y aprender a vivir de nuevo.

Después de dos años de convivencia va a ser difícil dar marcha atrás y volver a estar sola, pero sé que tiene que ser así, ella ahora tiene un marido y una vida nueva que empieza hoy. Antes de ahogarme en mi soledad, me da un nuevo abrazo y me dejo mimar un poco.

—Gracias —me dice al oído sin soltarme—. Ha tenido que ser duro para ti todo esto y, sin embargo, has estado a mi lado, ayudándome en todos los detalles y...

Me separo de ella y la sonrío mientras la limpio una lágrima traicionera que le ha impedido continuar hablando.

—¿Cómo no iba a estar el día más feliz de tu vida? Ahora disfrutadlo mucho —les pido mirando a Jaime que está de pie junto a nosotras—, lo que queda de boda y la luna de miel, cuando volváis tendréis que contármelo todo sin omitir detalle. Cuídala mucho —le pido, sin necesidad, a mi cuñado.

He visto cómo la trata y cuánto la quiere, sé que mi hermana ha hecho una buena elección y me alegro por ella y por él. Consigo que Helena me suelte después de otro apretado abrazo, que casi me deja sin aliento y me despido de la pareja.

Tras diez eternos minutos de charla de mi madre recriminándome lo inapropiado de mi escapada, consigo zafarme de ella y salgo por fin del salón rumbo a la libertad.

Nunca nos hemos llevado bien, tanto es así que con dieciocho años accedí a

casarme con mi novio del instituto solo por salir de su influjo y de su casa. Un error que aún arrastro sobre mi espalda.

«Mierda» mascullo entre dientes, tengo prisa por marcharme, pero no se me ha ocurrido ir llamando al taxi y ahora me va a tocar esperar lo que quiera tardar en venir. Salgo por las amplias puertas de cristal del restaurante y el frío me congela el cerebro, ese que se olvidó de recordarme que aún hace fresco aunque ya estemos en verano. Me estremezco y me arrebujó en el minúsculo chal que he llevado, como si así pudiera resguardarme, vano intento, pero no me apetece volver a entrar.

He conseguido salir sin que se dieran cuenta el resto de invitados y si vuelvo me expongo a que se percaten y alguno quiera retenerme.

Busco el móvil en mi bolso y, antes de que pueda llamar, alguien coloca un abrigo sobre mis hombros, me giro para saber quién es y ahí está de nuevo mi confidente de la barra.

Antes de que pueda decir una palabra, aparece un taxi frente a nosotros.

—Si quieres, puedo compartirlo contigo.

—No hace falta —murmuro devolviéndole el abrigo. ¿Por qué se va si aún no ha empezado la fiesta?

—Nunca me han gustado estos saraos, una boda debería ser algo íntimo, entre las dos personas que se aman, el resto es quedar bien con el mundo y gastar dinero sin necesidad. —De nuevo contesta a una pregunta que no he formulado salvo en mi cabeza.

—Te entiendo —señalo con mi coletilla preferida cuando no sé qué decir. Me estremezco y él frunce el ceño.

—Insisto, es absurdo que te quedes aquí pasando frío —se adelanta y me abre la puerta.

—Seguramente tú irás al otro lado de la ciudad y... —No puedo evitar que me castañeen los dientes.

—Voy al apartamento de Jaime y, según me dijo esta mañana, vuestra casa está bastante cerca de la suya. Podemos parar justo en el medio y hacer el resto del camino a pie.

Estamos ahí, parados en mitad de la noche, con un taxi cuyo taxímetro lleva corriendo un buen rato y, por alguna razón que no comprendo, mi mente no reacciona de forma coherente, viéndole como una amenaza cuando no lo es. Es el hermano de Jaime, mi cuñado, y dudo que quiera hacerme daño si se parece

mínimamente a él.

Asiento y me indica con una mano que suba al coche, lo hago y no puedo dejar de mirarle cuando él hace lo mismo, tratando de evaluarle, de ver más allá de su rostro perfecto y los buenos modales.

Durante los veinte minutos que dura el trayecto no hablamos, él mira al frente, ajeno a mi escrutinio o, al menos, eso parece. Hay algo extraño e intrigante en Black, casi adictivo, no puedo apartar la vista de él, de su mejilla recién rasurada, del hoyuelo en el centro de su barbilla, de sus ojos grises... y mi imaginación junto a mi curiosidad se dispara. Cualquiera otro se hubiese quedado allí, esperando pasar un buen rato con alguna amiga de la novia y él sin embargo se marcha, con el hermano aguafiestas.

De lo poco que sé de él, una de las cosas es que no tiene pareja, ni intención de tenerla, según Jaime, claro. Entonces por qué no aprovechar y... Me diluyo entre preguntas que jamás me atrevería a hacerle, son demasiado personales y yo demasiado discreta.

Llegamos y antes de que pueda abrir el bolso ya ha pagado y me está abriendo la puerta con su abrigo preparado para ponerlo sobre mis hombros.

No me resisto y me dejo mimar un poco, un momento nada más no puede hacerme daño y hoy me siento especialmente necesitada de cariño. Mañana mi anhelo habrá pasado y podré comportarme como siempre, con frialdad y sensatez.

—Gracias, pero... —estoy dispuesta a pagar la mitad de la carrera, pero ni siquiera sé cuánto ha sido ni por qué se ha parado tan lejos de casa.

—Me apetecía caminar un poco, espero que no te importe —apenas son las doce de la noche.

Y ahí estamos, cerca del puerto de Santander, mi tierra, de paseo en una bonita noche de junio de un día que había empezado lleno de estrés, prisas, volantes y momentos azucarados y que acaba de mejorar notablemente.

—En ese caso será mejor que me quite estos tacones o mañana no seré capaz de andar en todo el día.

Me siento en un banco de piedra y saco unas bailarinas del bolso, con tan poca suela que es como si estuviera descalza, pero mejor eso que la tortura de los tacones. Me las pongo, cojo los zapatos con la mano izquierda y comenzamos a andar.

No sé cómo romper este silencio que hay entre nosotros, ni siquiera sé si

quiero hacerlo, ni qué estoy sintiendo, mientras camino a su lado. Por un momento me pierdo en divagaciones, dejo que mi imaginación vuele como si aquello significase algo más. Cuando no somos más que dos conocidos.

—Hacía años que no estaba por aquí —señala mi acompañante rompiendo el mutismo—, lo echaba de menos.

—A mí me encanta —reconozco sin poder apartar la vista de El Sardinero.

—Creo que lo voy a disfrutar mucho estos meses —afirma desconcertándose.

—¿Piensas quedarte por aquí?

Se detiene y observa el mar embravecido, como si estuviese tomando la decisión en ese preciso instante.

—Es posible —señala y me mira con intensidad, con esos ojos grises que parecen traspasar cualquier límite, sin duda mi imaginación ya está haciendo de las suyas—. Jaime me ha ofrecido su apartamento, no pensaba aceptarlo más de unas semanas, pero estoy pensando que quizás sea interesante alargar mi estancia.

Me mira y creo vislumbrar un brillo extraño en esos ojos que me gustan tanto, sin duda la luz de las farolas y mi mente bobalicona haciendo de las suyas.

—¿Qué te parece la idea? —cuestiona como si yo tuviera algo que opinar.

Por un segundo me pierdo en preguntas que no llevan a nada, ¿por qué ha cambiado de opinión? Y ¿por qué siento o quiero sentir que yo tengo algo que ver? Sacudo la cabeza, obligándome a dejar de soñar despierta, hoy no es mi día, no estoy en mis cabales y la muestra de ello es que a mis treinta años aún me deslumbra el chico malo del instituto.

—Seguro que a Jaime le gustará tenerte por aquí —contesto y me reprocho mentalmente por los pájaros que vuelan por mi cabeza—. Habla mucho de vosotros, de cuando eráis niños, de las travesuras y los juegos.

—Es un sentimental —gruñe entre dientes, pero con una ligera sonrisa que le delata, no le es tan desagradable como quiere aparentar.

Seguimos caminando, esta vez en silencio. Noto el olor de su perfume en el abrigo y me dejo envolver por él. Soy demasiado consciente de su presencia a mi lado, de lo erráticos de mis pensamientos y de lo que me gustaría ser una persona distinta capaz de enamorarme de alguien como él, o al menos de la imagen que da con sus palabras.

—Hemos llegado —anuncio al pie de la larga cuesta que lleva a la casa que compartimos Helena y yo—, no hace falta que subas, no voy a ser tan cruel teniendo en cuenta que te has desviado bastante de tu propio camino. Gracias por acompañarme y por el abrigo.

Me lo quito y se lo doy, su mano roza la mía y no sé si huir o alargar el momento. Así que me quedo ahí, plantada como un seto, esperando que él tome la decisión. El contacto es efímero, mejor así, sin duda.

—Ha sido un placer, Ka.

—¿Ka?

—¿Prefieres Carol? —pregunta y guiña un ojo dando un paso hacia mí.

—No —me retraigo y él lo nota—, ya nadie me llama así. Hasta otro día —contesto con precipitación.

Me giro y emprendo la subida a buen ritmo. «Carol», así me llamaba mi ex; sin querer, su recuerdo se filtra entre las múltiples barreras que en su día puse para protegerme de él, aún duele su engaño y sus palabras. Esas que poco a poco anularon mi voluntad hasta volverme arcilla en sus manos, con la autoestima por los suelos y la certeza de que sin él yo no era nada.

Entro en casa y el gato de mi hermana acude a saludarme, seguida del cocker de Jaime. Durante dos semanas son mi responsabilidad y mi compañía.

Los correspondo y me dispongo a rematar la noche viendo alguna comedia en la tele, necesito reírme un rato y borrar la imagen de Alfonso de mi memoria.

El domingo pasa tan rápido que el lunes me asalta sin piedad, aún estoy cansada del sábado, pero toca emprender la semana y de nada me va a servir quejarme.

Después de sacar a pasear a *Rocks*, salgo de casa rumbo al trabajo. Las siete de la mañana, la ciudad despierta poco a poco mientras una fina lluvia cae sobre ella. Me coloco el gorro y me pongo en marcha.

No he dado ni diez pasos cuando Black aparece frente a mí, en ropa deportiva negra. Su camiseta de manga corta me deja entrever un tatuaje bastante grande en su brazo izquierdo. ¿Qué hace en mi calle a esas horas?

—¡¡Hola, Ka!! —No puedo evitar sonreír ni recrearme en los músculos que marcan la camiseta.

—Te vas a empapar —señalo a modo de saludo. Tratando de ser práctica y salir de mi ensoñación mañanera.

—¿Tú no? —Me guiña un ojo y me gusta, se me está yendo la cabeza por momentos. No puedo dejarme llevar, al menos no con él.

—Solo un poco, que tengas un buen día.

Paso de largo, huyendo de él y de las extrañas sensaciones que me producen sus guiños y sus sonrisas. Tengo que poner tierra de por medio antes de que la situación se vuelva intensa y complicada.

Antes de que pueda avanzar mucho se coloca frente a mí con los brazos cruzados.

—¿Dónde vas a estas horas de la mañana? —cuestiona con la clara intención de alargar el encuentro.

—Un lunes a las siete de la mañana, ¿de verdad necesitas preguntarlo?

—Bien, te acompaño. —Niego con la cabeza.

—Te vas a quedar congelado, ya nos vemos otro día.

Vuelvo a emprender la marcha rodeándole y, por un segundo, coloca su mano sobre mi brazo. A pesar de la fina gabardina noto el calor que emana de él y la férrea determinación de salirse con la suya.

—Tengo que irme —repito y, de nuevo, la amenaza se cierne sobre mí. Me

observa serio y decidido.

—Entonces vamos y así podemos hablar por el camino.

Me rindo, ya no puedo entretenerme por más tiempo, así que echo a andar a paso ligero como cada mañana, con él a mi lado.

—¿Y te dedicas a...?

—Soy administrativa en una empresa de logística, no tiene mucho glamour, pero paga las facturas y me permite vivir —contesto sin saber por qué doy tantas explicaciones.

—¿Horario de mañana? —Le miro de reojo, ¿por qué tiene tanto interés en mí?—. Los amigos que tenía hace años ya no están, mi hermano anda de luna de miel, eres a la única que conozco aquí y...

—Ya veo. Sí, trabajo de mañana —contesto con parquedad.

Su respuesta ha sido sincera, pero no deja de resonar en mi cabeza, soy el único entretenimiento que hay disponible. No me gusta sentirme utilizada, estoy segura de que en cuanto Jaime regrese su interés por mí desaparecerá.

Dejo que la rabia me acompañe y me mantengo en silencio durante más de media hora, quizás así descubra que no soy tan divertida como parece suponer. Acelero el ritmo, pero no desisto en seguirme, estoy a un paso de mi trabajo y de perder la paciencia cuando me sujeta del brazo y me impide continuar andando.

—¿Qué pretendías que te dijera? —cuestiona cazando al vuelo mis elucubraciones. Me lee demasiado bien, aunque no me importa si eso consigue que me libere de sus atenciones. No quiero ser el plan b de nadie.

—Nada, es solo que a veces la sinceridad duele y esta es una de esas veces —pongo los brazos en jarras—, aun así te lo agradezco, pero no voy a poder entretenerte estos días, tengo mil cosas que hacer antes de que regresen, te recomiendo que emplees tu tiempo en algo más productivo. Seguro que, si buscas, encontrarás algo mejor que pasear conmigo.

Me suelto de su agarre sin dificultad y sigo caminando, esperando que haya entendido mi mensaje.

—¿De verdad te has enfadado por eso? —pregunta alcanzándome.

Me encojo de hombros y entro por la puerta de mi trabajo, cerrando tras de mí sin mirarle. Ojalá le haya quedado claro mi desinterés.

La mañana pasa rauda y veloz entre números y papeles. Cuando llegan las tres estoy cansada y con ganas de irme a casa. Así que recojo mis bártulos,

coloco las carpetas bien alineadas y me marcho, llevo dos años en la empresa y aunque siempre hay mucho que hacer, me gusta.

Llego a casa en autobús, dejo el bolso y la gabardina en el recibidor y me preparo una ensalada para comer, necesito un rato de sofá y lectura antes de seguir trasladando las cosas a la parte de arriba de la casa. Fue una sorpresa, cuando Helena me llamó una tarde de domingo para contarme que un tío de nuestra madre nos había dejado en herencia una casa maravillosa con dos plantas habitables por separado, la planta de arriba tiene una escalera independiente, tres habitaciones, un baño, una cocina y un salón enormes, sin contar con la bella terraza que me tiene enamorada. La parte de abajo es igual, pero con patio.

Un recuerdo me asalta sin que pueda evitarlo.

*Estamos viendo la casa después de firmar un millón de papeles en el notario. Alfonso está enfadado, lo noto en su manera pausada de caminar, sus puños cerrados y el ceño fruncido, junto con alguna mirada asesina que me dirige y que a Helena no le pasan desapercibidas. Me espera una buena discusión cuando volvamos a casa, pero estaba hecho, no quería compartir ese espacio más que con mi hermana, y aprovechando que tenemos régimen de separación de bienes he firmado yo sola.*

*Por fin tengo un lugar que puedo considerar mío, y me siento emocionada por ello.*

*—¿Qué te parece? —pregunta Helena cuando nos quedamos solas en la terraza de la planta de arriba.*

*—Es una gozada —murmuro apoyada en la barandilla de madera, podría pasarme horas allí sentada leyendo o simplemente contemplando el horizonte—. Me gustaría tanto vivir aquí, me pido la parte de arriba*

*La guiño un ojo y la sonrío, pero ella no hace lo mismo, lleva seria un buen rato.*

*—Y a mí que compartiésemos casa, pero... —se queda callada unos segundos e imagino lo que está a punto de decirme.*

*—Lo entiendo.*

*—No lo soporto y lo siento, Carola, no le quiero aquí. No me gusta cómo te trata ni cómo te mira, como si fueras una simple propiedad más en vez de una persona muy válida. Esa idea absurda de que no trabajes, para luego echarte en cara que no lo haces. No puedo con él, lo lamento.*

*No sé qué decirle, así que me quedo mirando el paisaje tratando de poner en orden mis ideas sin conseguirlo.*

*—Ven a vivir conmigo —me pide y me gustaría tanto hacerlo, desde hace tiempo no soy feliz al lado de Alfonso, no soporto sus celos, sus insultos, sus enfados ni a su madre.*

*—¿Y dejarlo todo? —pregunto en un susurro ahogado aunque la idea es muy tentadora.*

*Llevo demasiado tiempo viviendo con él, siento que no podría estar en otro lugar, ¿cómo me mantendría?, ¿cómo pagaría mis gastos?*

*—Con él no tienes nada, bueno, sí, una mierda de vida que no has elegido tú —dice en un murmullo—. Entiendo que quisieras alejarte de mamá y que no tuvieras otra salida, pero ahora la tienes, conmigo. Tú y yo juntas.*

*—No sé, Helen. Ojalá fuera todo tan fácil como hacer una maleta y marcharme —contesto aterrada, en realidad era sencillo teniendo un lugar a donde ir. Por primera vez tengo una oportunidad nueva y, aunque me da miedo considerarla, sé que mi mente no va a parar de darle vueltas.*

*—Piénsalo —me agarra por la cintura y me siento reconfortada y valorada—. La floristería va genial, así que podrías ayudarme hasta que encuentres algo de lo tuyo, volverías a vivir por ti misma y no a cuenta de él. Te está anulando como persona y...*

*—¡¡¡Carol, vámonos!!! —el grito de Alfonso corta la conversación y me rompe por dentro.*

*Nunca se muestra así delante de la gente, los gritos e insultos siempre son a puerta cerrada, ¿cuál será el siguiente paso si ya no le importa enseñárselo a mi hermana? Me atemoriza pensar en ello, ¿podría ser capaz de golpearme y yo consentirlo?*

*Me giro hacia él, con el corazón en un puño y sin soltar la mano de Helena. Ella me ofrece libertad, empiezo a ser consciente de que mi vida a su lado cada día va peor, no cumplo con los cánones de mujer sumisa, aunque poco a poco ha ido minando mi confianza.*

*¿Qué estoy haciendo? Me pregunto mientras agacho la cabeza y paso al lado de Helena sin despedirme siquiera.*

*Me seco una lágrima y sacudo la cabeza tratando de borrar ese gesto de odio que tanto daño me hizo. Aquel día fui consciente de que mi vida no era*

perfecta, pero aún así tardé dos años más en salir de sus garras.

Tengo que ser práctica, volver al pasado lo único que me genera es dolor y me niego a vivir así. Me levanto del sofá y voy hasta mi habitación, ya tengo todas las cajas preparadas salvo algo de ropa que recogeré cuando vuelvan los tortolitos y no me tenga que ocupar de sus mascotas.

Mi vida se reduce a cuatro cajas y una maleta, con menos me fui de casa de Alfonso y en estos años no he querido volverme loca acumulando cosas. Las llevo a la amplia entrada primero, para luego subirlas una a una por la empinada escalera.

Voy a añorar vivir con Helena, aunque estoy contenta por ella no puedo evitar sentir un poco de celos, Jaime me ha robado lo más estable de mi vida. Me amonesto por pensar así de mal, sacudo la cabeza y abro la puerta que da al porche delantero y a los inmensos rosales que mi hermana adora y cuida.

Cojo una caja y cuando voy a salir alguien me la quita de las manos.

—¿Qué narices haces? —pregunto enfadada, antes de que pueda pensar en quién puede ser escucho una risa inconfundible, mi primo Tomás.

—¿Pensabas que te iba a dejar hacer la mudanza tu sola? —me asomo por detrás de la caja para ver su amplia sonrisa.

Alzo una ceja, nadie, salvo Helena, sabía que hoy llevaría mis cosas a la planta de arriba.

—Será posible —murmuró y él vuelve a reírse.

—Ya sé que tú puedes con esto y más, nena, pero déjame que ejercite los músculos, desde que nació Zoe hace menos de dos meses no he podido ir al gimnasio y empiezo a atrofiarme.

—Como si eso fuera posible —digo pasando frente a él antes de que se estropee la espalda con esa caja llena de libros.

Subo las escaleras y Tomás no me deja hacer nada más que abrirle la puerta, no tarda ni cuarto de hora en subirlas todas y cada una de ellas, colocándolas donde yo le pido.

—Te invito a una cerveza, es lo mínimo que puedo hacer, ¿no? O ¿necesitas que te haga de niñera?

—Dudo que lo necesitemos en mucho tiempo, Valle no está preparada para dejarla con nadie y yo tampoco, si te soy sincero —contesta y sus ojos negros se iluminan al hablar de su pequeña y recién estrenada familia.

—Es normal, es muy pequeña todavía.

Miro al cielo, se ha quedado una tarde bonita, así que le invito a sentarse en las escaleras de piedra y entro a por un par de cervezas, aunque no es mi bebida favorita ni mucho menos y sé que acabaré tirando la mitad, pero no tengo nada más que eso o agua.

Salgo de casa y me siento a su lado.

—Gracias —se pasa la mano por su pelo negro y corto, está nervioso y parece preocupado.

—Suéltalo —le pido, hemos crecido juntos, hemos vivido mil y una aventuras en el pueblo. Nos conocemos muy bien y sé que algo le preocupa.

—Esto de tener un bebé y eso... Es complicado, sabes, cuando parece que todo está bien de repente se pasa toda la tarde llorando, en brazos de su madre o míos y sin saber qué hacer. Luego viene mi madre o la de Valle y empiezan a dar consejos y opiniones que no nos van y...

—Y ¿por qué los aceptáis?, no lo hiciste cuando te metiste en el ejército, ¿recuerdas a tu madre y la guerra que te dio para que no lo hicieses? —asiente y continuo—. Ese día no lo pensaste, no dejaste que ella dirigiese tú vida, era tu decisión y tu deseo y lo llevaste a cabo, a pesar de su disgusto.

—Sí, pero esto es distinto, está en juego Zoe y...

—Y sois los únicos que la conocéis, seguid vuestro instinto, cerrar los oídos y vuestra casa a visitas incómodas y aprended de vuestra hija, es la única que os puede decir qué necesita. —Me mira extrañado, sé que no son los consejos habituales que se suelen dar.

El silencio se instala entre nosotros, apura su cerveza y me observa.

—Es el mejor consejo que he recibido en estos días, gracias, nena —me pasa una mano por el hombro y me abraza.

—Los primeros meses son muy difíciles, el bebé se está adaptando al mundo, y si encima las abuelas no ayudan a que haya paz y tranquilidad...

Me detengo al ver su intensa mirada llena de preguntas, he hablado de más y se ha activado su curiosidad.

—¿Cómo sabes tanto de bebés? —cuestiona, y me amonesto mentalmente por haber sido tan tonta de casi delatarme, me encojo de hombros, pero no le engaño—. Primero el libro ese de Carlos González, luego lo de la Liga de la Leche y ahora...

—Solo abrí Google y ya está, es muy fácil, hay muchísima información en Internet, solo hay que querer buscarla —hay desconfianza en sus ojos.

—¿Seguro?

—Claro, quizás he estado muy pesada y...—me justifico.

—Al contrario —me interrumpe rápidamente—, nos has ayudado mucho, lo único que se me hace raro que sepas tanto de bebés y una información tan buena.

Me encojo de hombros y miro el reloj buscando una salida.

—Deberías volver con tus dos mujeres —le quito el botellín vacío de las manos—. No remolonees y ve con ellas. Gracias por haberme ayudado.

Le doy un beso en la mejilla y le empujo ligeramente para que se levante. No me cree, lo sé, nos conocemos demasiado bien, pero no puedo contarle la verdad, no estoy preparada ni dispuesta a pasar por ello, no ahora.

Se despide y se marcha. Sé que no le he convencido, durante meses, desde que supe que Valle estaba embarazada he estado junto a ella, mandándole información, acompañándole a las reuniones y charlas cuando Tomás no estaba para hacerlo, pero en algún momento he demostrado saber demasiado y hoy la he vuelto liar. Tengo que tener más cuidado, no quiero compartir con nadie esa parte de mi pasado, soy consciente de lo que pasaría y no deseo generar más dolor.

Mi hijo tendría tres años ya, un niño perfectamente normal al que su padre decidió privar del derecho de nacer, por celos, por no perder mi tiempo en exclusiva, porque, en definitiva, Alfonso jamás amó a nadie salvo a él mismo.

Aún me odio por aquello, pero sobre todo por haber confiado en él, haber dejado que leyese el dichoso informe y creer que mi bebé no estaba sano.

Me aborrezco y lo haré siempre por la decisión tomada, por la cara de la única enfermera que no estaba comprada en aquella sala de la clínica abortiva. Eso fue lo que me hizo desconfiar y, en cuanto fui capaz de moverme, me puse a averiguar la verdad. Ya era demasiado tarde, pero fue el revulsivo que necesitaba para dejarle.

Hace frío ahí sentada, pero no quiero entrar, no deseo volver a la vida ahora que estoy regodeándome en mi dolor. Hace mucho que no me lo permito en mi afán por superar lo vivido y crear una nueva vida, pero, a pesar del tiempo transcurrido, aún me hiere demasiado.

Apoyo la cabeza en mis rodillas y dejo que mis lágrimas corran libres, es como una puñalada atravesada en mi corazón que siempre estará ahí. Es aquello por lo que no puedo ser feliz y aunque soy consciente de ello, no he

hecho ni haré nada por cambiar las cosas.

Es lo que merezco, maté a mi bebé por confiar en un hombre que no valía nada. Debo pagar por ello.

Es tarde, pero aun así necesito verla, pedirla perdón por no explicarme correctamente y conocerla un poco más. No puedo evitar mi interés por ella y su complicada cabeza.

Llego hasta su casa por la acera de enfrente y me paralizó al verla con otro, sentada tranquilamente en la entrada de su casa, charlando con una cerveza en la mano. Le roza y la bilis me sube por la garganta. No tengo derecho a ponerme así, lo sé y, sin embargo, no consigo evitarlo. Hay demasiada familiaridad entre ellos, Carolina se ríe y mi paciencia se resiente.

Sé lo que me está pasando, los celos me consumen a pesar de que la escena es de lo más inocente. Debo alejarme de allí cuanto antes, pero mis pies se niegan a obedecer mi orden. Sería tan fácil cruzar la calle y estampar mi puño en su cara, pero cuando estoy a punto de traspasar los pocos metros que nos separan y hacer una locura, recuerdo las lágrimas de Julia, las últimas que derramó por mi culpa y cómo mi actitud de matón rompió nuestra relación.

No quiero volver a ser ese hombre, juré no volver a caer en el mismo error y pienso cumplir mi promesa toda la vida, aunque eso signifique tener que dar la vuelta y marcharme.

Lo hago, me giro y bajo la cuesta con rapidez, regreso al pequeño apartamento de Jaime, por el camino compro algo de cena, algo fácil, que no me haga perder tiempo, y me atrincheró allí, en ese espacio de treinta metros cuadrados durante el resto de la semana. Necesito aplacar la bestia que llevo dentro, entender mi motivación y presentarme ante Carolina con la mejor versión de mí.

Llega el viernes, he pasado el tiempo yendo a la playa a correr y pensando qué hacer con el dinero que tengo ahorrado, lo único que tengo claro es que voy a quedarme en Santander, y espero que Carolina forme parte de mi nueva vida aquí.

Tengo algo pendiente antes de poder verla de nuevo, así que me encamino hacia «la casa familiar», qué ironía, una familia que dejó de serlo cuando mi padre faltó. Las palabras de Jaime la mañana de su boda encienden mi enfado.

—Tengo que decirte algo —asegura Jaime, ¿avergonzado?—. No voy a

*poder devolverte todavía el resto del dinero que me dejaste.*

*—Sabes que no hay problema —digo colocándome la corbata, Jaime ya está listo para su boda—. Cuando recuperes tu inversión ya me lo darás.*

*—No hay ninguna inversión, lo utilicé para la hipoteca del apartamento —suelta de golpe y me giro hacia él sin entender de qué está hablando—. Nunca recibí el dinero de nuestro padre, mamá lo usó, no debería haberte pedido nada, pero...*

*—Jaime, siempre que requieras algo, pídemelo. Para eso estoy aquí —le recuerdo, mientras la ira me corroe por dentro, no por él, sino por quien dice ser nuestra madre y es capaz de gastarse lo que no era suyo sin necesidad alguna.*

No quise seguir hablando del tema y le pedí que me hablase de su Helena, ya habría tiempo de arreglar aquello, pero no era el momento.

Aún tengo llaves, pero llamo al timbre. Después de subir en el ascensor, tras más de cinco minutos en los que intuyo que está en la mirilla decidiendo si abrir o no, al fin lo hace y me muestra su peor sonrisa.

—Hola, Marta —saludo, hace años que no la llamo mamá y ella bien sabe por qué, no finge que no le incomoda verme y que preferiría no tenerme delante.

—El hijo pródigo ha vuelto —me adelanto obligándola a dejarme entrar al amplio salón de tonos beige, noto sobre mi espalda como me taladra con la mirada—. ¿Por cuánto tiempo esta vez? —me giro hacia ella dispuesto para la batalla.

Cierra la puerta dando un fuerte portazo y me encara.

—El que sea necesario —contesto con parquedad. No quiero que sepa todavía que he decidido quedarme.

—Llegas hace casi una semana y ni siquiera vienes a ver a tu madre. Eres un hijo descastado. —estoy tan acostumbrado a sus muestras de cariño que ni me inmuto ante su insulto.

—Es lo que tiene ser una manipuladora, la gente al final se da cuenta y se cansa de ser una marioneta en manos de alguien que dice quererle solo para tenerle atado.

—¿A qué has venido? Tengo muy claro desde hace tiempo, que solo tengo un hijo. —Sonríó solo por el placer de crisarla un poco más—. Espero que no lo envenenes contra mí para luego...

—Tú sola vas perdiendo terreno, no necesito decirle nada a mi hermano. Poco a poco se irá dando cuenta de la clase de madre que eres.

Se echa a llorar, pero sé que es solo una manera de tratar de manejarme y llevarme a su terreno. Trucos de salón que no me provocan más que una profunda repulsión, ¿por qué no puede ser una madre normal?

—¿Cómo puedes tratarme así? —Solloza aún más fuerte—. Yo que te he dado todo lo que tenía, que te he dedicado mis mejores años, mi juventud, que apoyé tu idea absurda de montar ese negocio y...

—Ese dinero era la herencia de mi padre, me correspondía por derecho, y de no habérmelo dado, gracias a ese juez que falló a mi favor —chirría los dientes, tuve que ponerle una reclamación civil para conseguir lo que era mío, no me perdona esa ofensa, lo sé, pero ya no me preocupa—, lo habrías dilapidado como hiciste con el de Jaime. Debería darte vergüenza hacerle eso a tu hijo.

—Ya te lo ha contado, tenía que callarse. ¡¡No te incumbe!! —chilla, en otro tiempo hubiese hecho todo lo posible por calmarla, pero ya no, no se lo merece.

—Te equivocas. Debí hacerlo mucho antes, ojalá lo hubiese hecho cuando cumplió los dieciocho y le recordé la existencia de ese dinero, pero no quiso y te aprovechaste de ello.

Me observa con odio, pero no me sorprende, la primera vez que me miró así fue cuando le pedí mi dinero, hasta entonces jugó al despiste a pesar de su mal trato hacia mí. Tenía dieciocho años, pero la conocía lo suficiente como para negarme a que ella lo usase.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos.

Me río y su indignación crece.

—Solo cogí lo que era mío, y ojalá me hubiese llevado lo de Jaime. Si lo hubiese hecho, él ahora tendría la espalda cubierta para empezar su nueva vida de casado.

—Esa mala mujer —murmura entre dientes y se aleja de mí hacia el amplio ventanal del enorme salón.

—Helena, se llama Helena —repito captando su atención, una sonrisa horripilante cruza su cara, antaño fue hermosa, pero el tiempo y los malos sentimientos han dejado su huella en ella.

—Esa enana y rechoncha bruja le embrujó y encima le habló mal de mí. Ya

la irás conociendo, a ella y a la pegatina de su hermana. Todo el día juntitas, cuchicheando y tocándose como si fueran...

—¿Acaso es mentira que querías preparar tú la boda? —Pregunto antes de que insulte a Carolina y se me vaya la cabeza—. No, pero jamás serás sincera con nadie, ni siquiera contigo misma.

—Y a ti ¿qué más te da?, ¿qué te importa lo que hagamos aquí? Tú tienes tu vida en otro lado, no te metas o no dudaré en...

—¡No permitiré que jodas el matrimonio de Jaime! —digo con rotundidad y me observa asombrada.

—¿Cómo osas hablar así en presencia de tu madre?

—Pues espero que mi madre entienda que ella no tiene nada que hacer en un matrimonio de dos, porque si no le vas a joder la vida a tu hijo —respondo recalcando la palabra que tanto la molesta, nunca he sido tan ingenioso como ella a la hora de insultar.

—Yo nunca haría eso, es él el que se ha equivocado. ¿Cómo puedes pensar así de mí? —cuestiona entre lágrimas. Va del llanto al enfado en un segundo—. Yo adoro a Jaime y quiero lo mejor para él, pero ha escogido tan mal, yo tenía a la candidata perfecta: rubia, alta, preciosa, delgada y, sobre todo, respetable, pero no... tenía que fijarse en esa buena para nada.

—Es su vida —recalco cada palabra intentando metérselo en la cabeza.

—Es mi hijo y nada de lo que puedas decir me va a hacer cambiar de opinión.

—Bien, eso quería saber, madre —digo escupiendo la última palabra—. Como siempre, ha sido un placer hablar contigo.

Me giro, dispuesto a marcharme y su risa histérica me detiene y me hace mirarla de nuevo.

—Llevas quince años fuera de aquí, de esta ciudad muerta, como me dijiste el día que te marchaste y ahora ¿vas a quedarte por tu hermano? —Se carcajea en mi cara y la bestia que llevo dentro desea que se ahogue con su propia maldad—. En un mes o dos te habrás cansado de hacer de niñera, te marcharás y yo tendré vía libre. Ese matrimonio no va a durar ni un año, te lo aseguro.

Me muerdo la lengua y noto el sabor a sangre al hacerme una herida, quiero darla la estocada final, aunque sé que lo mejor es dejar que se confíe y saber hasta dónde piensa llegar. En un segundo tomo la decisión adecuada.

—Es posible —digo y su sonrisa se ensancha—. Te enterarás de lo que

decida.

—Tranquilo, me he acostumbrado a no verte, no hace falta que vuelvas por aquí.

Inclino la cabeza y me marcho, no hay mucho más que decir. Otras veces que la había visitado ya me manifestó su desagrado por mí, pero esta vez no ha disimulado ni un poco, sin duda ofuscada por el matrimonio precipitado de Jaime.

Espero que este me escuche si quiere conservar a Helena a su lado, si llega a perderla no se lo perdonará jamás. Pero Marta siempre ha sabido manejarle a su antojo, así que no tengo muy claro si no caerá en su juego.

Deambulo por las calles del centro de Santander, hace buena temperatura a pesar de algunas rebeldes nubes que no se han enterado de que estamos en verano. Una tarde estupenda para pasear con alguien, con alguien no, con Carolina. En estos días he podido pensar en la atracción que me lleva a buscarla, es irracional y empezó el mismo día que la conocí, de pie junto a su hermana mientras la daba un abrazo antes de que esta enfilase el camino hacia el altar.

Vi su felicidad entremezclada con una tristeza que me removi6 por dentro y, desde ese instante, se convirtió en un imán que me atrajo durante todo el tiempo que duró el enlace.

No puedo quitármela de la cabeza, tampoco quiero. Me gusta con su pelo caoba y sus ojos marrones, con su delgada figura y su sonrisa esquiva, con la mirada triste y su respuesta rápida.

Me paro frente al escaparate de la librería que tan bien conozco, aún recuerdo las tardes que pasábamos allí Jaime y yo. Sonrío, por suerte sigue aquí, imperturbable al paso del tiempo. Alguien resopla a mi espalda, toco el cristal de la tienda como cuando era un niño y mientras estoy decidiendo si entrar o no...

—¡Qué daño! —exclama y sonrío al reconocer esa voz que tanto he anhelado estos días.

El destino ha jugado a mi favor. Me giro y me regodeo en la exquisita visión que tengo frente a mí. Está realmente preciosa enfundada en ese conjunto informal, falda larga negra y camiseta rosa a juego con las sandalias y el bolso.

—Es lo que tiene llevar tanto peso. —Salta en cuanto me oye y veo como se

ruboriza.

Me mira extrañada y le guiño un ojo, no tarda en sonrojarse aún más.

—Déjame que te ayude.

—No hace falta, solo tengo que llegar a la parada del autobús y...

Se detiene en cuanto le quito la pesada bolsa de las manos y recojo del suelo el paquete de seis litros de leche ¿de avena? La observo extrañado por ese detalle y sonrío.

—Son para Helena, no tolera la lactosa —explica—, es la delicada de la familia.

—¿Cómo es posible eso? —pregunto para no dar por terminada la conversación, aunque eso me lleve a hablar de leche. La noto relajada y abierta a un acercamiento.

—Ya ves, toda la vida yendo donde el lechero a coger la leche para cocerla y fue mudarnos a la ciudad y salirle la intolerancia. Yo creo que es por la leche de los supermercados, es de todo menos leche.

—Yo hace siglos que no la bebo —apunto y empieza a andar, me pongo a su lado.

—Eres más de cerveza.

—De café solo y bien cargado —la corrijo—, es lo único que me despierta por las mañanas.

Se calla y el aire entre los dos se enrarece mientras caminamos hasta la parada.

—Han sido muchos años viviendo de noche —consigo captar su atención y continúo—. Tenía un bar de copas en Alicante, uno de los más conocidos, pero hace unos meses le traspasé, estaba cansado de esa vida.

Llegamos a la parada del autobús, apoyo la compra en el suelo y observo el efecto de mis palabras en ella, parece pensativa, como si quisiera preguntar algo, pero no acaba de arrancar.

—Han sido quince años trabajando en eso y llegó un punto que sentí que me consumía.

—Menudo salto al vacío —dice justo en el momento en que aparece el bus que tenemos que coger—. No hace falta que...

Ignoro sus objeciones, recojo la compra y subo. Son las ocho y media de la tarde y está lleno de gente y de grupos de chavales chillando entre sí, así que

es imposible sentarse y mucho menos seguir hablando. Nos ponemos en uno de los huecos que hay sin asientos.

El ruido es ensordecedor, pero al menos estamos juntos. Aunque dudo mucho que dure demasiado, enseguida estaremos en su casa y no sé qué tema sacar para generar interés en ella.

El trayecto se me hace corto mirando su precioso perfil, sus apetecibles labios, su pelo caoba cayendo sobre sus hombros, me gustaría acariciarlo, oler el nítido perfume de su cuello y...

El maldito autobús se para y me devuelve a la realidad. Carolina me mira, por primera vez en todo el viaje, ¿ajena a mi escrutinio? Parece que sí porque me sonríe. Bajamos de nuestro transporte, pero ella se queda parada.

—Ya continúo yo, tendrás cosas que hacer y no quiero molestarte —intenta coger la bolsa, pero no se lo permito.

—Vas a hacerte daño —su mirada se oscurece y soy consciente de que no le ha gustado nada mi actitud—. No tengo nada que hacer hoy, no me cuesta acercártelo a casa, ¿vamos?

Duda, parece paralizada por algo que desconozco, ese pasado que sin duda es un lastre para ella y un impedimento para mí.

—Está bien —accede y no puedo evitar sonreír—. Espera un momento — me mira entrecerrando los ojos, estamos parados bajo la luz de la marquesina —, y esa cicatriz que tienes sobre la ceja, ¿cómo te la hiciste?

—La curiosidad mató al gato. —Alza una ceja perfectamente perfilada.

—¿No puedo persuadirte con nada?

—Quizás con una cerveza en la escalera de tu casa —antes de acabar la frase ya sé que la he liado, noto como me tensa ante su rechazo no expresado y ella frunce el ceño.

No he podido controlar mi lengua y me arrepiento en cuanto veo que su expresión es indescriptible. Se han evaporado el buen rollo y las sonrisas.

—Ya veo, imagino que te refieres al lunes, ¿no? —pregunta tras unos minutos que me parecen horas.

—Sí, venía a disculparme y...—me muerdo la lengua y me obligo a pensar antes de hablar—, no quise interrumpiros.

—Es mi primo Tomás, estuvo solo en la ceremonia porque tiene un bebé de menos de dos meses, así que seguramente no reparaste en él —explica y me doy cuenta de lo cerca que estuve de estropearlo todo.

Se queda pensativa de nuevo, se muerde el labio inferior y estoy a un impulso de besarla, pero me contengo a duras penas. Es demasiado pronto para ella.

—¿Qué te parece si te invito a esa cerveza y me cuentas la historia de la cicatriz? —pregunta con un brillo de diversión en los ojos.

—¿Solo una cerveza? Es una historia larguísima, ¿por qué no me dejas invitarte a cenar y...?

—Imposible, tengo que sacar al perro de Jaime, el pobre lleva desde esta mañana sin salir y yo estoy agotada para irme por ahí a cenar, quizás otro día.

Estoy perdiendo mi oportunidad, es hoy o nunca, no la volveré a pillar con las defensas bajas. Reordeno mis ideas en un segundo.

—¿Vamos andando?

—Claro.

Emprendemos la marcha, ya ha accedido a tomar algo conmigo, un gran paso si tenemos en cuenta que el lunes ni se despidió de mí.

—Un día duro, imagino.

—¿Duro? Horroroso y eterno —resopla—. Tenía reunión por la tarde, así que me ha tocado mal comer algo cerca del trabajo, la reunión se ha alargado hasta las siete de la tarde y de ahí me he ido volando a la tienda ecológica antes de que cerrasen a las ocho. He llegado por los pelos.

—¿Por qué no has ido mañana? —pregunto con la intención de que la conversación no se detenga.

—Mañana tienen inventario, Jaime y Helena regresan el jueves, imagino que después de estar tantos días fuera lo que menos les apetecerá es salir a hacer la compra.

Ni siquiera me he dado cuenta, pero el camino ha llegado a su fin, abre la puerta que da al jardín delantero y se detiene. Ahora me quitará las bolsas y el rato juntos habrá terminado.

—Helena y yo tenemos una norma, en casa no pueden entrar hombres. La establecimos cuando yo me vine a vivir aquí y... —suspira y me mira con las mejillas encarnadas—. Y un día la lié, pero esa es otra historia.

—Ya veo, te dejo las cosas en la puerta y ya está

—Pero —continúa con una sonrisa que me da alas— tú eres de la familia, así que pasa, iba a pedir comida china en lo que me duchaba, y... —titubea—

¿te apetece que cenemos juntos?

—Es una idea estupenda.

—El otro día fui bastante borde contigo, no sé por qué, la verdad, no suelo comportarme así.

Saca las llaves del bolsillo de su gabardina, abre la puerta y pasamos a un enorme salón con unos sofás morados lo suficientemente grandes para echarse en ellos dos personas. El perro y el gato nos «saludan»y ella les contesta acariciando a ambos.

Me guía hasta la cocina de madera, otra estancia también más grande de lo habitual, y coloca la compra sobre la isla central.

—Yo no me expresé bien, así que es normal que actuases así, te di una impresión equivocada de mí y... —le digo mientras coloca cada cosa en su sitio.

—¿Lo dejamos en empate? —pregunta interrumpiéndome mientras mete la leche en el armario.

—Por mí, perfecto.

Mira al cocker de Jaime que nos ha seguido y resopla, sé lo que está pensando e intervengo antes de que tome una decisión y se arrepienta de su invitación a cenar.

—¿Qué te parece si yo saco a *Rocks* a dar un largo paseo, mientras tú te pones cómoda y pides la comida?

Jamás me han mirado con tanta adoración como en este instante.

—Sería genial, no sabes lo que te lo agradezco —su sonrisa se ensancha.

Saco la cartera del bolsillo trasero de mis vaqueros.

—Eso sí que no, tú pagaste el taxi del otro día, hoy me toca a mí.

Abre un cajón antes de que pueda responderla, saca el folleto del restaurante y me lo da junto con un papel y un bolígrafo.

—Apunta lo que quieras, voy a quitarme los sandalias, son nuevas y me están matando.

No me da tiempo a nada más que a ver como se aleja contoneándose ligeramente.

Anoto lo que quiero y pienso si dejarle o no el dinero junto al papel, pero soy consciente de que se enfadaría de hacerlo, así que me aguanto las ganas de ser caballeroso, ya la invitaré en otra ocasión.

Salgo de la cocina, con el perro de mi hermano siguiéndome. Veo al lado de la puerta su correa colgada de un perchero de pared, la cojo y se la coloco. Cuanto antes saque a *Rocks*, antes volveré y podré estar con ella.

—¡Vuelvo en un rato!

—Vale —oigo su voz amortiguada, seguramente por la puerta cerrada de su habitación.

—Vámonos, chico, antes de que no pueda controlar mis instintos y...

Abro la puerta con su imagen en mi cabeza: totalmente desnuda en la ducha, sola, pero por poco tiempo.

«¿En qué estaba pensando al invitarle a cenar?» Me amonesto cuando oigo que cierra la puerta y caigo al fin en la cuenta de que le he metido hasta la cocina y nunca mejor dicho. Esa sonrisa, esa mirada que parece poder traspasarme, esos guiños... estoy perdiendo el buen juicio y me muero por meterle entre mis sábanas y saber qué puede ofrecerme.

Me siento en la cama y cierro los ojos, tratando de serenar el torrente de emociones que despierta en mí. Lo más sensato sería echarme atrás y cancelarlo todo, pero ahora no puedo, quedaría como una estúpida, cosa que no me importaría si él no fuese quien es. Menuda cruz tengo encima, no quiero estar mal con él, por el contrario me gustaría...

—¡¡Basta!! —voceo a mi mente, a ver si se da cuenta de que no puedo pensar en Black como hombre.

Tengo que ser práctica, el mal ya está hecho, ahora debo enmendarlo, cenaré con él y después cada uno a su casa. Le evitaré hasta que vuelva mi hermana y fin del problema.

Me levanto con decisión, voy a la cocina descalza, cojo el teléfono que está en la pared y marco el número del restaurante chino, me lo sé de memoria. Pido primero lo mío y luego los cinco platos de él. En cuarenta minutos estaremos cenando.

Tengo tiempo suficiente para ducharme y ponerme ¿el pijama? Lo descarto en cuanto mi imaginación me muestra el momento incómodo en que aparezco frente a Black vestida con mi pijama morado.

Vuelvo a la habitación, reviso lo poco que he dejado allí: unas prendas son demasiado formales, otras desastrosas y una demasiado ajustada, ninguna me convence. No me da tiempo a subir a casa y revisar las cajas que aún no he colocado, así que asalto el armario de Helena y saco un pantalón de chándal negro y una camiseta azul holgada. Es lo que me pondría si cenase en casa con mis primos, así que es perfecto.

—Black es mi primo, Black es mi primo, Black es mi primo —repito entre dientes mientras su imagen me asalta sin piedad.

Voy al baño, abro el grifo al máximo mientras me desvisto y me meto en la ducha, deajo que el agua me ayude a relajarme, tengo la espalda muy tensa y la mente en rompan filas.

—Ya sé, llevamos mucho tiempo sin darnos un homenaje y por eso ese hombre me está trastocando —hablo conmigo misma en voz alta, una mala costumbre de cuando Alfonso no me dejaba relacionarme con nadie que no fuera él o su madre—. Habrá que poner remedio, pero no con él.

Empiezo a agobiarme del calor del agua, así que salgo de la ducha, me seco con rapidez y me visto con mi conjunto anti libido. Estoy decidiendo qué hacer con mi pelo cuando llaman a la puerta, voy a abrir descalza y con el pelo aún recogido en el moño que me hice para que no se me mojase el pelo.

Black aparece frente a mí como hace un rato, con su cazadora de cuero negra y sus vaqueros desgastados del mismo color, me guiña un ojo y se agacha a quitarle la correa a *Rocks* sin percatarse del efecto que produce en mí su sola presencia.

Cuando se incorpora nos miramos y empiezo a ponerme nerviosa, me tiemblan las rodillas y soy incapaz de hacer nada coherente.

—¿Puedo pasar? —pregunta con voz ronca—. Carolina —me llama y mi nombre en su voz suena tan bien, como si lo hubiese estado diciendo durante toda la vida.

—Sí, sí, claro, pasa —digo con mucha “elegancia”.

Sonríe y me aparto a un lado antes de que me dé por lanzarme en sus fuertes brazos y lo complique todo. Cierro la puerta y vuelvo a repasarle con mi mirada, ya que no puedo catarle al menos puedo recrearme en él. Se quita la cazadora para revelar una camiseta negra que le marca cada uno de sus músculos.

Tendría que estar prohibido salir así a la calle, me bebo su imagen mientras coloca en el perchero de pared su chaqueta.

Se gira hacia mí, estoy paralizada, mirándole como una mujer a dieta delante de un trozo de pastel de chocolate. Agito la cabeza para recobrar la cordura.

—¿Quieres beber algo?, aún no ha llegado la comida y...

Justo en el instante en que he empezado a comportarme como una persona normal, me interrumpen llamando a la puerta y, para mi sorpresa, se agacha para recoger mi bolso y dármele.

—Gracias —murmuro no solo por el detalle, sino también por no ponerse burro y querer pagar él.

Odio que me inviten, me hace sentir incómoda, como sí me estuviese aprovechando. Otro regalito de mí ex, ¿llegará un día en que dejaré de tenerle tan presente? Es una gran mierda todo lo que él me hizo y lo mal que me dejó.

Saco la cartera y alarga la mano para sujetarme el bolso mientras abro la puerta, recojo la comida, pago y cierro.

Los del restaurante han debido de asombrarse del enorme pedido que hemos hecho: tres bolsas que enseguida me recoge Black.

—¿En el salón?

—Sí, ¿cerveza o prefieres agua?

—Cerveza está bien.

«Así, práctica, directa y con el pies en el suelo» me animo, lo voy a necesitar si quiero sobrevivir a la velada sin cometer un error muy deseable.

Entro en la cocina mientras él coloca los recipientes en la mesa. Respiro hondo, siento como mi corazón está desbocado y sin freno, tengo que serenarme, no es más que una cena entre amigos, así debo verle. No puedo permitirme un desliz con él, no me conviene ¿cómo lo tomaría Jaime si acabamos mal? No, no y no.

Agito la cabeza a ver si se me recolocan las ideas de un santa vez y voy hasta la nevera blanca, abro la puerta.

—¿Necesitas que te ayude?

Su voz grave y profunda me detiene, noto su presencia en mi espalda más cerca de lo que debería. Ni siquiera le he oído entrar en la cocina absorta en calmar mi cuerpo.

Se detiene ahí, demasiado cerca para mi salud mental, no puedo dejarme caer, pero sería tan fácil y cómodo. Veo su mano izquierda que pasa junto a mi brazo y me estremezco involuntariamente imaginando que está detrás de mí, con el mismo deseo que yo revelo, recreándose en lo que ve, aspirando mi perfume, tratando de controlarse para no empotrarme...

Tengo que dejar de leer novelas eróticas o acabaré loca. Los hombres reales no te empotran contra nada, con un poco de suerte te abren las piernas, te acarician lo mínimo y te la ensartan con tan poca gracia como pinchan un trozo de carne.

—Esta, está bien —coge un botellín y lo saca de la nevera.

No me ha tocado, ni siquiera me ha rozado, pero mi respiración está agitada y mi deseo de él ha crecido aún más.

—Perfecto, ¿quieres alguna otra cosa?

—A ti —murmura en mi oído.

—¿Qué? —pregunto sin ser capaz de mirarle.

—Decía que si no cierras rápido la nevera, le va a salir hielo.

«¿De verdad ha dicho eso? Vamos, Carola, sé práctica y recuerda lo que has decidido hace unos minutos» me reprocho recordándome que él no quiere nada conmigo. Mi mantra cada vez es más largo y espero que eficaz.

Resoplo, cojo el zumo de arándanos rojos y cierro la nevera. Repitiendo mi mantra mentalmente, me giro y está al otro extremo de la gran cocina, abriendo su bebida, ajeno a mi nuevo escrutinio. Tengo un millón de pájaros en la cabeza. «Céntrate».

Cojo un par de platos, unas servilletas y los cubiertos. Todo listo para la velada más tensa de la historia.

—¿Vamos? —asiente y me deja pasar antes de él.

Nos sentamos uno frente al otro en la gran mesa de madera negra que Helena se empeñó en conservar. Me da un par de palillos y mira ceñudo mi comida: arroz tres delicias y una ensalada china. Ya es más de lo que suelo cenar habitualmente.

—¿Solo vas a comer eso? —pregunta y no puedo evitar el torrente de recuerdos de los reproches que me hacía Alfonso, sobre todo cuando comíamos en casa de su «santa» madre.

—Claro, de noche no me gusta atiborrarme —contesto más borde de lo que debería, porque él no tiene la culpa.

Veo que no le pasa desapercibido mi cambio de actitud, quizás sea lo mejor, dejarle claro que no estoy disponible para una relación, tal vez así se evapore su interés en mí.

Y ¿por qué narices pienso que quiere algo conmigo? Solo por cuatro sonrisas y un par de guiños. Agito la cabeza, estoy enloqueciendo por momentos.

—¿Acabas de llamarme tragón?

Le miro descolocada, sin saber a qué se refiere y señala los cinco recipientes que tiene frente a él.

—No, no soy quién para..., solo hablaba de mí y...

Se echa a reír el muy descarado y no puedo evitar sonreír ante su hilaridad.

—No me gusta verte con el ceño fruncido —señala atacando la ternera con salsa de setas—. Si te apetece algo, cógelo sin pedir permiso.

¿Cómo una frase tan simple puede hacerme temblar como una colegiala? Me centro en mi lechuga sin saber qué más hacer, nunca he sido una buena anfitriona, así que comemos durante un rato en silencio porque no se me ocurre nada que decir.

—Lo siento, ya ves que no se me da bien entretener a nadie —en cuanto he dicho eso me arrepiento, su expresión se oscurece—, no lo digo por lo del otro día —me justifico— es solo que creo que esta noche te vas a aburrir bastante.

—Lo dudo —murmura y se limpia la boca con sensualidad.

Venga, Carola, ¿sensualidad? Para él tiene más atractivo el cerdo agridulce que tú, me recuerdo mientras veo como come. Sin prisa, pero sin pausa.

Seguimos cenando, pronto la comida de Black desaparece y yo termino, dejando más de la mitad del arroz. Esta vez no dice nada, me ayuda a recoger la mesa en silencio, coloco todo en el fregadero y me giro hacia él. Está apoyado en el vano de la puerta, con la cerveza en la mano y una gesto que no logro descifrar.

—Bueno, ya es muy tarde y yo estoy ago...

—Entonces no quieres saber cómo me hice la cicatriz —da un paso hacia mí y no sé qué esperar.

Me desconcierta con su actitud, se acerca aún más y casi podría jurar que va a traspasar el límite, pero no lo hace y la tensión de mi cuerpo aumenta. Sería tan fácil, le tengo a un simple paso, podría lanzarme y...

—¡¡No!! —Me mira sorprendido y me doy cuenta de que acabo de chillarle—. Perdón —murmuro avergonzada.

Para mi sorpresa, me sujeta por la barbilla y me hace mirarle. Esos ojos grises van a ser mi perdición.

—Cuánto dolor esconde tu mirada —susurra dejándome paralizada—, sea quien sea quien te hizo daño fue un capullo integral, pero no todos somos así. ¿Te atreves a escuchar mi historia, o prefieres quedar mañana y te la cuento?

—Black... —¿Qué decirle si ni yo misma sé lo que quiero?

—Me adapto a lo que tú quieras —señala. ¿Por qué tiene que ser tan perfectamente ineludible? —. Eso sí, no pienses ni por un momento que me vas a dar esquinazo, si salgo ahora por la puerta, mañana tienes que quedar conmigo, y no acepto un *no* por respuesta.

Me separo de él, estoy al límite y él parece intuirlo ofreciéndome una momentánea vía de escape, pero no sé qué hacer.

—¿Qué quieres, Ka?

Resoplo, cierro los ojos y respiro hondo, necesito tiempo, serenarme y ser yo de nuevo y no una hormona con patas capaz de complicarlo todo.

Abro los ojos y ahí está, esperando mi respuesta con una paciencia admirable.

—Acepto tu cita de mañana.

Sonríe y no sé cómo sentirme frente a ello. Le acompaño a la puerta, recoge su cazadora y, para mi sorpresa, me da un beso en la mejilla demorándose más de lo que debería.

—Te recojo mañana a las cinco, Ka.

Se marcha, dejándome confusa, no pretendía volver a verle y he aceptado salir con él, pero a dónde y, lo que es peor, qué significa todo esto.

Vuelvo al salón, donde aún puedo oler el aroma de Black y notar su presencia. Tengo que serenarme, dejarme de locuras de novela romántica y centrarme en lo importante, él está prohibido para mí y así debe ser.

Abro los ojos y mi primer pensamiento es para Black y su cita de esta tarde, no debería haber aceptado ni siquiera que cenase conmigo, pero soy yo la que me he metido en ese problema y aún no sé por qué. Ese hombre tiene el poder de nublarne la razón.

—Solo hoy —me digo aún tumbada en la cama, mirando la que pronto dejará de ser mi habitación.

He dormido hasta las diez de la mañana, más que cualquier otro sábado, así que me toca correr para hacer todos mis planes mañaneros, pero no tengo ganas. Tras media hora más remoloneando me arrastro fuera de la cama e inicio el día tratando de centrarme en lo que hago y olvidarme de «mi primo».

Si al menos pudiera hablar con alguien, pero no tengo a nadie más que a Helena y las conferencias al Caribe deben de ser carísimas. Añoro la época en que aún podía quedar con gente; sin querer, Alfonso se materializa frente a mí con sus lapidarias frases.

*—¿No ves que te está manipulando?, solo te llama cuando no tiene con quién quedar, sin importarle que tú posees unas obligaciones que cumplir — me mira con asco por haber salido esta mañana con Marta a tomar un café, no he estado fuera ni una hora, pero para él es demasiado.*

*—Es mi mejor amiga y...*

*—¡La misma que te habla mal de mí! —chilla, no sé de dónde saca esa idea, ella nunca ha dicho nada en contra de él, sí en contra de nuestra boda precipitada, pero es normal, acabo de cumplir los dieciocho y estamos en el siglo veintiuno, nadie se casa a mi edad.*

*—Jamás hace eso —no me gusta que me mire así, parece que me odia.*

*Trato de acercarme a él, buscando un poco de cariño y rogando en mi mente que deje de tratarme tan mal, pero me rechaza.*

*—Tienes que decidirte de una vez: o te sigues dejando envenenar por ella o me crees a mí, pero no puedes quedarte con las dos opciones —me agarra por el pelo sin hacerme daño, pero ese gesto me pone nerviosa—. ¿Quieres perder lo que tenemos? —pregunta en un murmullo atrayéndome hacia él.*

*—¿Por qué me haces elegir? Ambos sois importantes para mí.*

*Respuesta incorrecta. Su mano retuerce mi melena haciéndome daño mientras sus ojos marrones expresan todo su odio.*

*—No me pongas en la tesitura de decirte la verdad —señala enigmático e intuyo que me oculta algo.*

*—¿A qué verdad te refieres? —pregunto y su mirada se oscurece.*

*—A que es una zorra que se me ha insinuado más de una vez, ¿es con ese tipo de gente con quien tú te relacionas? Qué mal gusto tienes, Carol. Ahora tú decides, pero yo no quiero que mi mujer acabe en boca de todo el mundo por juntarse con putas, así que: ¿ella o yo?*

En aquel momento le creí, más después de decirme que se le había insinuado y así poco a poco, paso a paso consiguió aislarme de todos los que una vez me quisieron. Ahora: más de doce años después no puedo buscarles y meterme en sus vidas, y me acabé acostumbrando a estar sola, no del todo porque tengo a Helena. Pero hoy, con unas ganas tremendas de hablar en voz alta y que me contesten me siento muy aislada.

Me sacudo la nostalgia y la pena que me genera revivir mi pasado, quizás algún día lo consiga, pero todavía estoy muy lejos de ello. Me pongo a recoger la casa, el pasado no lo puedo cambiar, el futuro es una incógnita, tengo que vivir el presente y ahora es colocar y limpiar todo lo que lo no he hecho durante la semana, cuanto antes lo haga antes podré tomarme mi café en el jardín.

La mañana se volatiliza entre lavadoras, sacar a *Rocks* a dar un largo paseo, tender la ropa, barrer, fregar y demás rollos. Cuando me doy cuenta son las dos de la tarde y no sé ni qué comer.

Voy a la cocina, abro el frigorífico y no encuentro nada que me apetezca de verdad. Cierro la blanca puerta y resoplo, me cuesta tanto comer, mi relación con la comida siempre ha sido un trauma, desde el principio mi madre no respetó mi poco apetito, obligándome a comer, dejándome durante horas frente al plato de comida, chantajeándome y castigándome. Un horror.

Cojo una manzana y salgo al jardín, me siento en una de las hamacas blancas que tenemos allí y como con tranquilidad.

La gata de mi hermana se sube en mi regazo, la acaricio, no he recibido muchos mimos esta semana y me doy cuenta de cuánto echo de menos a Helena a pesar de nuestras discusiones.

—Tú también la echas de menos, ¿verdad?

Un recuerdo me asalta.

*—¡¡Te he dicho que no vas a ir!! —Alfonso me agarra por el brazo y me aparta de la puerta, me estaba poniendo el abrigo. Me arranca el bolso y lo tira sobre el sofá.*

*—Helena me necesita, su novio la ha dejado, está destrozada —explico, pero no veo cambio en su rostro asqueado.*

*—Me importa una mierda lo que le pase a esa zorra...*

*—Alfonso, no te permito que la insultes. —Me agarra del cuello y me dedica todo su desprecio. Me siento tan pequeña e insignificante cuando me trata así que me quedo paralizada.*

*—La llamo como quiero, si no hubiese dejado a mi amigo, no le pasaría esto, tendría un matrimonio como el nuestro, pero es demasiado independiente, pues que se joda. Ahora vete a cambiar, comemos donde mi madre y espero que no me dejes en ridículo con tus «problemas».*

*Me suelta y se marcha a la habitación donde tiene su ordenador, por un instante quiero retarle marchándome de casa, pero no lo hago, no sé por qué, pero soy incapaz de llevarle la contraria. Agacho la cabeza y voy a cambiarme.*

El ladrido de *Rocks* me devuelve a la realidad, estoy llorando como casi siempre que me introduzco en mi pasado más aterrador, estuve tan cerca de recibir malos tratos físicos, estuve tan cerca de romperme en mil pedazos y ser incapaz de empezar de nuevo. Pero cuando conseguí salir de esa mierda y, a pesar de todas las veces que le elegí a él frente a Helena, ella estuvo para acogerme, guiarme y ayudarme a sobrevivir emocionalmente.

La debo tanto que no voy a tener vida para agradecerse.

No he empezado bien el día y si tuviera el teléfono de Black anularía «la cita». No creo que pueda ofrecerle mucho «entretenimiento» hoy. Siempre que revivo lo vivido con Alfonso me sumo en un estado muy cercano a la depresión.

Miro el reloj, son las tres y aun ni me he duchado, tengo el pelo sucio y muy pocas ganas de moverme.

—Y ¿qué vas a hacer? Quedarte aquí, regodeándote en tu dolor, Carola — me digo a mi misma en voz alta—. Yo que sé.

Sí, estoy un poco loca, me pregunto y me contesto yo sola. Cierro los ojos, absorbiendo unos tímidos rayos de sol que asoman entre las oscuras nubes, va a caer una buena tormenta esta tarde.

—Día estupendo de sofá, manta y películas románticas, pero... he quedado con Black.

¡¡¡Me he quedado dormida!!! El sonido del teléfono me despierta, miro el reloj: las cuatro y media de la tarde, ignoro la llamada con la certeza de que es mi madre, como lleva haciendo toda la semana y vuelo al baño, abro el grifo de la ducha y en lo que se calienta el agua corro hasta mi dormitorio, para segundos después descartar todo lo que tengo allí. «¿Será posible que no tenga nada apropiado?». Reviso de nuevo y al final escojo un pantalón vaquero y un jersey de cuello alto negro. Voy a salir con mi primo, ¿qué más da lo que me ponga?

Regreso al baño quitándome la ropa por el pasillo y me meto en la ducha. En dos minutos he salido del agua y me estoy secando frente al gran espejo cuando llaman a la puerta.

«¡Mierda!» Me pongo el albornoz y me lo ato bien fuerte. Son las cinco y llega puntual como un reloj suizo.

Abro la puerta y recibo una de esas sonrisas capaces de alegrar el día a cualquiera. De nuevo viene enfundado en su cazadora negra, marcando músculos, soy incapaz de mirarle a la cara, tiene que estar alucinando con mis pintas.

—Enseguida acabo.

Me giro y regreso corriendo al baño, con un sofocón de espanto y no sé si es por la carrera o por Black. No tengo tiempo de analizarlo ahora, le tengo en mi salón solo, saltándome la norma más básica de nuestra casa, pero a fin de cuentas: es mi primo, ¿no? No pienso tener nada con él, con lo cual no estoy incumpliendo ninguna norma, no forma parte de mis «amigos con derecho a roce».

Termino de secarme, me visto y me peino rápidamente, aún está húmedo, pero no me da tiempo a poner el secador, así que me hago un moño y listo. En diez minutos estoy presentable y visible, regreso al salón y no le encuentro.

—¿Black?

—¡En el jardín! —Esa voz profunda y modulada va a acabar conmigo.

Traspaso el amplio ventanal y le veo allí agachado, observando las cuatro

tomateras que tengo plantadas en el extremo más alejado del patio.

—Buena cosecha —señala levantándose y mirándome con la intensidad que le caracteriza. Si no fuera quien es, de hoy no pasaba.

—Que va, da lo justo para tener tomates de verdad y no lo que venden en los supermercados.

Se acerca a mí, con movimientos pausados y tiemblo de anticipación.

—Carola, no seas tonta —murmuro entre dientes.

—¿Qué has dicho? —encima de estar embelesada mirándole, me ha escuchado. «Tierra trágame» pido esta vez sin abrir la boca, pero no pasa nada.

Estamos a un paso, se inclina hacia mí y posa sus labios en mi mejilla.

—Te he echado de menos —murmura en mi oído ¿o en mi cabeza? Se separa y no hay un cambio visible en su semblante, ni siquiera sé si lo que veo es interés o deseo, ¿por qué no puede ser más específico?

Nos miramos y justo cuando estoy a punto de perderme y lanzarme en sus brazos la lluvia nos obliga a meternos dentro de casa. Cierro el ventanal y me quedo ahí, paralizada, tengo al «enemigo» dentro de casa y no sé qué hacer con él.

—Mi plan para hoy tendrá que esperar —dice rompiendo el hielo.

Me giro y le veo recogiendo su cazadora del sofá negro de pana. Le acompaño hasta la puerta, no sé cómo sentirme: tantas expectativas, tanto autocontrol de mi parte para que él se marche por cuatro gotas de agua.

Le abro la puerta mientras mi cabreo aumenta por momentos, se queda plantado, mirándome extrañado.

—¿No piensas coger tu chaqueta? —pregunta sorprendiéndome—. El que no podamos hacer el plan que tenía en mente no quiere decir que la cita se anule, no te vas a escapar, Ka. Hoy no.

De nuevo me asalta el temblor de piernas, me agarra la mano y su calor me traspasa.

—¿Qué te apetece hacer? —¿Por qué narices tiene que ser tan perfecto? Jamás en mi vida, ningún hombre me ha preguntado qué me apetece, en ningún aspecto.

—No lo sé —balbuceo como una colegiala delante del chico que le gusta y así me siento, como si tuviera quince años y hubiésemos vuelto al instituto.

—Coge tus cosas y lo decidimos por el camino.

Me suelta y noto un enorme vacío allí donde sus dedos estaban, esto va a ser más difícil de lo que pensaba, él es demasiado perfecto, cumple tan bien con todo lo que me gusta de un hombre que casi podría plantearme tener una relación con él. Pero sé que no puedo, que el fantasma de mi pasado, mis inseguridades, mis miedos, mis recuerdos son un lastre enorme que no pienso compartir con nadie y mucho menos con él.

Recojo mi gabardina y mi bolso. Resoplo por lo que no puede ser, intuyo que me estoy perdiendo mucho por no sucumbir, pero mis vivencias son solo mías y no le corresponden a nadie más que a mí.

Me deja salir delante de él, cierro la puerta con llave, me coloco el gorro de lluvia y me dejo guiar por él, sé que no puedo tenerlo, pero esta va a ser nuestra primera y última cita, me merezco disfrutarla y espero que Alfonso me deje hacerlo.

Decido rápido el lugar al que ir, antes de que Carolina se retraiga aún más de lo que está. Desde la primera noche que la conocí hasta hoy la he visto pasar por numerosos estados de ánimo, pero, sin lugar a dudas, el de hoy es el más inquietante. Su silencio me incomoda y no sé cómo llegar a ella.

En el viaje de autobús saco temas dispares y banales, pero no consigo más que monosílabos o alguna que otra frase dicha con desgana, está perdida en su mente y al final acabo callándome y dejando que se reconcilie con lo que esté pensando. Deseando poder ayudarla y borrar eso que le hace tanto daño.

Cuando el trayecto termina estamos en el centro de Santander, bajo la lluvia y espero que al lugar al que voy siga siendo tan tranquilo como mi mente recuerda, quizás así podamos recobrar la conexión perdida.

Recorremos las calles en silencio, tanto que a veces tengo que mirarla de reojo para cerciorarme de que está conmigo y cuando llegamos al sitio indicado su rostro empalidece aún más si es posible. Agita la cabeza en una clara negativa y se da la vuelta, sin esperarme empieza a huir del lugar. La sigo, la dejo tranquilizarse y cuando hemos puesto una buena distancia entre la taberna y nosotros, la sujeto del brazo.

—Basta —la ruego en un murmullo observando sus ojos repletos de lágrimas no derramadas.

La atraigo hacia mí y la abrazo, esperando que no me rechace. Para mi sorpresa no lo hace, y no la suelto hasta que no se ha tranquilizado del todo. Se aparta de mí confusa y temblorosa. Menuda cita de mierda he improvisado, mi otro plan era mejor, pero la lluvia me lo ha echado a perder.

—Lo siento —murmura—, lo mejor será que vuelva a casa y...

—Porque no me cuentas a qué me enfrento, Carolina —niega con la cabeza y recobra parte de su obstinación—. Así me sería más fácil.

—¿Más fácil para qué? —He conseguido distraerla y que el color vuelva a su rostro.

—¿De verdad necesitas que te lo explique? —Me observa con el ceño fruncido, por lo menos ha dejado de temblar, la prefiero así, capaz de retar a cualquiera que llorosa y aterrada.

—Black, no sé qué estarás pensando, pero creo que te estás equivocando por completo, tú y yo somos familia, somos casi primos por así decirlo y... Y yo te veo así, y así tiene que ser. ¿Lo entiendes, verdad?

Se detiene y se lo agradezco porque estoy a un paso de demostrarle su mentira, esa con la que al parecer se autoengaña, pero que me permite llegar a ella y, sobretodo, estar a su lado.

—Entonces no tendrás problema en contarme qué te pasa. —Agita de nuevo la cabeza.

—Aún no estoy preparada para hablar de ello.

—Pero te está consumiendo —argumento y vuelve a mover frenéticamente la cabeza.

Ahora no voy a conseguir nada, así que tengo que pensar rápido antes de que esta cita se vaya a la mierda. Miro alrededor y veo un cartel, la mejor solución sin duda, ella se relajará y luego será más fácil hablar y quizás saber qué le pasó.

—¿Vamos al cine?

Me observa entre asustada y sorprendida.

—No era lo que había pensado hacer, pero creo que hoy no tienes muchas ganas de hablar, al menos no ahora y...

—He tenido una mañana horrible —confiesa interrumpiéndome—, a veces me pasa y todo se vuelve negro, y en esa taberna trabajó él un tiempo y, aunque ya no está ahí, soy incapaz de entrar, al menos no hoy que le tengo tan presente —respira entrecortadamente—. No me pasa siempre, pero...

Se detiene y vuelvo a abrazarla, para mi sorpresa no se resiste.

—Me he sentido un poco sola esta semana —dice contra mi pecho.

—Cuando estés preparada estaré aquí para escucharte. Carolina, no puedes seguir soportando tanta carga sobre tus hombros. Sea lo que sea lo que ese tipejo te hizo... —me callo ahogado por mi propia rabia.

Me gustaría tanto tener a ese malnacido en frente y poder despacharme a gusto con él, aunque juré no volver a hacerlo estoy seguro de que ese se lo merece, quizás el primero de todos a los que pegué en el pasado. Siento los celos y la ira correr libres por mis venas, por un lado, agradezco que Carolina no me haya dicho nada aún y, por otro, estoy deseando saber lo que pasó para poner orden.

Se separa de mí y no puedo descifrar lo que sus ojos quieren decir. Atrapo

una solitaria lágrima de su mejilla, la única que ha dejado escapar. Tan fuerte y tan frágil a la vez.

—Gracias —dice tras unos minutos eternos, aborrezco sus silencios que no me permiten saber qué está pensando—. Lo mejor será que regrese a casa y...

—De eso nada, no llevo una hora empapándome para que me dejes aquí tirado. —Le guiño un ojo y una tímida sonrisa aparece de nuevo en su rostro—. Eso está mejor. Vamos al cine y te dejo elegir película siempre que me prometas que la próxima vez la elegiré yo.

—¿Próxima vez?

—Por supuesto, no lo dudes ni por un momento.

La cojo de la mano, de nuevo me sorprende: no me rechaza y nos acercamos a la entrada de los cines. Observa la cartelera y justo en ese momento suena mi móvil y, sin querer, al ir a mirar quién llama he descolgado, no me queda otra que contestar.

—Toda la santa mañana llamándote y tú ni caso, hijo descastado —saluda la chillona voz de mi «madre».

—Esto es una novedad, Marta, no esperaba que me llamasen tanto de repente —contesto.

—Es por fuerza mayor, ¿has hablado con tu hermano? —pregunta, ¿ni en su luna de miel piensa dejarle en paz?

—No —maldice con las palabras más soeces que encuentra—, tampoco lo he intentado, está de viaje de novios, cualquier cosa puede esperar a su vuelta.

—¡¡No hablar con su madre!! —chilla y separo el teléfono de mi oreja por lo que no consigo oír bien lo que dice después, aunque no me hace falta, he sufrido esos ataques en carne propia durante años. Cuando acaba su estallido la contesto.

—¡Déjale en paz! Se merece estar tranquilo y a ti no te pasa nada, así que no te atrevas a molestarle con tus intrigas, está de luna de miel con su mujer, no necesita a su madre para nada ahora. Déjale vivir.

—Maldito...

Cuelgo antes de que sus palabras me hieran, a pesar de ser consciente de cómo es, no deja de ser la persona que me crió y aún queda algo de cariño en mí para ella. Aunque viendo su actitud se apagará pronto.

—¿Era tu madre? —la pregunta de Carolina me saca de mi estupor. Jamás pensé que se pondría así con Jaime.

—La misma, espero que mi hermano sepa pararle los pies a tiempo, no pinta nada bien la situación —está asombrada ante mis palabras—. He sufrido sus ataques durante años, la traicioné, por así decirlo —explico—. Cuando nuestro padre murió había una cantidad bastante grande de dinero a repartir entre tres, Marta quería manejarlo a su antojo, sin importarle que ya no estuviera mi padre para trabajar e ingresar más dinero. Le pedí mi parte de la herencia y se negó a dármelo, porque su nombre estaba en la cuenta, así que hablé con uno de mis tíos para que me ayudara y se lo pedimos judicialmente. A partir de ese momento me convertí en su hijo descastado.

—¿Y ella no te lo ha perdonado?

—No, estaba empeñada en invertir en una mierda de empresa que no duró ni dos años en el mercado, pero sin mi dinero no pudo. Aunque se salvó de la quiebra, no me lo perdona y no lo hará nunca, la desafié y conseguí zafarme de su control.

—Fuiste valiente —dice, cojo su mano y vamos entrando en el cine.

—Que va, tan solo tuve suerte y a mi padre le dio tiempo a avisarme antes de que el cáncer acabase con él, si no hubiese sido por eso, lo hubiese perdido todo.

Tras pasamos las puertas y me enseña las entradas, las ha comprado en lo que yo peleaba con la bruja del norte.

—Siento mucho lo de tu padre —señala mientras nos paramos en la cola de las palomitas.

—El cáncer nos cogió por sorpresa y mi padre no consiguió superarlo, estaba muy avanzado cuando se lo diagnosticaron. —Me aprieta la mano y no puedo evitar mirarla, en una semana ha llegado más lejos que Julia en cuatro años.

—Tuvo que ser muy duro para Jaime y para ti.

—Sí, el tiempo no puede cerrar ese tipo de heridas.

Los que tenemos delante pagan lo que han pedido y nos toca. Pido palomitas. ¿Qué es el cine sin palomitas? Y Carolina coge agua para ella, pero nada para comer. Está sumamente delgada, ayer cenó poquísimo y dudo que haya comido hoy. Me intriga y espero que no tenga ningún problema de salud relacionado con la comida, pero no digo nada, ya he visto que es un tema que la sienta especialmente mal y no quiero que la cita vuelva a torcerse.

La elección de la película no puede ser mejor: la última de *X-Men*. Pensaba

que escogería alguna de amor, pero me ha sorprendido gratamente.

Cuando salimos del cine, comentamos como chiquillos lo que hemos visto mientras paseamos. No llueve y son casi las diez de la noche.

—Nunca habría imaginado que te gustarían ese tipo de películas. —Alza una ceja y sonrío.

—¿Y eso por qué? Si puede saberse, piensa bien la respuesta, Black, te la estás jugando —bromea.

—No lo sé, no te imaginaba...

—Me encantan, he visto todas y no, no lo hago por ver músculos —aclara—. Tomás, mi primo, tenía todos los comics de superhéroes, me he pasado los veranos leyéndolos con él y me gustaban. Normalmente vengo con él a ver estas películas, pero dudo que vaya a ir al cine en mucho tiempo.

—Ya veo, y nada mejor que tu primo sustituto para acompañarte. —Se sonroja y le sienta de maravilla. Al menos ha dejado atrás el dolor que mostraba antes de la película.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —pregunta ruborizándose aún más.

—Antes de que entráramos al cine. Aunque no estoy muy de acuerdo con ello, pero ya lo discutiremos más adelante.

Mira el reloj y casi puedo ver su cabeza dando vueltas a una excusa con la que librarse de mí.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunto antes de que me dé esquinazo—. Podemos picar algo y luego ya te acompaño a casa, además has pagado el cine...

—Y tú las palomitas —me corta—, estamos en paz.

Me detengo frente a ella.

—Yo no quiero estar en paz, Ka. Quiero seguir quedando contigo, que te apetezca verme más allá de la obligación de pagar algo. —Doy un paso y ella retrocede dos—. Piénsalo, lo pasamos bien juntos.

Traga saliva y se muerde el labio sin ser consciente del efecto que ejerce en mí ese simple gesto. Tengo que hacer un esfuerzo sobre humano para no lanzarme sobre ella y devorar su boca, pero sé que hoy no es el momento, está muy vulnerable y yo la prefiero guerrera, que ceda porque quiere y no porque necesite cariño. No deseo ser su paño de lágrimas.

—Te estás confundiendo, Black.

—Quizás hoy sí —confirmo—, pero tal vez mañana...

—Mañana tampoco, no estoy preparada todavía —se cree su propia mentira, pero yo he visto cómo me observa, sé que no le soy indiferente y que tarde o temprano estará preparada para un nosotros.

—Entonces sigamos siendo primos. —La tensión desaparece de su rostro y suelta una carcajada.

—Tú ganas —claudica por fin, y me deja guiarla ante un bar de la zona.

El lugar no está muy lleno, pero la comida es estupenda. Pedimos varios platos de raciones para picar y por primera vez la veo comer con gusto, poco, pero con ganas.

—¿Cuándo me piensas contar lo de la cicatriz? —pregunta con su curiosidad al máximo.

—Mañana, cuando quedes conmigo —su mirada se oscurece—. Es domingo, Ka, no tienes excusas, y mañana podemos ir a donde quería llevarte hoy.

—En realidad tengo algo que he ido retrasando, voy a pintar mi habitación, tengo que hacerlo con tiempo si quiero que se seque antes de que vuelva la pareja y tengo que colocar un montón de cosas. Por lo de la mudanza y...

—¿A dónde te vas? —pregunto extrañado ante su explicación.

—La casa tiene dos plantas, la mía es la de arriba, pero mientras hemos estado solas Helena y yo nos parecía una bobada vivir separadas, así que decidimos compartir la parte de abajo. Ahora que Jaime ya forma parte de la familia, es lo normal que yo me mude para arriba, así ellos tienen su espacio y yo no les estorbo. Con lo cual lo siento mucho, pero mañana no puedo quedar.

Coge la última raba del plato y se la come, confirmado en un ambiente relajado y distendido come más de lo que pensaba, ni ella misma se da cuenta de ello. Ya sé lo que debo hacer antes de que se muera de hambre.

—¿No puedo persuadirte para que cambies de opinión? Mira que la historia de la cicatriz tiene su...

—No, esta vez no puedo ceder, Black. Me espera una mañana de pintar y pintar, y rezar porque se seque antes del jueves.

Asiento y la dejo pensar que mañana estará sola, aunque no es mi intención ni mucho menos. Pago la cuenta y la acompaño a casa, se despide azorada, por un segundo, parece que va a traspasar el límite, pero luego murmura algo que suena a primo, se da la vuelta y se marcha.

Me despierto con los primeros rayos de sol, son las siete y media de la mañana, he dormido tan bien que me siento descansada por primera vez en este último mes. Hacía mucho que no dormía de esta manera, lo único malo es que he soñado con esos ojos grises que me tienen loca. Ya ni en sueños logro despegarme de su imagen y lo que provoca en mí.

Anoche tuve que hacer un gran esfuerzo para no invitarle a pasar, el mantra ya no me vale después de haberme dejado envolver entre sus brazos. Nunca me había sentido tan protegida y arropada, fue un momento mágico que duró tan poco.

Resoplo, se me está yendo la cabeza detrás de Black y tengo que tomar las riendas de mi vida, no puedo caer en este error.

Me incorporo en la cama y siento como la nostalgia me atrapa de nuevo.

—Por Dios, Carola, vas a estar en el piso de arriba, compórtate como una mujer madura —me recrimino en voz alta—, y ¿si no quiero? —murmuro apenada.

Tengo que avanzar, me lo debo a mí misma, pero sobre todo a Helen. Llevo toda la semana retrasándolo y ya no puedo seguir haciéndolo, a menos que quiera dormir en una habitación con olor a pintura el próximo jueves.

Me levanto y me pongo la ropa de faena: un chándal blanco viejo y ajado, me recojo el pelo y, después de hacer la cama, voy a la cocina a por mi merecido café.

Cuando he terminado de desayunar, *Rocks* viene hacia mí, recordándome que aún me falta algo por hacer antes de recluirme en mi nueva casa. Me encantan los perros, pero no la obligación de sacarlos cada día varias veces, por eso no tengo uno, aunque seguro que a Jaime no le importará que le ayude alguna vez con su cocker.

Le doy un paseo de una hora, así que cuando quiero ponerme en marcha son las nueve de la mañana. Subo a mi casa por la escalera lateral. Son casi réplicas exactas la parte de arriba de la de abajo, incluso los muebles, aunque el sofá acabo de comprarlo y no pude evitar ponerle una nota de color: es morado, mi color favorito.

El silencio me aturde, con lo cual busco la caja donde metí la cadena de música, la enchufo en el pasillo. Sintonizo Cadena Dial y dejo que la música inunde la estancia.

Entro en mi nueva habitación, la más grande de todas, levanto la persiana y abro la ventana. Me pongo manos a la obra y en un rato tengo toda la estancia lista para pintar: un enorme plástico cubre la cama, el suelo está lleno de papel de periódico y los marcos con su cinta de carroceros.

Abro la pintura morada en un tono demasiado claro para mi gusto, pero Helena estaba segura de que me cansaría de ver cada día un tono tan oscuro como el que elegí primero, así que, para no discutir en la tienda de bricolaje, la hice caso.

Me pongo a pintar mientras Pablo Alborán, Melendi, Malú... cantan para mí.

Llevo ya la mitad de la habitación pintada cuando la nueva canción de Rozalén me detiene en seco. Cuando acaba en la radio la busco con mi móvil.

**Ahora que tengo un gato, friego mis platos, me soporto en soledad.**

**Ahora que pienso en alto, soy un manitas, escojo de la tele yo el canal.**

**Ahora que hay que hay poco espacio en los armarios.**

**Ahora que no dependo de papá.**

**Ahora que ya no le hecho cuentas a nadie.**

**Ahora vas y apareces tú.**

La escucho tres veces más, casi podría estar escrita para mí y empiezo a tararearla sin parar.

—Y ahora vas y apareces tú —canto yendo al salón a por la botella de agua—. Y ahora no sé bien qué debo hacer, si dejarlo todo o desaparecer...

—¡¡¡Carolina!!!

La voz de Black me detiene y escucho como aporream la puerta con insistencia. Voy hasta allí y miro por la mirilla. «Mierda, ahora no, Black».

—Sé que estás, abre la puerta.

Resoplo y hago lo que me pide ¿o me lo ha ordenado? Se materializa frente a mí y a pesar de su ceño fruncido me guiña un ojo.

—Pensé que te había pasado algo, estaba a punto de llamar a alguien para que echara la puerta abajo —informa y poco a poco su expresión se relaja.

—Estoy bien, gracias por preocuparte, pero estoy ocupada y...

El muy descarado pasa dentro de mi casa sin ser invitado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al ver que no dice nada.

—Vengo a ayudarte a pintar —contesta quitándose la chaqueta de cuero, retengo un suspiro. ¿Por qué tiene que gustarme tanto este hombre?

—Black, no lo necesito —afirmo aún con la puerta abierta de par en par, a ver si se da por enterado y se marcha—. No sé cómo has entrado hasta aquí, pero lo mejor será que te vayas. Te dije que no podía salir hoy y no voy a cambiar de opinión.

Ni hoy, ni mañana, ni pasado... Ya bastante trastornada me tiene como para seguir alimentando mi exaltada imaginación.

Se acerca a mí y, por un segundo, creo que le he convencido, pero no, agarra la puerta y la cierra muy despacio sin dejar de mirarme.

Me pone muy nerviosa tenerle en mi terreno, estos días atrás estábamos en casa de Helena y eso frenaba cualquier impulso de cometer una locura, pero ahora no hay mucho que me lo impida y tengo que apelar a mi fuerza de voluntad para no sucumbir.

—Dejaste la puerta abierta —contesta.

—Eso no te da derecho a entrar.

—Cierto, no he podido evitarlo —da un paso hacia mí y yo retrocedo chocando contra la puerta—. Aunque seguramente no quieras saber por qué.

—Exacto.

No contesta y me recorre con su mirada como si le gustase lo que está viendo. Agito la cabeza, alejando las ideas absurdas que corren libres por mi mente.

—¿Se puede saber qué quieres? —murmuro cuando recupero la voz, con menos fuerza de lo pretendo. «¿Ese es tu concepto de fuerza?, Carola, menuda birria, nena» me recrimina mi mente con toda la razón del mundo.

—Vengo a ayudarte con esas paredes, así acabarás antes y podremos aprovechar la tarde. Hace un día estupendo. Aunque si llego a saber que ibas a empezar tan pronto, hubiese venido antes.

Va a volverme loca y parece que es lo que pretende, se gira y sin ser invitado pasa al salón, deja su cazadora sobre el sofá y me observa, plantada en la entrada, sin saber qué hacer o cómo salir de este lío.

—No te he invitado a entrar...

—Maldita sea —dice enfadado, dejándome aún más atónita si eso es posible—, tienes compañía y por eso...

—¡Claro que no! —exclamo y noto cómo su tensión se evapora al instante.

Este hombre va a acabar conmigo y sobre todo con mi decencia. «Céntrate, Carola, es tu primo, nada más, si quiere malgastar su mañana pintando, que lo haga y que se largue después».

—Pues estamos perdiendo un tiempo muy valioso discutiendo, cuando podemos acabar de pintar y luego decidir qué hacer, juntos.

Esto último suena demasiado sugerente, más de lo que puedo soportar. ¿Acaso no es suficiente soñar con él que encima tengo que verle cada día?

Resoplo, agotada de luchar contra mis deseos más oscuros.

—Estoy esperando —¿canturrea? Será posible que me esté tomando el pelo, le miro en busca de la burla que he intuido en sus palabras, pero no la encuentro, simplemente está ahí: esperando que yo reaccione de una vez.

—Primera puerta a la derecha —le informo dándome por vencida.

Sé que no le voy a disuadir de sus intenciones y estoy dejando que mi orgullo me retrase, así que claudico, que pinte y que se marche.

Le sigo a la habitación, procuro no mirar la cama que nos separa mientras pintamos cada uno una pared diferente, pero hay en momentos que se van los ojos y me pierdo en esas anchas y musculosas espaldas.

«Céntrate, Carola» me reprende mi mente mientras la imagen de mi hermana se materializa frente a mí y me hace repetir el mantra una y otra vez.

Con él en la cabeza, recitándolo hasta la saciedad, sigo pintando. Cuando he acabado doy un paso atrás para ver como ha quedado.

No quiero girarme, pero no me queda otro remedio y me encuentro a Black observándome con una intensidad arrolladora.

—Ya está acabado —anuncia y rompe la conexión visual para recoger el bote de pintura y los rodillos—. ¿El baño?

—Al final del pasillo —informo y le dejo recoger cuando debería estar haciéndolo yo.

Así que me pongo en marcha, dejando de lado las ensoñaciones y en muy poco la habitación está libre de papeles. Ahora solo queda que la pintura se seque y pueda colocar mi ropa en el armario.

—Ya están limpios. ¿Cuánto tiempo necesitas para prepararte? —Pregunta

despreocupadamente apoyado en el marco de la puerta—. ¿Creo que me lo he ganado, no?

—Este hombre está loco —murmuro buscando la manera de frenar esta locura.

—Solo un poco —contesta, me ha escuchado—. Te doy media hora para que te prepares, voy a buscar una cosa y vengo a buscarte. No te retrases mucho.

Se da la vuelta y se marcha. ¿Qué estoy haciendo? O mejor dicho, ¿qué me está haciendo? Tengo que frenar esto, no puedo seguir luchando contra mí misma mientras él se empeña en ponerse a tiro. Anoche tenía que haber llamado a uno de mis «amigos con derecho a roce», pero no lo hice y una parte de mí lo agradece, la parte más romántica y tonta que me está gritando para que me deje de tonterías y caiga en los brazos de... Mierda, escucho como abre la puerta y salgo detrás de él.

—Espera —susurro, «seré tonta» —. ¡¡Black, espera!! —chillo, pero no recibo respuesta y veo como cierra la puerta antes de que consiga llegar a ella.

Si me ha oído, me ha ignorado, y ha tenido que escucharme, no vivo en una mansión de doscientos metros cuadrados, sino en un piso de setenta.

—Y ahora, ¿qué hago con él? No quiero volver a ver la cara de decepción de Helena, bastante le molesta ya mi manera de ver las relaciones como para... Céntrate, Carola, es tu primo ¿no? Y jamás harías nada con Tomás, así que con Black tampoco. Qué más da salir con él, no va a pasar nada de nada, eres fuerte, nena.

Asiento para mí y voy en busca de unos vaqueros y un jersey con las ideas un poco más claras.

—Voy a conseguirlo, voy a conseguirlo, voy a conseguirlo... —repito mi nuevo mantra con convicción mientras me doy una ducha exprés y me visto.

Faltan diez minutos para la hora acordada, salgo de mi casa y recojo el bolso en la de mi hermana. Faltan solo cuatro días para cambiar de vida, atrás quedan tres años difíciles, de terapias, de lágrimas, de sofá y películas, de risas, de tardes en el patio hablando de todo y de nada... Lo voy a echar de menos, me acostumbre muy rápido a tener a Helena a mi lado y siento que la pierdo. Sé que es egoísta por mi parte pensar así, tener celos de Jaime, sentirme traicionada por Helena, pero no sé cómo evitarlo ni cómo cambiar mi mente para que no se recree en ello.

He estado evitando profundizar en lo que siento, pero la realidad cada vez está más cerca, en cuatro días estaré sola y me aterra considerarlo. Una parte de mí no quiere esto, me gustaría tener valor de decírselo a mi hermana, me hubiese gustado gritar en la iglesia: «yo me opongo», pero ¿cómo podría hacerle eso a Helena? Estoy chalada, pero no tanto como para hacerla daño.

Cierro la puerta de casa, apartando de mi mente el torrente de emociones que me ha asaltado sin piedad, llevo más de un mes reprimiéndolo, desde que Helena me anunció su deseo de casarse. No tengo derecho a ponerme así, es su vida y tiene que vivirla como ella quiera. Por suerte, soy consciente de ello y no me he convertido en la típica metiche que se dedica a arruinar la vida de los demás.

—¿Nos vamos, Ka? —Miro hacia la calle y ahí está Black, ¡¡montado en una Harley!!

Me retraigo y él se da cuenta. Se baja de la moto y traspasa los metros que nos separa.

—No lo pienses tanto y confía en mí —dice dándome un casco—, conmigo estás a salvo.

—No he montado nunca en moto —contesto y niego con la cabeza. Casi puedo ver el desastre frente a mí, tendremos un accidente porque yo no sabré dejarme llevar y...

—Basta, no va a pasar nada tan tétrico.

—¿Lo he dicho en alto? —pregunto golpeándome mentalmente por mi error.

—No, pero eres muy expresiva —me coge de la mano y me estremezco—, confía en mí —solicita sin dejar de mirarme a los ojos.

Claudico y me escolta hasta la salida, ¿por qué no puede ser un capullo integral?, me sería más fácil rechazarle, poner distancia, tendría motivos para ello, pero no, es perfecto y cada día que paso con él me es más difícil mantenerme en mi posición.

Tras ayudarme con el casco que me queda como un guante y ponerse él el suyo, se monta en la moto y espera hasta que yo hago lo mismo detrás de él.

—Agárrate bien, pequeña.

Segundos después arranca y me veo obligada a rodearle con los brazos si no quiero acabar en la cuneta. Cierro los ojos, pero eso solo empeora la situación, estoy ahí, en una moto en movimiento y abrazada a un hombre que me tiene loca. Si cambio moto por caballo estaría en medio de una de esas

novelas románticas que antes leía hasta la saciedad, releyéndolas una y otra vez. Ahora prefiero leer novelas de crímenes sangrientos o eróticas, suelen centrarse menos en el amor así que me es más fácil identificarme con ellas.

No sé cuánto tiempo llevamos en carretera, pero de pronto la moto se para, el aire y la brisa del mar me devuelven a la realidad y poco a poco suelto a Black y abro los ojos. Estamos en el faro Cabo Mayor.

Mi mente se revuelve y bloqueo un recuerdo antes de que emerja y me ahogue en él. Black desmonta y me ayuda a bajarme y a quitarme el casco. Respiro hondo.

—Veo que no he acertado en el lugar escogido —señala sin soltarme la mano.

—No es eso, es solo que... —me callo, cómo contarle lo que estuve a punto de hacer en este acantilado, cómo explicarle sin profundizar en las mareas de mi pasado que hoy más que nunca se tornan en una amenaza contra mi equilibrio mental—. No estoy preparada aún.

—A mi padre le encantaba este lugar —dice sentándose al borde del acantilado—. Normalmente veníamos Jaime, él y yo, Marta no quería ni le gustaba, y disfrutábamos del tiempo, juntos.

Me siento a su lado sin mirar abajo.

—Aún le echo de menos, fue un padre ausente, trabajando de sol a sol, nunca era suficiente, había que tener más, había que acumular y acumular. No disfrutó de la vida, de sus hijos, de nada. Me hubiera conformado con mucho menos, pero con su presencia a mi lado.

—¿No le has perdonado? —cuestiono y sus ojos grises me atraviesan.

—Quizás fue Marta quien le incitó a ello o tal vez era lo único que sabía hacer. No lo sé, pero le añoro, me hace falta, Carolina, y no puedo cambiar el hecho de que ya no está.

—El pasado no lo podemos cambiar —digo uno de mis mantras favoritos.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en vivir en el pasado?, ¿por qué dejas que él se interponga en tu vida y te robe tu felicidad?

Una lágrima solitaria cruza mi mejilla.

—¿Por qué no avanzas y te olvidas de él? —cuestiona directo a mis entrañas, atacando sin piedad mi corazón malherido.

—Ojala fuese tan fácil como decirlo y ya está.

—¿Aún le amas? —pregunta con el ceño fruncido.

—No, dejé de amarlo estando con él —confieso no solo a él, sino a mí misma—, durante mucho tiempo fue miedo lo que sentí: miedo a no saber qué hacer, a no poder sobrevivir, a morirme de hambre, a verme sola... Durante mucho tiempo se dedicó a decirme que yo no era válida, fue minando poco a poco mi confianza y me convertí en poco más que arcilla en sus manos. Siempre haciendo lo que él quería, lo que él imponía, para no discutir. Me fui apagando, me convertí en una inútil y aún hoy, hay veces que me siento así.

El silencio nos envuelve tan solo roto por el sonido del mar.

—Llevo tres años tratando de borrar su huella de mi mente y no lo consigo —continúo mirando al mar—, a pesar de las terapias, de la ayuda de Helena, de ver que he salido adelante, que tengo mi casa, un trabajo, que sé vivir sin necesidad de un hombre, sin necesidad de él —suspiro y me seco las lágrimas, que no me había dado cuenta que caían por mi rostro—. Tal vez nunca consiga volver a ser yo.

—Te equivocas —le miro sin entender a qué se refiere—, ya eres tú. No puedes volver a ser la adolescente que conoció a ese tipejo, has vivido, has sufrido y has superado esa relación aunque no te lo creas del todo.

—Nunca llegaré a superarlo, al menos no del todo —afirmo y aparto la mirada de esos ojos que me observan esperando algo que no estoy dispuesta a dar—. Debo vivir con ello, acostumbrarme a que mi vida es como es y...

—Tienes treinta años, Carolina, y un camino muy largo por delante, solo tienes que querer avanzar y dejar que te quieran.

—¿Quién va a querer algo roto y ajado? —pregunto sin esperar contestación alguna.

—Yo. —Su respuesta me deja anonadada.

—¿Cuándo vas a contarme lo de la cicatriz? —digo cambiando de tema, no tiene sentido profundizar en algo que no va a ser posible.

—Eso puede esperar. Carolina —me llama cogiéndome de la mano—, mírame.

Quiero negarme, echar a correr y huir de las emociones que está produciendo en mí su presencia a mi lado, sus palabras, su mano en la mía.

—No te hagas de rogar —pide e intuyo su sonrisa.

—Será mejor que volvamos, tengo que colocar un montón de cosas y no voy a tener tiempo durante la semana.

Me levanto y le doy la espalda, esperando que entienda que el acercamiento ha terminado. Me hace bajar la guardia de una manera que me aterra, no quiero confiar en él, tengo suficiente con Helena y, aunque ahora tenga que acostumbrarme a que no podrá estar siempre conmigo, sé que conseguiré adaptarme.

Se coloca frente a mí y sigo mirando al suelo, esperando que capte mis intenciones y las respete.

—No me voy a rendir, Carolina —esperaba cualquier otra cosa, pero no esa declaración de intenciones.

—Y yo te pido que lo hagas, que me veas como si fuera tu prima o tu hermana —levanto la mirada y me enfrento a él—. Sé firme, Carola —murmuro dando un paso adelante, intentando ordenar mis ideas—, no puedes caer en la tentación.

—Me encanta ser una tentación para ti —me paraliza y él aprovecha para reducir el espacio a la mínima expresión—, no puedo considerarte mi prima, Carolina —acaricia mi mejilla muy lentamente y soy incapaz de retirarme o apartar su mano—, a mi prima nunca le haría lo que quiero hacer contigo.

—Black, yo... —balbuceo atrapada en la intensidad de sus ojos grises—. No lo pongas más difícil —le pido mientras mi cuerpo grita que me rinda a él.

—¿Vas a tardar mucho en dejarte caer? —pregunta y me guiña un ojo.

—Caería encantada si no fueras quien eres —le he sorprendido y aprovecho para alejarme de él y volver hacia la moto.

No he avanzado mucho cuando ya le tengo de nuevo, sujetándome el brazo y haciéndome mirarle.

—Explícate —solicita con urgencia.

—¿Qué quieres que te diga? —cuestiono agobiada, sería tan fácil acceder, es lo que realmente me apetece, pero no debo.

—Quiero saber a qué me enfrento, ¿qué barreras tendré que superar para estar contigo? Es imposible que no te des cuenta de lo que está pasando aquí, entre nosotros.

Me coge de la cintura, en un abrazo que no tiene nada de tierno, pero si está cargado de sensualidad. ¿Por qué tiene que ser tan perfecto y tan inalcanzable?

—Te estás confundiendo, Black, no sé con qué clase de personas has tratado en este tiempo, pero yo no soy...

Sus labios me asaltan sin piedad, devorando mis excusas y cualquier

sensatez que haya podido mostrar en los últimos días. No me resisto, llevo tanto tiempo reprimiendo lo que despierta en mí que ya no me queda defensa alguna que esgrimir.

Me dejo llevar en un beso eterno y apasionado que me derrite por dentro. Me aferro a su cuello y todo mi cuerpo responde a su cercanía. Siento como sus manos me recorren la espalda y me estrechan contra él con más firmeza, como si pensara que me voy a escapar, cómo podría si he soñado con este momento toda la semana.

Su beso se vuelve exigente, reclamando mi boca como suya, avallando mis sentidos y embriagando mi sensatez. Estoy a un paso de incendiarme, de arrastrarle a algún lugar apartado donde dar rienda suelta a lo que sentimos, cuando mi mente recupera la sensatez.

Me aparto todo lo que me deja, aún siento sus besos en mi boca, en mi cuello... «Céntrate, Carola».

—No quiero que vuelvas a hacer eso —digo tratando de sonar convincente con poco éxito.

—Entonces deja de devorarme con la mirada y de aferrarte a mis brazos. No soy de piedra, Ka, y cada vez que lo haces me entran unas ganas enormes de arrastrarte a mi cama y... —Cierro mis oídos al final de la frase.

Le suelto abruptamente, indignada por mi falta de control, él parece divertido, hasta me guiña de nuevo el ojo. Resoplo y me aparto dando unos pasos para atrás. Levanta la mano izquierda y me acaricia el labio con su pulgar.

—No deberías resistirte, no pienso desistir en mi empeño de tenerte —murmura, soy incapaz de moverme, de alejarme de ese hombre capaz de perturbarme con muy pocas frases.

—Dame por conquistada y ve a por la siguiente —le pido y enseguida me doy cuenta de mi error, la diversión desaparece de su rostro sustituida por una rabia que debería darme miedo y, sin embargo, no es así.

Acabo de someterle a mi propio juicio y no le ha gustado el resultado, ni mi consideración. Antes de que pueda disculparme, va hasta la moto y se pone el casco, dándome el mío.

—Por cierto, lo compré para ti —señala sin ocultar lo molesto que está conmigo.

—No deberías...

—Vamos, te llevo a casa.

Monto detrás de él y aunque estamos juntos le noto distante, y no me extraña nada, ha sido una mierda de cita y no he estado a la altura, en vez de decirle la verdad, le he atacado, presuponiendo que él solo me quiere para lo que la mayoría de hombres: un polvo y si te he visto no me acuerdo. Quizás Black sea diferente, quizás él esté viendo en mí algo más que un cuerpo y quizás yo esté enloqueciendo por cuatro abrazos y unas cuantas conversaciones en las que he dado más de mí que a cualquier otra persona.

No sé de dónde saqué el valor para resistirme a él, ni por qué Black, a pesar de sus palabras y su decisión, me dejó escapar. Solo sé que he pasado la noche en vela reviviendo ese beso que me perturbó rompiendo mi voluntad en mil pedazos.

He pasado cada hora hablando conmigo misma, considerando pros y contras, decidiendo si dejarle traspasar los límites, liándome entre excusas y maldiciendo porque él sea quien es. Estoy agotada de pensar en ello, pero sobre todo estoy cansada de no poder hacer lo que de verdad me apetece, sin importarme lo que pueda pasar después.

Me levanto del sofá con el cuerpo dolorido y voy hasta el baño, toca empezar a funcionar. Me ducho y me arreglo para ir al trabajo sin fijarme en la hora que es. En el fondo de mi alma tengo ganas de ver a Black, aunque sé que lo mejor es mantener las distancias, que no debo caer en este error, que el daño que podría causar a Helena con mi actitud desinhibida no merece la pena. «¡Maldita educación católica, apostólica y romana que nos ha dado mi madre! En qué rayos estaría pensando, precisamente ella, que tanto tiene que callar».

Miro el móvil y maldigo en voz alta, salgo del baño golpeándome el codo en mi precipitación. Llego tarde y me tocará recuperar el tiempo antes de irme del trabajo. ¿Cómo he podido perderme tanto? Otro punto en contra de Black, obnubila mis sentidos y me hace perder la consciencia.

Se me hacen eternas las horas en el trabajo, más saliendo media hora después, pero soy incapaz de concentrarme, mi subconsciente sigue pensando en todo lo acontecido hasta el momento y me toca repetir un informe antes de entregarlo. Cuando al fin salgo de la oficina respiro tranquila, he llegado a una conclusión por fin: Black y yo nunca tendremos nada, es lo mejor para los dos y la única que voy a perder soy yo.

No he dado ni diez pasos cuando una voz que jamás podré olvidar mientras viva me hace retroceder y buscar refugio detrás de la columna de un portal.

—¡Quiero pasar por esta calle y ya está, Sara!

Alfonso, con su pelo negro y su metro ochenta, aparece muy cerca de donde estoy resguardada, junto con una morena bastante contrariada.

Me sudan las manos, me tiembla el cuerpo y estoy aprisionada, no hay escapatoria posible, solo tiene que mirar en mi dirección y seré descubierta por él, precisamente tiene que ser él. Respiro tratando de controlar los agitados latidos de mi corazón sin lograrlo.

—¿Por qué tienes que complicarlo todo?! —vocea mientras la sujeta por el brazo derecho haciéndola daño, la morena es muy expresiva.

—No me gusta que vengas por aquí, esta obsesión de intentar ver a tu ex es enfermiza —señala con valentía.

—¡Tú harás lo que yo diga!!

La golpea contra la pared varias veces, la mirada de la joven se va apagando hasta que una lágrima aparece en su mejilla y agacha la cabeza. Alfonso sonrío con sadismo y yo me estremezco ante una escena tan dantesca.

—Dos años juntos y aún no entiendes que aquí mando yo —la susurra cogiéndola del cuello y apretándoselo sin dejarla respirar apenas—. ¿Te queda claro?!

No puedo moverme, estoy paralizada por el miedo de volver a verle y por la agresividad que demuestra en público, conmigo nunca fue así o, mejor dicho, jamás llegó a ese extremo. Yo conseguí huir antes de que se volviese ese ser maligno que tengo delante de mí.

Por suerte, está tan centrado en su acompañante que no mira a su alrededor. Rezo todo lo que sé para que se vayan de una vez.

—¡¡¡Aún no has contestado!!! —Pego un brinco, pero el de ella es más grande que el mío.

—¿Por qué no me quieres entender? —balbucea, y Alfonso levanta la mano.

Cierro los ojos, no quiero ser testigo de esto, no teniendo en cuenta que soy incapaz de ayudarla. Aun no estoy preparada para enfrentarme a él.

—En cuanto llegemos a casa te voy a explicar ciertas cosas.

Abro los ojos y ya no están ahí, cerca de esta columna que me ha protegido de él. ¿De qué me ha servido tanta terapia si no puedo ni mirarle sin tener miedo? He perdido tiempo y dinero, solo he conseguido ser consciente de lo que no volveré a tolerar en mi vida.

Espero un cuarto de hora más en mi escondite para asegurarme de que no me los voy a encontrar, reviviendo la escena una y otra vez y dejando que mis

inseguridades afloren. Me estoy poniendo enferma de pensar que él pudo hacerme lo mismo y yo dejarle.

Salgo de allí y vuelo hasta la parada del autobús deseando no vivir en una ciudad tan pequeña. Aunque, si soy sincera, en estos tres años le he visto tres veces sin contar con esta y solo en una de ellas él me vio a mí, por suerte estaba Helena conmigo y no pasó de unas cuantas frases malintencionadas.

Me estremezco, mi mente vuelve a revivir el horror que acabo de ver, mientras el autobús me deja en mi parada. Hasta que no llego a casa no respiro hondo, descubrir que Alfonso sabe dónde trabajo y que pasa por allí con la intención de verme es más de lo que puedo asimilar en menos de una hora.

Me recluyo en casa después de sacar a *Rocks* durante menos de diez minutos, olvidando todos los planes que tenía esta tarde, me fundo con el sofá y me dejo llevar por el dolor.

El martes lo paso en estado vegetativo, por primera vez desde que trabajo me pongo enferma, aunque es el alma lo que me duele y no algo físico, por suerte me dan la opción de trabajar desde casa y así lo hago durante toda la mañana. Es perfecto, no he tenido que salir a la calle y no pierdo el día de trabajo, ni doy demasiadas explicaciones del virus que me tiene convaleciente.

El miércoles transcurre como el martes, aunque la lucidez empieza a aparecer en mi mente, tarde o temprano tendré que enfrentarme a Alfonso, es inevitable y no puedo presentarme ante él como una niña asustada sino como una mujer capaz de ponerle en su sitio.

Tengo que lograrlo, me exijo varias veces, consciente de que solo así seré libre.

—Black ¿dónde narices estás?

Repito mi mantra de estos últimos días, no ha dado señales de vida desde el beso en el faro y duele reconocer que le he echado de menos, que en menos de dos semanas se ha convertido en una persona necesaria en mi vida, me hubiese venido tan bien recibir un abrazo de él el lunes.

Suspiro como una tonta recordándome que he tomado la decisión de alejarme de él y Black parece que ha tomado el mismo camino. Está claro que si tenía algún interés en mí, murió cuando no accedí a que se metiera en mi cama. Era de esperar, pero me siento estúpida por necesitarle, si llego a saber que solo quería un buen...

El timbre de la puerta paraliza mis pensamientos y arrastro los pies hasta

allí, sin duda es mi madre, llevo días dándole esquinazo y ya no ha soportado más que me comporte como una adulta con vida propia. Solo de pensar que tengo que enfrentarme a ella, sola y con lo que pasó con Alfonso aún presente me entra la desesperación y una agobio inmenso.

Abro la puerta sin mirar, pero la tormenta de acusaciones no se desata: algo impropio en... ¿Black? Da dos pasos y aprovechando mi sorpresa asalta mi boca reclamando lo que no le pertenece.

Tengo tanta necesidad de cariño que me dejo devorar, correspondiéndole con el mismo fervor que él impone, enredo mis manos en su pelo y dejo que sus manos recorran mi cuerpo encendiendo mi deseo.

—Te he echado de menos —murmura contra mi boca y mi pasión se desinfla, pues mi mente me recuerda que llevo tres días añorándole con desesperación.

Él no trabaja, no tiene responsabilidades y aun así no ha aparecido hasta las nueve de la noche del miércoles.

Esquivo uno de sus besos y me deshago de sus musculosos brazos para encararle. Me mira asombrado por mi cambio de actitud, pero qué esperaba de mí, ¿una rendición completa? Mi tiempo de entrega total expiró hace años.

—¿Qué quieres, Black? —pregunto con los brazos cruzados.

—¿Tengo que tener un motivo para venir a verte? —esquivo su mano que trata de cogerme y entro al salón, poniendo el sofá entre nos dos como si fuera una barrera.

—¿Tú qué crees?

—Que estás muy enfadada —mira el reloj.

—Será posible, que lo tiene cronometrado —suelto sin filtro y él sonrío demostrando que me ha oído.

—Lo que ocurre es que...

—No tengo tiempo para juegos de salón ni para entretener a nadie, di lo que tengas que decir y márchate. —Veo que mis palabras le han ofendido, pero mejor eso que verme lastimada por él.

—Vengo a buscar las llaves del coche de Jaime, tengo que ir a buscarles a Bilbao y en la moto no cabemos los tres. Me ha dicho que las guardó Helena en su habitación. —Está serio, pero yo más.

—Segunda puerta a la derecha —digo señalando el pasillo, es mejor así, enfadados ambos, al menos de esa manera mantendrá sus manos lejos de mi

cuerpo y me será más fácil resistirme a él.

—Gracias —pasa a mi lado sin tocarme.

Regresa a los cinco minutos con las llaves en la mano.

—Ya sabes dónde está la puerta.

Se acerca a mí y vuelve a mirar el dichoso reloj, maldice entre dientes.

—Mañana hablamos, siento no poder quedarme hoy contigo, pero tengo una explicación, te lo contaré mañana y...

—No hace falta —suelto interrumpiéndole y su ceño se frunce aún más—. No hay nada que hablar.

—Yo creo que sí.

Se inclina a darme un beso y giro la cara, ni uno más pienso permitir de sus labios.

—Hasta mañana, Carolina.

Su despedida suena a amenaza, la puerta se cierra tras él y me siento vacía añorando a un hombre que no me pertenece y que no me toma en serio. Pero ¿acaso no son así siempre mis relaciones?, llevo tres años jugando a este juego, acostándome con quien me apetecía, sin compromisos ni esperanzas, ¿por qué con él despierta otros anhelos en mí?, ¿por qué añoro sus brazos? ¿Por qué he dejado que llegue tan lejos?

Me voy a la cama con la cabeza llena de preguntas sin contestar, por un lado desearía no volver a verle, cerrar estás dos semanas con el recuerdo de su sabor en mi boca, y por otro lado, me gustaría arrancarle la ropa y desatar la pasión que ambos sentimos. Porque si algo me queda claro: es que Black me desea tanto como yo a él.

El jueves por la tarde llega raudo y veloz, me encuentro frente a la puerta, a pocos minutos de que lleguen, temblando como un flan, son demasiados cambios en tan poco tiempo. ¿Quién iba a pensar que mi hermana iba a casarse con tanta premura? Tan grande que creo que aún no he conseguido asimilarlo a pesar de haber acudido a su boda.

La puerta se abre, compongo mi mejor sonrisa y aparece la feliz pareja seguida de Black, que lleva la maleta roja de Helena.

Me hermana me abraza con demasiada efusividad y comienza a hablar tan rápido que soy incapaz de entender nada mientras los chicos llevan a su habitación las maletas.

—Tranquila, Helen —intervengo en una de sus respiraciones—. Te aseguro que vas a tener tiempo de contármelo todo con pelos y señales, pero lo mejor será que descanséis del viaje y yo me vaya para mi casa.

—Te dije que no hacía falta —señala enfadada—, que podías ir poco a poco arreglando lo de arriba y viviendo aquí con nosotros.

—Lo que queda lo iré haciendo sin prisa —miro de reojo a Jaime y a Black, el segundo parece tenso, mientras el primero habla por teléfono.

—Su madre —explica Helena—. Cuando hemos bajado del avión tenía más de veinte llamadas y un montón de mensajes de voz de ella.

—Absorbente —murmuro para que no me oigan—. Ándate con ojo, Helen.

Enrojece ante mis palabras y tengo la sensación de que me está ocultando algo, cosa impropia en ella.

—Me voy ya, tengo que ir a comprar una cosa y están a punto de cerrar el supermercado. Solo quería veros llegar y además, mamá estará esperando que la llames. Ya tendremos tiempo de hablar de masajes y largas tardes de playa —digo antes de que ella pueda enredarme.

—Pero quería..., está bien —accede sabiendo que no me va a convencer, la doy un beso en la mejilla.

—Mañana.

—Mañana me prometiste que vendrías al Loft con nosotros.

Una promesa que hice bajo coacción de obligarme a permanecer más tiempo en su boda. El problema no es el lugar, sino que van todos los amigos de Jaime y de ella, en total unas treinta personas a cada cual más frívola, que no me van a aportar nada nuevo mientras que yo tendré que perder una parte de mi tiempo allí.

—No puedes negarte —me recuerda mientras su teléfono suena insistentemente en su mano.

—¿Por qué no lo hablamos mañana? —pregunto, estoy aturdida, cansada y de malhumor. No es mi mejor momento.

Quiero marcharme, comprar la tarrina de helado más grande que encuentre y sentarme en mi sofá a devorarla sin remordimientos.

—Está bien —accede a regañadientes.

Jaime sigue hablando por teléfono en el jardín y Black ha desaparecido. Me despido de mi hermana y me marchó.

No he terminado de bajar la cuesta cuando Black trata de interceptarme.

—¿Qué te pasa? —pregunta siguiendo mi rápido descenso.

—No creo que te interese y no quiero hablar ahora.

—Pero yo sí. —Agarra mi mano y aunque trato de soltarme es en vano.

—¡Déjame en paz!

—¿Estás enfadada? No, no es eso, conozco esa mirada, Ka, ¿no estás conforme con la boda? —me detengo en seco y le observo, ¿de dónde saca esa idea absurda?

—No se te ocurra repetir eso delante de nadie —ordeno pensando en el desastre que se podría originar—. Yo jamás me interpondría entre ellos.

—Me alegro, bastante van a tener con Marta.

—¿Qué pasa con ella?

—Ya te lo contaré. —Me suelto de su agarre—. ¿Dónde vas?

—A comprar helado y luego a comérmelo entero —confieso sin pudor, ¿qué más da lo que piense de mí?

—Se puede saber por qué estás así. —Se me escapa una lágrima y sé que no le ha pasado desapercibida.

Me giro con la intención de alejarme de él, pero vuelve a sujetarme con firmeza y sé que no va a soltarme.

—Ni lo sueñes, pequeña, vamos.

Antes de que mi mente llegué a procesar lo que está pasando me encuentro en el apartamento de Jaime, un ambiente sobrio y masculino donde el negro y la madera se complementan a la perfección. Lejos de asustarme el estar ahí con Black, en su terreno, me reconforta, me siento bien y la tensión empieza a evaporarse.

—Siéntate —ordena mientras se acerca a la cocina americana y saca de la nevera un ¿zumo de arándanos?

La realidad me golpea: no debería estar allí con él, ni él tendría que comprarme zumo de mi marca favorita, que dudo que Black beba. Salto del sofá y voy hasta la puerta, pero el espacio es tan reducido que enseguida me intercepta y pone en mis manos el vaso con el zumo.

No sé cómo interpretar ese gesto, ni qué significa para él, pero parece absurdo preguntar por una bebida.

—Ayer percibí que no estabas bien, pero no podía quedarme contigo. Tenía

una reunión importante en Bilbao —explica sin necesidad—. Estoy mirando dónde invertir el dinero que tengo ahorrado, me dolió mucho tener que dejarte sola sabiendo que me necesitabas, pero no podía cancelarla.

—Demasiado petulante de tu parte —suelto incómoda por su acertada percepción.

—Puedes negarlo si quieres, pero estoy seguro de ello, Carolina —alza una mano y retrocedo antes de que me alcance.

—Me marchó, Black, es lo mejor, no trates de detenerme, por favor.

Se aparta de mi camino con los brazos cruzados.

—Me gustaría saber qué te ha pasado, Ka, estás demasiado nerviosa, tienes los ojos hinchados y tiembles mucho. No deberías salir así a la calle, si no quieres hablar lo acepto, pero al menos quédate hasta que logres calmarte.

¿Por qué tiene que ser tan perfecto?, ¿por qué puede leerme tan bien? Y ¿por qué es capaz de hacerme cambiar de opinión con cuatro palabras bien usadas?

Suelto el picaporte y me giro para mirarle, a pesar de su aspecto de chico malo no lo es en absoluto, tan solo es una fachada quizás para protegerse. Tiemblo y ya no sé si es por lo ocurrido o por lo que estaría dispuesta a hacer si él no estuviera vetado.

—Por favor —ruega señalando el cómodo sofá negro.

Me rindo y camino hasta él, me siento y Black hace lo mismo, pero justo enfrente de mí, en la mesa de centro. Doy un sorbo al zumo y trato de acallar mi acelerado corazón.

—Quieres contarme qué te ha pasado —dice con esa voz envolvente y masculina que se cuela en mis sueños y me hace suspirar como una adolescente.

—El lunes le vi —arranco, incapaz de callar por más tiempo— a Alfonso, mi ex, estaba con una chica, imagino que su nueva novia —cojo aire lentamente—. La trató muy mal, golpeándola en medio de la calle, sin importarle quién le viera, y no pude hacer nada, me quedé escondida viendo esa dantesca escena frente a mí, sintiéndome una mierda por no ayudarla, pero fui incapaz, solo podía pedir que no me viese, era lo único que me importaba.

—¿Alguna vez te golpeó a ti? —pregunta y al mirarle veo que su expresión se ha oscurecido.

—No —contesto aunque sé que duelen más los insultos y el menosprecio y de eso llené el cupo muy rápido.

—¿Nunca? —parece no creerme.

—Hubo empujones, tirones de pelo, zarandeos... —Me callo al observar su ceño fruncido—. Ya está fuera de mi vida, Black.

—Debería ocuparme de él —murmura para sí mismo y me estremezco ante la imagen que se forma delante de mí. Black es bastante más alto que él y su corpulencia es mayor que la de Alfonso, no tardaría nada en rematarle.

—Él está fuera de mi vida —repito recuperando su atención, no quiero que se meta en problemas.

—No cuando aún te afecta verlo.

Me encojo y cierro los ojos tratando de mantener las lágrimas en su sitio.

—Lo que no entiendo es por qué has huido de casa de tu hermana —abro los ojos para mirarle, no quiero responder a esto, no quiero profundizar en mis negros sentimientos. Debería huir, buscar refugio en mi casa, pero sus ojos grises me tienen atrapada.

—Estaba a punto de soltarlo todo y no era el momento. Llevo tres días callada, soportando esta pesada carga y llega Helena a casa y no puedo evitar sentirme celosa. Así que he preferido callarme y huir porque no puedo fastidiarla en este instante. No puedo contar con ella, Black, y me siento mal por ser egoísta y no alegrarme por su felicidad, ¿en qué me convierte esto? —pregunto con la angustia a flor de piel.

—En una persona humana —dice quitándome el vaso, dejándolo en el suelo y cubriendo mis manos con la suya— con sentimientos, aunque a veces no nos parezcan los adecuados.

—No tengo derecho a sentirme así.

—Te equivocas, eres libre de sentir lo que quieras y tan generosa como para ocuparte de tus emociones sin perturbar su felicidad.

—¿Por qué eres tan perfecto? —murmuro mirándole a los ojos grises que tanto me perturban.

Se ríe y me atrae hacia él. No me resisto, necesito unos segundos de mimos y sé que él es capaz de dárme los sin exigir nada más.

Su calor me inunda y funde las lágrimas derramadas y las que aún quedaban por soltar. Estoy sentada a horcajadas sobre él, entre sus brazos, con mi cara en su cuello, absorbiendo su perfume. Es fácil perderse mientras Black me acaricia el pelo y me susurra palabras de sosiego.

—Debería irme, Black.

—Llámame, Ricardo —me pide apartando mi melena y dándome un beso en el cuello, se aparta y sujeta mi barbilla para que no pueda evitar mirarle—. Escúchame bien, pequeña, Alfonso es tu pasado, uno que me gustaría borrar para no volver a verte sufrir por el daño que te hizo —languidezco ante sus palabras—. Ahora yo soy tu presente.

Debería revolverme ante esa idea, huir de allí y esconderme hasta que su interés se desvaneciese, no por mí, no me importaría ser su compañera de cama hasta que se cansase de mí, pero él está vetado, es el hermano de Jaime y no debo olvidarlo. Aunque eso suponga ser la única que pierde en esta historia.

—Ojalá fuese posible, Black —digo y me observa extrañado—. Gracias, pero no puedo traicionar a Helena.

Trato de separarme de él, pero no me lo permite, sujetando con firmeza mi cintura, resquebrajando mi voluntad por momentos. Tengo que huir, tengo que alejarme de su influencia, pero me quedo ahí, disfrutando de su contacto, deseando que me arrastre hasta su cama y borre cualquier miedo que pueda tener respecto a esto.

—¿Qué tiene que ver ella entre tú y yo?

—Todo —murmuro y acaricio su mejilla por un segundo demasiado efímero. Me levanto y él no me lo impide.

—Explícate, pequeña —se alza, no necesita tocarme para detener mis pasos.

—Hoy no y mucho menos aquí —frunce el ceño ante mi negativa sin saber lo cerca que estoy de ceder a sus encantos—. Gracias por escucharme no solo hoy, sino durante estos días atrás, pero debo marcharme antes de que cometa una locura. No puedo traicionar a Helena, si no fueses el hermano de Jaime yo... —me detengo, no sirve de nada hablar de lo que no se puede cambiar, recojo mi bolso—. Me voy a comprar mi helado de chocolate.

Camino hasta la puerta y antes de que pueda siquiera poner la mano en el picaporte le tengo aferrándome por la cintura y girándome hacia él. Me recorre de arriba abajo con su mirada y me apoya contra la pared.

—Eso ha sido muy cruel de tu parte —murmura—, ¿de verdad quieres irte? Sé sincera, Carolina, ¿quieres marcharte? —insiste al ver que no le contesto, soy incapaz de hacerlo con sus manos sobre mí y sus ojos prometiéndome una experiencia única.

—No lo compliques más, Ricardo —le ruego sin mucha fuerza, estoy perdiendo la batalla.

—Te estoy dando la oportunidad de largarte, pero estoy a punto de perder la cabeza. Así que decídete pronto —sus manos recorren mi espalda—. ¿Qué prefieres, Carolina, un frío helado o un caliente...?

Me besa levemente y me derrito, voy a necesitar más de un litro de helado para calmar mi deseo.

—Decídete, mujer, porque estoy a punto de cometer una locura —murmura contra mi boca—. Quédate conmigo, Carolina, déjate llevar y olvida todo lo demás. Esto solo nos pertenece a ti y a mí, y no estoy dispuesto a que nadie se interponga entre nosotros.

Agito la cabeza negativamente, sin querer sus palabras me han devuelto un poco de cordura.

—Black, yo...

Su boca acalla la mía, me besa con pasión y me exige la misma entrega que él manifiesta. No puedo negarme por más tiempo, me rindo y sus manos recorren mi cuerpo mientras su boca me reclama una y otra vez.

Arranca los botones de mi camisa y me la quita sin dejar de devorarme y yo hago lo mismo con su camiseta negra. Sus músculos son un pecado, paseo mis manos por su torso decorado con diversos tatuajes. Mientras él se afana por no dejarme pensar, dándome besos en el cuello y llevando sus manos a mi pantalón.

«Céntrate, Carola», mi mente me grita que me detenga y mis manos caen a los lados. Cierro los ojos y Black se detiene ante mi falta de entrega.

—Helena va a matarme —digo en alto, necesito creérmelo, convencerme de que esto está mal.

Me giro para no verle, con su sola presencia rompe todos mis esquemas y mis convicciones.

—No tenía que haber venido, él está prohibido; Carola, por Dios, ¿en qué estabas pensando? —me amonesto.

Siento sus manos en mis hombros, aparta mi pelo con lentitud y posa sus labios en la base de mi cuello.

—No estoy prohibido, Carolina. —Me atrae hacia él y siento su deseo contra mi cuerpo—. Me importa una mierda lo que piensen y a ti debería pasarte lo mismo, ¿por qué luchas contra lo que anhelas? Déjate llevar,

Carola.

Cierro los ojos mientras me levanta la camiseta interior negra y acaricia mi barriga. No deja de besar mi cuello, mi oreja, mi mejilla... hasta que me da la vuelta con ímpetu y devora mi boca, introduciendo su lengua, conquistando poco a poco cada parte de mi cuerpo. Sujeta mis manos sobre mi cabeza con una de las suyas y con la otra descubre uno de mis senos para acariciarlo.

—Ya no puedo permitir que te vayas —murmura sin dejar de tocarme por todo el cuerpo, ya no hay barreras y pronto la ropa quedará esparcida por el suelo. Se separa un segundo, sin soltar mis manos, me observa con desesperación—. Si te vas a marchar, hazlo ahora, pero decídelo ya, por favor.

Niego con la cabeza y, para mi sorpresa, me alza en brazos y me lleva hasta una habitación. La ropa desaparece y la pasión que hemos tratado de controlar durante estos días se desata sin control, nada importa, salvo la satisfacción de estar juntos por fin.

Nuestros cuerpos se entienden a la perfección, se complementan, parecen estar hechos el uno para el otro. Nuestra pasión es tan grande que los orgasmos se vuelven continuados y extremadamente deliciosos, estoy en el paraíso de la mano de un hombre capaz de traspasar mis más horribles temores.

Abro los ojos lentamente, absorbiendo los últimos segundos que me quedan entre sus brazos. Siento su calor, su mano apoyada sobre mi cuerpo desnudo y oigo su respiración serena. Me gustaría prolongar el momento al máximo, pero no puedo, así que cuento hasta diez y me despido de él en mi mente.

Muy despacio me voy desprendiendo de su abrazo, mientras observo como duerme. Black es tan perfecto que me asusta en todos los sentidos, ¿dónde estará la mácula en su armadura?

Aunque si soy sincera conmigo misma, la única con tara soy yo y lo asumo.

Me levanto despacio para no despertarle, tengo que irme a trabajar y tampoco sé qué espera de mí, ni qué significa la noche que hemos pasado juntos. Ojalá tuviera el valor de preguntárselo, pero mi parte más noña e infantil se niega en redondo a hacerlo y prefiere soñar con algo que no es para mí y seguramente tampoco para Black, ¿o quizás sí? Sea como sea, no quiero la respuesta, al menos no ahora.

Bloqueo todos los pensamientos sobre el tema mientras recojo la ropa y voy al salón, me visto con rapidez, tengo que ir a casa antes de que se me haga tarde para ir al trabajo. No puedo permitirme el lujo de retrasarme todos los días, menos después de haber estado «enferma».

Cuando estoy a punto de salir veo que en el mueble que hay al lado de la puerta, hay unas hojas y un bolígrafo. Por un instante pienso en dejarle una nota, pero nada de lo poco que se me ocurre decirle me parece adecuado. Al contrario, palabras vacías que no pueden reflejar ni la sombra de lo que he sentido, así que desisto y me marcho de allí tratando de cerrar con cuidado la puerta para no despertarle.

Después de correr hasta mi casa para poder ducharme, vestirme y llegar al trabajo, la mañana pierde ritmo, en realidad, se paraliza totalmente. Se me hace tediosa y eterna e incluso trato de mantener una conversación con mi compañera de mesa, que me observa como si me hubiesen salido antenas en la cabeza. Siempre he sido bastante borde, o mejor dicho, cortante, y ahora recibo lo sembrado.

No puedo culparla por ello, así que dejo que regrese a sus números y yo me pongo con los míos, tratando de no mirar el reloj del ordenador, con poco éxito.

Cuando por fin salgo de la oficina no puedo evitar que el miedo recorra mis venas. Compruebo una y mil veces mi espalda y hasta que no estoy montada en el autobús no respiro tranquila.

—Muy bien, Carola, ahora otra vez temblando por ese mierda que no vale nada —me recrimino en voz baja para que mi compañera de asiento, una señora de unos setenta años bien enjorada no me oiga.

Una cosa es que frente a Black mi lengua se me escape y otra que vaya contando mis pensamientos a todo Santander. «Ricardo», suspiro, dudo que le haya sentado bien que me fuera, pero no podía hacer otra cosa.

—Te podía haber llevado él al trabajo —me dice mi irreverente voz— y así haber aprovechado el momento ducha para...

Resoplo y la señora me mira con mala cara. Así que acallo mi voz interior y me dedico a mirar por la ventana. El tráfico está más lento de lo habitual y el autobús va lleno. Cuando consigo bajar en mi parada estoy mareada y asqueada de la mezcla de perfumes de los viajeros.

Llego a casa y empieza mi tarde de viernes, si soy sincera, no se está tan mal sola. Como lo que quiero sin reproches, pongo la tele, cojo un libro... todo a la vez y me siento bien, tumbada en mis aposentos. Aunque si lo analizo en profundidad, este estado de ánimo no es porque me haya vuelto una solitaria de repente, sino por Black, por la noche vivida juntos, por...

La puerta de mi casa se abre y Helena entra como una exhalación.

—¿Aún estás así?! —vocea enfundada en su minifalda gris y unos taconazos imposibles, al menos para mí.

La miro sin saber qué pasa.

—Hemos quedado en media hora —resoplo y ella frunce el ceño aún más—. No, no, no y no, no quiero excusas, levántate de ahí, ponte guapa y vámonos. No puedes faltar a tu palabra, sino juro que invitaré a mamá a comer mañana en tu casa.

—Eso es chantaje, muñeca —contesto levantándome a regañadientes, ella sonrío, sabe demasiado bien mi punto débil.

—Claro que sí.

—No entiendo por qué te empeñas en que os acompañe, pero luego te

molesta si alguien liga conmigo —digo sin pensar y la diversión se borra de su rostro.

—Eso es otra cosa y lo sabes —señala entre dientes—. Te espero abajo, no tardes.

Sale tan rápido como llegó, pero enfadada conmigo. Arrastro mis pies hasta mi habitación, escojo lo primero que se me ocurre y me preparo. En diez minutos estoy lista, decido bajar ya y hacer las paces con Helena. No soporto estar enfadada con ella.

Estoy bajando las escaleras, cuando la visión de Black me asalta, está ahí, esperándome. Tiemblo, no estoy preparada para verle y menos en mi territorio y tan cerca de Helena.

—Hola, pequeña —dice en cuanto mis pies dejan la escalera, me coge de la cintura y me apoya contra la pared de la casa.

Antes de que pueda reaccionar me besa, devora mis labios una y otra vez y aunque trato de mantener la cabeza fría es en vano, le respondo con la misma pasión, le he echado de menos y aunque sea por unos segundos necesito sentirme querida.

—Para, por favor —pido cuando su boca abandona la mía para seguir por mi cuello—. Helena podría vernos y...

—No tiene nada que decir sobre esto, solo nos importa a ti y a mí —sentencia enfadado, pero a pesar de sus palabras me suelta, abandonando mi cuerpo que ya le echa de menos.

Hoy no es mi día, estoy consiguiendo que todos se enfaden conmigo y sé que lo que voy a pedirle ahora no le va a gustar. Por un segundo me recreo en su visión, como siempre va de negro y ahora, con el ceño fruncido, parece aterrador aunque yo sé que es pura fachada.

—Debemos reunirnos con ellos, antes de que venga a buscarme y piense cualquier cosa —se enoja aún más con mis palabras—. Por favor, Black, más adelante te explicaré el porqué de la actitud de Helena, pero ahora no hay tiempo. —Miro el reloj y comienzo a ponerme nerviosa—. No lo pongas difícil.

Maldice varias veces y me estremezco ante la inmensidad de su enfado.

—Entonces... ¿No voy a poderme acercar a ti en toda la noche? —Niego con la cabeza—. Esto es de locos, ¿seguro que tienes treinta años y no doce?

Escucho pasos y a mi hermana protestar porque aún no he bajado.

—Al menos ven conmigo en la moto, así tendremos un momento para estar a solas. No te he visto en todo el día, desperté y no estabas a mi lado. Por favor, Ka —solicita y le entiendo, ojalá pudiera complacerle, pero no debo.

—Lo siento —murmuro, me pongo de puntillas y le doy un beso rapidísimo, huyo y doy la vuelta a la casa justo cuando Helena iba a hacerlo.

—¡¡Por fin!! Ya llegamos tarde —dice mi hermana, agarrándome de la mano y tirando de mí hacia el coche. No hay escapatoria posible.

Me dejo llevar y me giro ligeramente para ver el a Black, su gesto de disgusto es suficiente para hacerme sentir culpable. ¿Dónde está ese valor que debería tener? Me ha abandonado o quizás nunca lo tuve, pero espero poder explicarle pronto mi actitud y que lo entienda.

No sé por qué he accedido a venir, pero no hay salida viable y lo prefiero a tener a mi madre en casa criticando cada paso que he dado desde que dejé de ser una mujer «felizmente» casada. Estamos en el local de moda o al menos el que más le gusta a mi hermana: el Loft, con los amigos de Helena y Jaime. Demasiada gente a mi alrededor, y empiezo a agobiarme.

No tenía que haber venido, pero ya está hecho, solo llevamos diez minutos y ya me molesta el recogido y se me clava el tacón imposible que elegí sin pensar demasiado.

Resoplo al ver a Black, ¿cómo actuar después de lo que pasó anoche? Y lo más importante después de mi rechazo: ¿querrá volver a hablar conmigo? No parece el tipo de hombre que va detrás de las faldas de una mujer, me la he jugado al poner por delante de él a mi hermana, pero ¿acaso no es ella más importante que Ricardo?

—Y yo que sé, Carola. —Eso sí es una novedad, ni mi voz interior sabe qué debo hacer.

No me mira, parecemos dos extraños, justo lo que le he pedido aunque me molesta que se lo tome tan en serio, quizás esperaba que él desafiara a todos y a todo por mí.

—Ya te entró la chorrada de las novelas románticas, deja de leer esas bobadas, Carola —me recrimino en un murmullo.

Me recreo en su figura, pantalón vaquero oscuro y camisa negra mientras habla con otras, ríe con otras y... antes de que me pierda en un mar de celos injustificados, me doy la vuelta para dejar de ver la escenita.

Me acerco a la barra y me siento en uno de los taburetes, tras ver como el grupo interrelaciona entre ellos, nunca me he sentido a gusto con tanta gente cerca.

—Martini, ¿verdad? Hacía mucho que no te veía, Carolina.

Juan aparece frente a mí y me ofrece una copa, un antiguo amigo que no puede aparecer en el momento más inoportuno. Estoy en plena encrucijada, no sé qué siento por Black, ni cómo actuar con respecto a él, no necesito más complicaciones en este instante.

Aún no he podido procesar lo que vivimos la noche anterior, necesito tiempo y espacio y sé que a Juan no le va a gustar mi rechazo.

—Sabes que estos sitios no me gustan demasiado —le recuerdo mientras recompongo mis ideas y me centro en quien tengo delante.

—Pero tienes mi teléfono, ¿acaso hay un nuevo rival al que abatir?

Toso, me encojo de hombros y declino su pregunta, nunca entro en terrenos personales. Nos hemos acostado unas cuantas veces, nos conocimos hace dos años y, desde el principio, ambos hemos tenido claro que lo único que nos unía era la cama.

—Ya sabes la norma —le recuerdo para que no insista, cuando la establecimos ambos estábamos de acuerdo: nada de preguntas personales, ni de contarse penas, solo sexo.

—En ese caso, ¿por qué no salimos de aquí y difumino tu ceño fruncido? — En otro momento no dudaría en aceptar, pero hoy está fuera de todo lugar.

—Hoy no —contesto dando por zanjada la conversación.

—Vamos, Caroline, déjame que borre esa expresión de disgusto de tu cara, los amores incomprensidos son tan ingratos —ronronea tratando de parecer interesante.

Alzo una ceja, ni confirmo ni desmiento. Se levanta del taburete y se acerca a mí, me observa decidido a hacerme claudicar, sube la mano y la posa sobre mi rodilla. Atrevido, como si tuviera derecho a tocarme, su olor inunda mis sentidos, pero no me resulta irresistible como antes de conocer a Black.

Ese hombre ha puesto mi mundo del revés. Sería tan fácil coger a Juan, con su rostro perfecto y su apariencia irresistible, y dejarme seducir por él, es guapo, no puedo negarlo. Pero los recuerdos de la noche anterior me asaltan y niego con la cabeza.

—Lo siento, pero no. —Me levanto dispuesta a alejarme de él, aunque

Black no es nada mío ni seguramente llegue a serlo, ahora mismo, irme con Juan sería como traicionarlo—. Gracias por la copa.

Da un paso más y me acorrala contra la barra del bar impidiendo mi huida. Reconozco el deseo en sus ojos negros, junto a la determinación férrea de salirse con la suya. Ya lo ha logrado otras veces, pero esta es distinta, Black se ha colado en mi mente y en mi corazón sin saber cómo ni por qué lo he permitido, pero no puedo evadir la evidencia ni ir en contra de lo que siento.

Apoya ambas manos sobre la barra del bar, encerrándome y dejándome sin escapatoria posible.

—Permíteme recordarte lo que estás rechazando —se inclina hacia mí lentamente y no noto nada al verle tan cerca. Me siento incómoda y la certeza de que no quiero sus atenciones se intensifica.

Levanto la mano para rechazarle y me pongo seria, sin disimular mi desagrado ante su actitud.

—Ni se te ocurra tocarla de nuevo.

Una voz grave y terriblemente conocida detiene su siguiente movimiento. Juan se aparta de mí empujado por Black. Mi mente vuela comparándoles y pierde el primero en todo.

—¿Y tú eres? —pregunta con sorna.

—El que te va a partir las piernas si vuelves a insinuarte a Carolina.

Juan no le cree y, sin medir las consecuencias de sus actos, se ríe en su cara. ¿Acaso no es consciente de que Black es bastante más alto que él y tiene los músculos mucho más desarrollados?

—Estás jugando con fuego, muchacho.

—Antes de que tú la tuvieses en tu cama ya había sido mía varias veces —carraspeo, pero ambos me ignoran.

—Me importa muy poco su pasado, pero ahora es mía, mantente alejado de ella si quieres conservar tu cara de niño bien.

La indignación no me deja pensar con claridad y mientras ese par sigue retándose y midiéndose a ver quién la tiene más larga, recojo mi bolso y salgo como puedo del local. Dando más empujones de los necesarios puesto que aún no está en pleno apogeo.

—¡¡¡Carolina!!! —el grito de Black me detiene antes de llegar al final de la calle.

En cuatro zancadas me alcanza y me sujeta por el brazo, a pesar de que le fulmino con la mirada no aparta su mano. Estoy enfadada, más de lo que puedo admitir sin ponerme a dar voces como una histérica.

—Se puede saber quién es ese imbécil y qué tiene contigo.

—Nadie —contesto dando un tirón para soltarme de su agarre, pero es en vano, no me gusta nada lo que estoy viendo frente a mí: ira, mucha ira apenas controlada.

—¿Pretendes que me crea eso cuando él alardea de haberte tenido en su cama?

—¿Y qué problema hay? Soy una mujer soltera y puedo estar con quien me dé la gana —digo y su enfado aumenta.

—Puede que antes sí, pero ahora...

—¿Ahora qué?! ¿Crees que tienes algún derecho sobre mí? Pues te lo aclaro, el hecho de que nos hayamos acostado una noche no te da derecho a marcarme como tuya y mucho menos a pedirme explicaciones —me suelta como si quemase.

—Y después de hacer el amor ayer conmigo, ¿pensabas tener hoy algo con ese imberbe?

—¡!!!¿Quién te crees que soy?!!!

—Por eso te estoy preguntando y tú no haces más que evadirme y no darme una respuesta clara. ¿Tan difícil es contestar? —Está muy enfadado, pero yo también lo estoy. Lo que menos necesito en mi vida es un «macho dominante», ya tuve uno y salí bien escaldada, sin contar los tres años que he estado trabajando mi autoestima machacada—. ¡Contesta de una vez, maldita sea!

—No, no iba a tener nada con él, ni hoy ni en un tiempo —explico y su gesto se relaja, al menos me cree—. Y tampoco voy a tener nada más contigo, se acabó, Black. Ha estado bien mientras ambos hemos sido libres, pero ahora pretendes atarme y no te lo permito.

—¿De qué estás hablando? Yo solo pretendía...

—No soy tuya, no soy de nadie. Sé perfectamente qué hacer y cómo proceder, no necesito que nadie me dé permiso para ello, ni que se ofenda porque hable con alguien. Pensé que eras distinto.

—No pienso compartirme con nadie. Si esa es tu condición para poder estar juntos esto acaba aquí, pero si quieres...

—¡¡No iba a irme con él!! —chillo sin importarme quién pueda oírme—.

Cuando estoy con alguien, solo estoy con esa persona, sin excepciones. No me has permitido rechazarlo, ni siquiera me has concedido el beneficio de la duda.

—Si fuera así, no estaría aquí, escuchando lo que tienes que decirme, Carolina. No puedes hacerte una idea de lo que me ha costado...

—¡¡Basta!! Se acabó, Ricardo —le interrumpo, no quiero explicaciones vacías—. Hasta aquí ha llegado esta historia, Jaime ya ha regresado, has congeniado muy bien con todos sus amigos, ya no me necesitas para nada.

—Te equivocas.

—Al contrario, él único que ha confundido todo has sido tú, lo que pasó ayer fue solo el desahogo de un cuerpo mal atendido durante meses. —Su ira aumenta, trata de sujetarme de nuevo, pero no se lo permito—. Siento si me has malinterpretado, no era mi intención, en absoluto.

—No puedes hablar en serio —me observa confuso y ¿angustiado? Trago saliva, mi enfado se evapora ante su gesto, querría desmentir mis palabras, pero solo lo complicaría todo más, es mejor que piense que soy una desvergonzada a que siga insistiendo en estar conmigo.

—Por supuesto que hablo en serio. Adiós, Ricardo.

Llego a casa en taxi, son las doce de la noche de un día de mierda. ¿En qué momento perdí la cabeza pensando que Black era diferente? Quise verle distinto y me equivoqué, sé perfectamente cómo funcionan este tipo de hombres y no tengo necesidad de repetir esquemas, no con él. El más inadecuado de todos ellos, no solo por ser familia de mi hermana, sino porque es capaz de hacerme olvidar mis convicciones y empujarme a confiar en él.

Me pongo el pijama, me quito el poco maquillaje que llevo y tras coger el helado de chocolate del congelador, me recuesto en el sofá a ver de nuevo la primera temporada de “Erase una vez”. Al menos así no pensaré en mí junto a él y en todo lo que hemos compartido estos días, ha sido tan intenso, que no puedo evitar observar como una nueva herida se abre en mi corazón.

Mis lágrimas no cesan en ningún momento, echándole de menos, odiándome por haber caído y sobre todo haber descubierto que él es igual que el resto. Le creía tan perfecto que me dejé llevar, saliendo escaldada.

No sé en qué momento me dormí, me despierto cuando el sol del amanecer se filtra entre las blancas cortinas. En el suelo el helado desecho en su recipiente y cuatro gominolas que no me comí ayer. Recojo el estropicio, apago la tele y voy al baño.

«¿Ahora qué vas a hacer?», me pregunto mientras me desvisto y me meto en la ducha, el agua me quema la piel, pero soy incapaz de ducharme con el agua más fría.

—Si me quedo aquí, me tocará comer con ellos y Black está invitado —me recuerdo mientras me enjabono el pelo—. Tienes que dejar de acceder a todas las peticiones de Helena, Carola.

No quiero verle, al menos hasta que haya recuperado un poco de seguridad en mí misma.

—Ya podías haber tratado a Alfonso así, Carola —resoplo, tiene razón, anoche no dudé ni un segundo en hacer valer mi opinión.

No quiero seguir pensando en él, no quiero verle frente a mí mientras finjo que no ha habido nada entre nosotros. Tomo una decisión rápida y, sin duda, la mejor para mí.

Me aclaro el jabón y salgo de la ducha, tras secarme, me visto con ropa cómoda y regreso al salón. Cojo el teléfono, ignoro las llamadas y todos los mensajes y le escribo uno a Helena.

**Me voy al pueblo, le debo una visita a tía Cleo.**

**Llegaré por la noche, mañana te veo y hablamos.**

Son las ocho de la mañana, tengo tren a Cabezón de la Sal a las nueve y cuarto, así que voy bien de tiempo. Abandono el móvil en la mesa de la cocina, es una bobada llevarlo puesto que en La Miña no funciona, y salgo de casa rumbo a la estación, con un libro de misterio en las manos y cierto alivio, necesito desconectar y un día en el huerto de la familia es una buena forma de hacerlo.

Tras una hora y diez minutos de traqueteos por las vías del tren llego a mi destino. He devorado medio libro, el resto lo leeré a la vuelta, le meto en la mochila y me acerco a la cabina de teléfono de la estación.

Espero encontrar a Anselmo: el «taxista» del pueblo. Dos timbrazos y al tercero oigo su cálida voz tan parecida a la de mi abuelo paterno, eran hermanos de leche, mi bisabuela los amamantó a los dos y eso une más que cualquier lazo de sangre.

—Carolina, qué bueno oírte. En media hora estoy allí.

Le doy las gracias y cuelgo, me siento a esperar mientras observo el bullicio a mi alrededor y trato de ahuyentar de mi mente la imagen de Black.

Se ha colado en mi vida más de lo que podía imaginar cuando lo conocí en la boda, ha puesto patas arriba mi mundo perfecto de soledad autoimpuesta y me da pánico lo que podría hacer si supiera el poder que tiene sobre mí.

No quiero repetir esquemas, ni con él ni con nadie, mi cupo de sufrimiento lo superó Alfonso con creces.

Una hora después estoy en el huerto, recogiendo algunas verduras para la comida y pensando qué hacer en el terreno que aún no hemos plantado. Si no fuera porque tengo que pagar un dichoso crédito que pedí con mi ex, me mudaría al pueblo y viviría de lo que la tierra da, compraría unas gallinas y listo. No necesito mucho más, me encanta esta vida sencilla y sin ataduras.

—Vas a contarme qué ha pasado.

Miro a mi tía, los años parecen no pasar por ella, aunque sé que tiene algún achaque del cual no nos ha contado nada aún. No se le escapa nada, quizás porque he pasado más tiempo con ella que con mi madre, cada vez que esta se enfadaba conmigo y decidía castigarme, me mandaba al pueblo, haciéndome un gran favor, pero nunca se lo dije para que no dejara de hacerlo.

Me encojo de hombros y me agacho para recoger la lechuga de la ensalada que vamos a compartir.

—¿El chico de la boda?

—¿Acaso todos me visteis con él?, ¿no se supone que estabais cenando? —pregunto levantándome.

—Mi niña, te vio la cotilla de la familia, diez minutos después de que os fuerais juntos ya lo sabíamos todos, hasta tu madre, lo raro es que no te haya llamado —dice con una sonrisa que debería molestarme, pero ¿cómo enfadarme con una de las personas que más quiero en este mundo?

—En realidad sí lo hizo, pero he estado ignorando sus llamadas. Estaba ocupada —aclaro, pero a ella no la engañó, sabe perfectamente que la relación con mi madre es casi inexistente o al menos eso pretendo aunque no lo consigo siempre.

No puedo con sus deseos de controlarlo absolutamente todo, ni con su mentalidad retrógrada y su anhelo de verme «bien casada», por la Iglesia y de blanco, por supuesto.

—Suéltalo, muchacha. Al final se te va a enquistar y eso es peor.

—Versión corta: me enredé con él, dejé que se metiera hasta la cocina y he acabado escaldada y, lo que es peor, huyendo de todos ellos para evitar merecidos reproches.

—¿Estás enamorada?! —Me encojo de hombros, no puedo confirmar algo que me niego a aceptar—. Eso es maravilloso —dice dándole un nuevo significado a un encogimiento de hombros.

—No he dicho que lo esté —replico tratando de encaminar la conversación.

—Te conozco mejor que tú misma por lo que veo. Es genial...

—Es una mierda, me juré que no volvería a amar, que tendría las relaciones que quisiese y con quien me atrajese, pero ahora llega Black y...

—¿Black? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Un mote de la adolescencia.

—Ya veo: «el caballero oscuro» —bromea Cleo, emulando lo que hiciera Valle con Jaime, y el nombre le sienta bien, si no fuera por lo ocurrido anoche.

—De caballero tiene poco —explico tratando a la vez de creérmelo, aunque quitando el incidente de ayer, se ha comportado muy bien conmigo todo el tiempo—, ayer amenazó a uno de «mis amigos» con partirle las piernas si volvía a tocarme.

Abre la boca y si no fuera por lo molesta que me quedé después de la escena, la imagen me haría reír. Cleo no es una persona que se sorprenda fácilmente.

—Posesivo.

—Demasiado.

—¿Y eso es malo?

—Pensé que era distinto, no se comporta como tal, pero es otro macho dominante, y yo ya tuve el mío. No quiero otro hombre así en mi vida —digo y

deseo creérmelo, pero no lo consigo del todo.

—No puedes juzgarles a todos porque tengan una actitud parecida a las que tenía Alfonso. Tú misma acabas de reconocer que no se comporta como tal, le entraron los celos por un segundo, amenazó al muchacho y ya está. Ni siquiera le pegó.

—Una cosa lleva a la otra y así sucesivamente. —Arruga la nariz y chasquea la lengua—. La que se la juega soy yo, la que acaba lastimada y hecha una mierda soy yo. No pienso arriesgarme a eso.

Miro la cesta de mimbre, ya tenemos suficiente, la recojo del suelo y busco la manera de escapar de esta conversación que me está creando dudas que no quiero enfrentar.

—Entiendo que seas precavida, llevas tres años siéndolo, pero tú ya no eres esa niña que se fue con el buenorro de la clase, eres una mujer hecha y derecha, tienes treinta años, te mereces intentarlo y ganar.

—¿Y arriesgarme a perder? —la pregunto dejándome llevar por mi pesimismo—. No, gracias, me merezco estar tranquila aunque eso signifique seguir mi camino en solitario.

Se toca el pelo lleno de canas ofuscada, sé que no le gusta mi actitud, pero soy incapaz de mirar la situación de otra manera. Es más fácil atarse el corazón ahora que dentro de unos años que ya estaré perdida irremediabilmente.

—No estoy dispuesta a sufrir y menos con él —digo sin admitir que me duele tomar esta decisión, es una locura, apenas lo conozco y ya suspiro por Black—. Es el hermano de Jaime, imagínate que acabamos peor que ayer. No quiero hacer daño a terceras personas y mucho menos a mi hermana.

—Y así se difuminan tus posibilidades de ser feliz, nunca había visto esa sonrisa en tu rostro, cuando hablas de él se te ilumina la cara, aunque claro, ¿para qué intentarlo?, ¿de qué sirve ser feliz?

—Se puede ser feliz sin necesidad de tener un hombre al lado —digo mirándola significativamente. Ella misma es la muestra de ello.

—Por supuesto, siempre que sea una elección escogida por una misma, sin condicionantes ni dejándose guiar por malas experiencias —me encojo de hombros, qué más da cómo si la decisión es la misma.

—Dejemos aquí el tema, Cleo, y vamos a terminar de hacer la comida.

Asiente aunque sé que aún le quedan muchas cosas por decir, pero hoy no

quiero seguir con el tema, necesito descansar de todo.

El día pasa deprisa, después de comer me pongo en el huerto a plantar más verduras para el invierno. A medida que avanzan las horas menos ganas tengo de volver a casa y, al final, decido quedarme y pasar el domingo aquí también.

Para mi desgracia, el tiempo vuela y cuando me quiero dar cuenta estoy en el autobús que he cogido desde la estación para llegar a casa. Son las diez de la noche y espero fervientemente que Helena no se percate de mi regreso, no sé si oyó algo de la discusión entre Black y yo del viernes o si este último les haya contado algo. Espero que no, no tengo ganas de luchar, al menos no esta noche.

Subo las escaleras que dan a mi casa, conteniendo el aliento, agudizando el oído, pero todo está en calma. Cierro la puerta tras de mí e inspiro lentamente, dejando a un lado la mochila y descalzándome para estar más cómoda. Prueba superada.

Estoy en mi terreno y espero que Black entendiese mis motivos y... unos golpes en la puerta me sobresaltan, me quedo paralizada y escucho más golpes, quien sea va a tirar la puerta abajo.

—Carolina, sé que estás ahí, necesito hablar contigo ahora mismo —la voz profunda de Black me estremece—. Abre, por favor.

Me quedo callada, con la luz apagada esperando que desista en su empeño, pero da de nuevo en la puerta, como siga así la va a dejar en el suelo.

—Compórtate, Carola, tenemos que hablar de nosotros —menudo golpe bajo me acaba de dar—. No pienso irme de aquí hasta no hablar contigo, mañana me encontrarás sentado en tu escalera y...

—Vete, Ricardo —le pido sin abrir la puerta.

—Tenemos que hablar de nosotros.

—No hay un nosotros, no hay nada, así que no te empeñes en complicarlo aún más —le pido y le oigo maldecir ante mis palabras.

—¿Acaso pretendes que me arrastre detrás de ti? —Casi puedo imaginar su cara de frustración e indignación ante mi negativa.

—No tengo derecho a pedirte eso, ni eso ni nada, Ricardo, estuvimos juntos una noche y ya está

—¿En eso queda todo? ¿Qué narices significó para ti? ¿O soy otro de tus amiguitos? —eso duele más de lo que podría admitir en voz alta.

—Te conozco desde hace quince días, ¿qué quieres que signifique? Es lo

que es, sucedió lo que tenía que pasar entre dos personas que se atraen y ya está, así que por favor, compórtate como un hombre y déjalo estar. —Vuelve a maldecir, he sido terriblemente cruel con él, pero es lo único que se me ha ocurrido para ahuyentarlo.

—Fui un iluso al pensar que querías algo más que un buen polvo —sentencia y me hieren sus palabras porque no siento eso, en el fondo de mi alma sé que albergo algo más por él aunque no quiera reconocerlo—, pero no te preocupes, ya lo he entendido y no volveré a molestarte.

Se hace el silencio tras la puerta, me siento en el suelo con la espalda en la pared.

—Lo siento, Ricardo —digo sin saber si aún está ahí—, pero no puedo, no después de lo que viví con él, y tú me lo pones muy difícil, no eres uno de mis «amigos».

—¿Dime en qué nos diferenciamos? —Trago saliva ante su pregunta, pero sé que, aunque no podamos estar juntos, le debo toda la sinceridad que pueda ofrecerle— ¿Qué te aportan ellos?

—Es el desahogo del momento —confieso, nunca me he engañado con respecto a eso—. Quiero que sepas que... que desde noviembre no había estado con nadie, que no lo hago continuamente ni de manera desahogada, que...

—¿Y yo qué te he aportado estos días?

Se me escapa un sollozo, es imposible que en dos semanas se haya convertido en algo más, pero está ahí, retumbando en mi alma cada vez más fuerte y, aunque no consigo ignorarlo, no quiero ponerle nombre, eso sería demasiado peligroso.

—Contesta, Ka —ruega con desesperación.

—Tú llegaste demasiado lejos, tanto que me aterra pensar en lo que puede significar esto. No estoy preparada, Ricardo, y no creo que lo esté nunca.

Maldice de nuevo y mi alma sangra al sentir la suya tan desgarrada, está sufriendo por mí, ¿cómo es posible? Me siento la peor mujer del mundo por hacerle esto, pero no tengo otro camino. No deseo enfrentar esto, no quiero volver a verle, me hace perder el norte y se cuela en mi mundo de una manera poco apropiada.

—Déjame entrar, Ka, no soporto no ver tus ojos cuanto te hablo. Por favor —insiste ante mi prolongado silencio.

—No.

—No seas cabezota.

—Vete a casa, Ricardo —ordeno con firmeza—, no tenemos nada más que hablar.

No obtengo respuesta, para mi sorpresa parece que se ha rendido. Me duelen los ojos de soportar las lágrimas no derramadas, me levanto del suelo y voy al baño a mojármelos. Cuando vuelvo, ahí donde estaba sentada minutos antes hay un pedazo de papel. Lo cojo con manos temblorosas y su pulcra escritura me golpea cruelmente.

*No pienso rendirme.*

*Black.*

Va a ser más difícil de lo que me imaginaba, no solo por su decisión, sino porque algo dentro de mí anhela que no se rinda.

Me voy porque no soporto hablarle a una puerta cerrada, ni saber que mi actitud del viernes la ha provocado tal rechazo que no quiere ni mirarme a la cara.

Me contuve, cierto es que le amenacé, pero nada más, aunque mis puños pugnaban por asestarle tantos golpes como pudiera soportar aquel niño estúpido, pero soy consciente de que ese no es el camino que quiero coger de nuevo, y no lo hice.

Bajo las escaleras y antes de que pueda marcharme, Jaime en pantalón corto de pijama me intercepta.

—¿Se puede saber qué narices pasa aquí? —Está enfadado, pero él no parece ser consciente del alcance del mío. Mal momento para meterse en mi vida.

—Ahora no.

—Tengo a Helena con un ataque de ansiedad, hablando de cosas que desconozco y no acabo de entender, y a ti pegando voces en el piso de arriba. Así que me merezco una explicación, ¡ahora! —percibo como mi ira crece con cada una de sus palabras.

—Jaime, ¡apártate! —ordeno esperando que no siga con esto—. Cuando pueda te contaré lo que pasa, pero tengo que irme de una vez. Ocúpate de tu mujer que yo me ocuparé de la mía.

—¿Estáis juntos?! —el estridente chillido de Helena me perfora el tímpano.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella, cuando sea capaz de tomar una decisión? —contesto mirando cómo se sitúa junto a mi hermano.

—Esto es de locos —afirma Jaime, el mismo que hace meses suspiraba por su florista y que en menos de un año la llevó al altar.

—¿Por qué? —pregunto alzando una ceja. Él capta mi mensaje, casi podría jurar que sabe lo que estoy pensando.

—Eso fue distinto.

—Para nada.

—No lo compliques

—No sabes de lo que hablas —sentencio.

—¡Podéis hablar claro! —exclama Helena tras nuestro partido de tenis.

—No entiendes nada, Ricardo.

—Y tú tampoco, no te metas en lo que no te incumbe.

Estamos a un palmo de distancia, la rabia me corroe y estoy a un paso de perder el control. He estado dos días esperando para poder hablar con Carolina y solo he conseguido descubrir que el viernes, a pesar de todo mi autocontrol, estropeé las cosas.

Necesito recapacitar a solas para entender su postura y saber cómo actuar a partir de ahora, pero Jaime se mantiene frente a mí obstinadamente, bloqueándome la salida.

—Es la hermana de mi mujer, no una conquista barata de bar de copas —al fin entiendo todo.

—¿Conquista barata? Has estado haciendo caso a Marta, dejando que te envenene en mí contra, aprovechando que yo no estaba aquí para rebatirla —palidece ante mis palabras, pero las suyas están cargadas de los reproches y las malas ideas de su madre.

—Yo...

—Jaime, deberías madurar de una vez y ver a Marta tal y como es. No veo a Carolina de esa manera, nunca tuve ese tipo de relaciones que ella se empeña en inventar, pero tú decides creerla por encima de lo que yo pueda contarte.

Soy consciente de que mis palabras le han herido, pero no pienso dejar que Marta se interponga en nuestro camino ni que siga manipulándole a su antojo.

—Entiéndeme, Ricardo, cuando te fuiste me sentí muy solo, apenas hemos hablado estos años y la información que me llegaba de ti... —se detiene por un instante—. Claro que confío en tu palabra, pero me metéis en medio de vuestra guerra y...

—No te preocupes, no tienes que posicionarte a favor de ninguno de los dos, yo me retiro de la competición.

Avanzo y me deja pasar, estupefacto ante mis palabras, es la única manera que tengo de recuperarle: que él no se sienta presionado por mí y por lo que sé de Marta. Soy consciente de que tarde o temprano su madre hará algo que le

hará ver la realidad, solo tengo que esperar.

—Entonces, ¿te marchas? —pregunta consternado.

—¿Quieres que lo haga? Si es así, mañana mismo recojo mis cosas y...

—¡No! —me interrumpe—. Quédate un tiempo y ojalá decidas quedarte para siempre.

—Entonces confía un poco en mí y el tiempo pondrá cada cosa en su sitio, también mi relación con Carolina —digo mirando a Helena, que no parece muy contenta con mis palabras.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —murmura entre dientes mi cuñada.

Entiendo la postura de Jaime, más sabiendo que su madre siempre le ha hablado mal de mí, pero la de Helena me desconcierta.

—Será mejor que nos vayamos a descansar todos —afirmo y para mi sorpresa ambos me dan la razón, por fin.

Salgo de allí agobiado, qué distinto me encontraba hace cuatro noches, con Carolina entre mis brazos. No sé si la he perdido, si sus temores la harán huir de mí o si conseguiré que sea capaz de ver más allá de mi fachada.

No sé qué va a pasar con nosotros, un *nosotros* que estaba empezando y se ha ido por la borda tan rápido que no nos ha dado tiempo ni a disfrutarlo.

\*\*\*

Paso la semana tratando de decidir qué hacer con ella, intentando verla sin conseguirlo, se ha volatilizado: no va al trabajo, al menos en el horario que tenía antes, y en su casa nunca hay luz, ni siquiera por la noche. Golpeo su puerta varias veces y no obtengo respuesta alguna.

Me siento a esperarla y es en vano. Comienza a desesperarme tanto silencio.

El viernes por la tarde, cansado del juego del escondite en el que se ha convertido esta relación, me acerco a la floristería de Helena, esperando que ella haya logrado hablar con su hermana y sepa al menos cómo está.

Veo que mi visita la pilla desprevenida, aunque sonríe no lo hace como el día que la conocí, sin duda Jaime ya la ha puesto al tanto de la mala reputación que Marta se empeña en inventarse. Su tienda es pequeña, pero tiene un buen escaparate y está en una zona de tránsito constante.

—Ricardo, no te esperaba por aquí —confirma, saliendo del mostrador para darme dos efusivos besos.

—Necesito hablar contigo.

—Tú dirás —señala con una sonrisa sincera, me cae bien, es una joven transparente aunque su actitud con Carolina no me gusta nada.

—¿Has visto a Carolina estos días? —su sonrisa se tuerce y se muerde el labio como hace Ka cuando está nerviosa.

—No, lo he intentado, pero ha sido imposible, ni yo sé cómo lo ha hecho para ir al trabajo o volver sin coincidir conmigo.

—¿Tienes llave de su casa? —pregunto directo al asunto.

—Sí, pero no he querido usarla —chasquea la lengua de una manera muy molesta—. Mira, Ricardo, la actitud que ha tomado Carolina frente a las relaciones no creo que sea la correcta —señala con sinceridad y con una mentalidad de hace cincuenta años, empiezo a vislumbrar el problema—. Ella no quiere una relación estable, lo respeto, pero... que se meta a tener algo contigo y en esos términos no lo veo apropiado.

—Pensé que la otra noche me juzgabas a mí y veo que me equivocaba —señalo, pero a pesar de mis palabras no se incomoda, cree firmemente en lo que me está diciendo.

—He tratado de frenar esa vorágine de...

—No quiero saberlo —digo cortando su opinión sesgada, fruto quizás de la educación recibida durante su infancia—. Lo que haya hecho en su pasado le pertenece solo a ella, me interesa su presente.

Se queda callada durante unos segundos, asombrada por mi respuesta poco «normal».

—Pues no tengo ni idea de dónde está metida, ni siquiera puedo asegurar si está o no en su casa. —Se cruza de brazos.

—¿Me dejarías las llaves de su casa? —Frunce el ceño y arruga la nariz de una manera muy graciosa—. Quiero comprobar que está bien —explico, pero su gesto no cambia.

—Llámalala por teléfono —dice, estoy atacando sus creencias más profundas y no le gusta.

—No tengo el número, ¿me lo facilitas?

—Si ella no lo ha hecho, será que no quiere dártelo —vuelve sobre sus pasos y se sitúa detrás del mostrador de madera, como si buscara un apoyo a su postura—. Te voy a pedir que no sigas buscándola, Ricardo, ella ha tomado un camino y tú pareces querer escoger otro. No hay un punto de unión, así que

lo mejor para todos es que olvidéis este asunto y sigamos como si no hubiese pasado.

Entra una clienta, justo cuando estaba a un paso de decirle una bordería. Tras un gesto de la mano hacia mí, se pone a atenderla. Me impresiona ver a una persona tan joven decidir sobre la vida de otra con tal facilidad, casi puedo ver la cara de culpa y desesperación de Carolina ante tal discurso, por supuesto, más cargado de palabras, argumentos y razones varias para hacerla claudicar. Pensé que quizás en Helena podía encontrar una ayuda, pero veo que me equivocaba.

Estoy a punto de marcharme cuando veo a Marta, en la calle de enfrente, observando con mala cara la floristería. No podía ser de otra manera, Helena no es «suficiente» para ella: una chica sencilla y emprendedora, para casar a su repartidor de Seur. ¿De qué sirven los estudios si luego no hay puesto de trabajo posible?

La clienta se marcha con un ramo enorme, que quizás podría impresionar a Carolina, pero seguramente no conseguiría que lo aceptase, ya habrá tiempo de flores y bombones cuando hayamos aclarado los problemas.

—Lo que iba diciendo es que...

Esta vez la interrumpe la puerta y el sonoro saludo de su suegra.

—Pero bueno... ¿y tú qué haces aquí? —pregunta Marta sin ocultar su cara de asco, pero no sé a quién está dirigida si a Helena o a mí.

—Vengo a ver a mi cuñada —contesto y su gesto se agria todavía más si es posible.

—No deberías comprometerla de esta manera —señala entre dientes «mi madre»—. Pobre, Jaime, hacerle esto es de...

—Marta, qué mente más enferma y retorcida tienes.

—¡¡¿Cómo te atreves a hablarme así?!! —chilla indignada cuando es ella la primera en faltarnos al respeto.

—Y tú, ¿cómo osas insinuar lo que no hay? Estás fatal —contesto y veo como su enfado aumenta cada vez más.

—Es una suerte que estéis aquí los dos —interviene Helena con una sonrisa tensa en su cara, captando nuestra atención—. Este domingo queremos invitar a la familia más cercana a comer a un restaurante precioso, en Laredo, está un poco...

—¡¡¿Vas a hacerme ir hasta allí?!! —odio cuando vocea de esta manera—.

Ni lo sueñes, chiquilla. Los domingos por la tarde estoy ocupada como deberías saber ya, no puedo permitirme el lujo de gastar mi tiempo en volver de ese pueblo porque se te antoje hacer la reunión allí. Hablaré con Jaime y...

—En ese caso no vengas, Marta, nos harás un gran favor —me observa sin ocultar su furia.

—«Cría cuervos y te sacarán los ojos» —su frase favorita, la cual he detestado toda la vida.

—En ello estaba pensando, pero no quiero causar un estropicio ni mancharle la tienda a mi cuñada —le guiño un ojo a Helena tratando de transmitirle mi apoyo.

—Podríamos hacerlo en otro lugar... la reunión y así...

—Ni se te ocurra ceder en esto —señalo poniéndome a su lado para ayudarla a enfrentarse a la bruja—, si lo haces, habrás perdido el control para siempre.

Marta me observa airada, está perdiendo y no le gusta.

—No pienso ir —dice retándola.

Helena respira hondo y me mira buscando apoyo, asiento con la cabeza.

—No hay problema, siento que te pierdas un bonito tiempo en familia, si cambias de opinión, llámame para darte la dirección del restaurante —dice Helena con valentía.

—Me las vas a pagar —asegura entre dientes mirándonos a ambos alternativamente.

Se marcha como una exhalación antes de que Helena se derrumbe.

—¿Qué he hecho? —susurra tapándose la cara con las manos.

—Plantarle cara. Helena —la llamo y no sigo hablando hasta que no me mira—, Marta puede haceros la vida imposible si la dejáis. Tratará de controlarlo absolutamente todo, no puedes permitirlo por mucho que sea la madre de Jaime.

—Me gustaría tanto caerle bien —susurra.

—¡Error! Es mejor caerla mal, así al menos sabes por dónde van a venir los golpes. De todas formas, vendrá el domingo, estoy seguro de ello.

Después de calmarla durante otros diez minutos y tratar, sin éxito, de que me deje las llaves de la casa de Carolina. Salgo de allí sin saber nada de ella y con la certeza de que «mi madre» va a ser un lastre entre la pareja. Jaime no

me va a escuchar y Helena, a pesar de sus intentos, es más blanda de lo que esperaba y pronto cederá a los caprichos de Marta.

Debo estar atento para intervenir, solo espero que su amor sea fuerte y capaz de resistir los ataques de la bruja.

Sábado por la mañana, las siete y ya estoy preparada para pasar el fin de semana en el pueblo. Solo me queda esperar un poco e irme rumbo al tren. Me he pasado toda la semana dando esquinazo a Black, que con mucha insistencia ha tratado de dar conmigo una y otra vez. He fingido no estar en casa y, sin embargo, no me he movido de aquí en toda la semana, ventajas de poder trabajar desde casa.

Estoy hecha un ovillo en el sofá con el último libro de *Marisa Maverick: Los Wadlow III ¿Verdad, engaño... o quimera?* en las manos y una bolsa de gominolas al lado. Es adictivo, anoche me costó un triunfo cerrarlo para irme a dormir.

La puerta de mi casa se abre y cierro los ojos, solo hay una persona que tiene llave: Helena. La misma que me observa desde el pasillo con los brazos en jarras, mira la mochila al lado del sofá y mi chándal que evidencia a dónde voy.

—Por fin te veo —dice sin ocultar lo molesta que está conmigo, entrando en el salón.

Dejo el libro a un lado, me levanto y espero el chaparrón, sé que no va a tardar en llegar.

—Llevo desde el viernes pasado tratando de hablar contigo, de todo lo que ha pasado, pero veo que has decidido comportarte como una niña caprichosa y no como la mujer que creía que eras. ¿Cuándo vas a madurar, Carola? —señala ofuscada—. ¿Cómo has podido? Montas un escándalo el viernes y...

—¿Nos oísteis? —pregunto sin necesidad puesto que me lo acaba de decir.

—Yo y toda la calle, Jaime incluido, tenías que haber visto el estado de nervios en el que estaba y como nos miraban nuestros amigos, fue bochornoso y para colmo el domingo vuelve a ocurrir en mi propia casa.

—No pretendía haceros pasar vergüenza, estábamos en la calle, Helena, chillando, sí, pero para escucharnos forzosamente tenías que salir del local —contesto molesta por su actitud, hay muchas cosas en las que se parece a nuestra madre y una de ellas es querer aparentar una vida perfecta y sin

máculas, expectativa que yo soy incapaz de cumplir.

Enrojece ante mis palabras y por un instante parece que la he hecho recapacitar.

—Ese no es el tema —concluye, eximiéndose de toda culpa—. Estabas ahí, montando el espectáculo, nada más y nada menos que con el ¡hermano de Jaime! ¿No había otro disponible? Alguno de esos con los que te has...

—Frena, Helena, me equivoqué, pero...

—¡¡Te has acostado con el hermano de mi marido!! Y ¿para qué? Para nada, para pasar de él después, ¿no podías haberte controlado? —pregunta y su actitud me hace daño.

—¡Lo hice! Te aseguro que lo hice, pero...

—¡¡He estado fuera quince días!! Quince miserables y cortos días y tú vas y, sabiendo lo que aborrezco tu actitud desinhibida, sabiendo que está mal, como siempre nos enseñó mamá, te acuestas, no con cualquiera, no... sino con él, con Ricardo —vocea nerviosa y enfadada.

Me encojo ante sus reproches, sé que no he hecho nada malo, pero no me gusta ver el daño que ha producido mi actitud.

—Te aseguro que no es lo que estás pensando. Me he resistido a él, precisamente por ser quién es, pero...

—Por favor, no me mientas, ni me creas tan ingenua —dice prejuzgándose.

—Helena, ¿crees que haría algo que te hiciese daño? He caído, he estado con él, pero no solo es un tema físico, ojalá fuese así, pero no... —chasquea la lengua, no me cree y me molesta bastante que me juzgue así.

—Ahora me dirás que estás enamorada, ya —vuelve a hacer el ruido molesto con la lengua.

—Ojalá hubiese sido un solo polvo y ya está, eso facilitaría las cosas, te lo aseguro, pero mientras yo metía el freno, controlando mis deseos, él...

—No sigas, no quiero saberlo —afirma, interrumpiendo mi explicación—. Carolina, tú puedes engañarte como quieras, pero no hace falta que crees embustes para mí. Haz lo que quieras con tu vida, ahora tienes tu casa y yo no me voy a poner en plan mamá, pero aléjate de Ricardo, es lo único que te pido.

—Ojalá quisieras escucharme —contesto cansada y molesta por su actitud, sabía que esto iba a pasar, pero no me podía imaginar un rechazo tan enorme por su parte—. No te preocupes, a Ricardo le ha quedado claro que no hay

nada entre nosotros, no va a volver a suceder.

—Gracias —dice, aunque sé que el enfado le va a durar bastante tiempo.

Miro el reloj, si no me doy prisa no llegaré al tren y necesito el abrazo afectuoso de Cleo y su comprensión. Cojo la mochila, me la coloco al hombro y recojo el libro del sofá.

—Voy a pasar el fin de semana en el pueblo, como ves voy a cumplir mi palabra, así que no te preocupes más, Helena.

Me dirijo hacia la entrada, pero antes de que pueda llegar, mi hermana me llama.

—No puedes irte —alzo una ceja, incrédula ante sus palabras, ya es lo que me faltaba, que me diga si puedo o no hacer algo—, o si te vas, mañana al mediodía tienes que estar aquí.

—Y eso ¿por qué? Helena, pretendo quitarme del medio —prosigo sin esperar respuesta—, no quiero complicar más las cosas, así que por favor, no insistas en que me quede.

—Mañana vamos a ir las dos familias a comer, queremos celebrar nuestro enlace y dar una noticia importante, no puedes irte sin más. Tienes que estar conmigo.

Resoplo incómoda. Tengo que alejarme de Black, al mismo tiempo que hacemos el paripé comiendo todos juntitos como si fuésemos una familia unida y respetable. Falsedad al doscientos por cien.

—¿Te das cuenta de lo que me pides, Helena? —se muerde el labio, nerviosa.

—Carolina, por favor, es muy importante para mí.

—Exacto, para ti, pero yo...

—No seas egoísta. Luego te mando la dirección en un wasap, aunque si quieres puedes venir en el coche con nosotros, pero mamá también viene —afirma obviando mi negativa—. Te advierto que está muy enfadada contigo, no has contestado a ninguna de sus llamadas estos días. Si vienes con nosotros, saldremos a la una de aquí, si vas por tu cuenta, te veo en el restaurante a las dos y media, sé puntual.

Se marcha y me siento tonta, vapuleada y manipulada por mi hermana pequeña. Aunque lo que más me molesta es la poca fuerza que tengo para enfrentar estas situaciones, para hacer valer mi opinión y no dejarme llevar por lo que quieren los demás. Estoy harta de ser débil, en los últimos años

solo me he sentido fuerte y libre con una persona: Black, justo aquel que no tengo derecho a ni siquiera mirar.

Me gustaría tanto poder verle, poder hablar con él y sentir su interés sincero, sin juicios de valor ni imposiciones. En realidad solo una: no quería compartirme con otros y esa petición lo único que demuestra es que aún no nos conocemos lo suficiente como para saber que yo nunca haría eso.

Tiro el móvil en el sofá y me marchó de casa, a mi refugio. Necesito mimos y solo Cleo es capaz de dármelos en este momento.

\*\*\*

Es un domingo espléndido de primeros de julio, para que luego digan que solo llueve en Santander. He llegado pronto al lugar acordado, así que sin pensármelo demasiado, me quito las sandalias y recorro la playa hasta la orilla del mar. Cleo, que también está invitada, no ha querido acompañarme, estoy sola en el paraíso.

En esta zona de la playa no hay apenas bañistas, la tranquilidad me envuelve transportándome a uno de esos difíciles instantes de felicidad, tan esquivos últimamente. Me recojo la falda larga de color azul y meto los pies en el agua, está helada. Cierro los ojos y dejo que la brisa del mar se lleve el rencor que ha corrido por mis venas durante todo el día de ayer.

—¿Por qué no quiere escucharme? —digo a la nada—, ¿por qué no puede comprender que no actué con maldad? Que me resistí todo lo que pude... Que no quería, pero...

Atrapo una lágrima traicionera con mis dedos.

—Carola, menuda cagada te has montado —ataca mi voz interior—, es normal que Helena piense como lo hace, si al menos hubieses seguido tus emociones en vez de tu cabeza y te hubieses lanzado al amor con Black, pero no... tenías que complicarlo todo.

—No estoy preparada —murmuro, aunque en el fondo sé que me miento, que no es cuestión de tiempo, sino de miedo a que me hagan daño.

—Estoy dispuesto a esperarte. —La voz profunda de Black me golpea, me resisto a abrir los ojos, sin duda ha sido fruto de mi imaginación.

—Cada día estoy más loca —susurro—, ya hasta creo oírle a mi lado.

—Y a tu lado estoy —me estremezco—. Abre los ojos, Ka.

Me resisto a hacerlo, pero al final la curiosidad puede conmigo y le encuentro a mi lado, descalzo, con el bajo de los pantalones doblado y con una

expresión que soy incapaz de descifrar. ¿Cuánto ha escuchado?

—Todo —susurra confirmando mis sospechas, noto como mis mejillas enrojecen—. Tenemos que hablar, Carolina.

Está muy serio y le entiendo, le he tratado fatal. Ni siquiera sé por qué sigue teniendo interés en mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando al fin recupero la capacidad de hablar.

—Tenemos una reunión familiar —contesta evasivo.

—En el restaurante, no en la playa.

—Os vi llegar y no pude resistirme cuando observé como te quedabas sola. Únicamente he venido por dos motivos, y uno de ellos eres tú —me estremezco ante la claridad de sus palabras—. Llegué a pensar que te negarías a acudir a la comida.

—No puedo hacer eso —respondo y frunce el ceño—, lo pensé, pero Helena...

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? —cuestiona interrumpiéndome—. Te dejas manipular por ella, pero luego es capaz de abandonarte una semana, de no preocuparse por ti, ni intentar verte. Me caía bien, pero...

—No la juzgues, por favor —le ruego.

—Entonces explícamelo porque no entiendo nada, esa tranquilidad... cuanto más lo pienso más me enfado.

—Cuando me separé me di cuenta de mis múltiples fallos, uno de ellos es que no sé enfrentar los problemas, necesito más tiempo que los demás para hacerlo. Helena y yo asumimos un código por el cual si nos enfadábamos tiene que darme tiempo, aunque no lleve la razón, para poder entenderme y comprender mi postura —le observo y me doy cuenta de que no me entiende—. En las primeras discusiones que tuvimos la hice mucho daño con mis palabras, ni puedo ni quiero repetirlo. Por eso ella estaba tranquila, me conoce lo suficiente como para saber cuándo no voy a hablar. Lamento que te llevaras esa impresión tan mala.

—Así fue y, a pesar de tus explicaciones, no acaba de cuadrarme su actitud.

—Considéralo como un asunto entre hermanas —respiro hondo, es tan fácil sincerarse con él que me aterra pensar en el daño que podría hacerme con tanta información, pero algo me empuja a confiar en él.

Me mantengo en silencio, observando el mar, tratando de ordenar el vaivén

de emociones que me asalta sin piedad.

—Fui a verla el viernes para saber de ti, podía habérmelo explicado — señala y me giro a mirarle, tratando de entender por qué le intereso.

—Es muy reservada, al menos en esas cosas —cojo aire y me sujeta la mano como si temiera que saliese huyendo de allí—. ¿Por qué fuiste?

—Quería saber cómo estabas. No puedes desaparecer una semana y esperar que la gente no se preocupe por ti —me atrae hacia él y no me resisto—. Ha sido angustioso, Carolina y...

—Lo siento —murmuro con su angustia en mi garganta.

—Vas a volverme loco, Ka. —Su mirada baja hacia mis labios en una promesa muda de lo que realmente desea, pero agita la cabeza y se muestra molesto—. ¿Por qué te dejas manipular? —pregunta rompiendo el instante.

—Ricardo, yo...

—Hay tanto que no entiendo de ti, ayúdame a comprenderte.

—Helena es lo único que tengo, no puedo permitirme el lujo de perderla — suspiro y decido contarle todo, a fin de cuentas no sirve de nada ocultarle a verdad a una persona capaz de tocar tu alma—. Hace tres años, un día parecido a este, decidí separarme de Alfonso. Estaba aterrada por el cambio, salí a la calle con una pequeña maleta después de dejar las llaves en el buzón y caminé sin rumbo. No tenía dónde ir, no sabía qué hacer, no tenía absolutamente nada.

»Esa noche dormí en la playa de la Magdalena, en realidad, no fui capaz de cerrar los ojos ni un segundo. Tenía que tomar una decisión, el miedo me empujaba a volver a lo malo conocido, regresar con él y seguir en ese infierno, pero no lo hice, no sé de dónde saqué el valor para reforzar mi decisión, pero lo conseguí... A la mañana siguiente me fui a ver a Helena a su floristería, nuestra relación era casi nula gracias a Alfonso, pero en cuanto supo que me había marchado de su lado no dudó en abrirme las puertas de su casa. Desde entonces no me ha fallado nunca, sin embargo, yo... —me quedo en silencio, ahogada por los últimos reproches de mi hermana.

—Aun así eso no le da derecho a manejar tu vida —señala con rabia.

—No lo entiendes, Black. No tengo a nadie más que a ella, en mi madre no puedo apoyarme y el resto tiene su vida. Mi hermana ha estado ahí siempre, me ha arrastrado al psicólogo, ha tirado de mí cuando me consideraba una mierda, me ha mantenido y fue capaz de perdonarme cuando... —me muerdo

la lengua. Aún siento vergüenza al pensar en mi primer error.

—Suéltalo.

—El primer «amigo con derecho a roce» que tuve estaba empezando una relación con mi hermana —a pesar de mi revelación no muestra sorpresa o reproche alguno—. Una noche que Helena había salido con Valle y el resto de sus amigas me sentía muy sola, más que de costumbre. Me habían invitado a ir con ellas, pero las despedidas de soltera no me gustan, me parecen una bobada.

»Decidí salir por mi cuenta y conocí a Enrique, no se me ocurrió otra cosa que meterle en casa, él no quería nada serio y para mí eso era perfecto, a la mañana siguiente cuando nos levantamos, se descubrió el pastel.

»No olvidaré jamás la cara de Helena, su dolor... fue horrible. Me juré que jamás volvería a hacerla daño.

—¿Tú sabías que tenía algo con tu hermana? —Niego con la cabeza mientras trato de mantener las lágrimas a raya—. Entonces lo que pasó no es culpa tuya, ni siquiera eras consciente de que estaban juntos.

—Aun así no puedo borrar de mi memoria su mirada. Estuvimos un mes sin hablarnos, el más largo y terrorífico que he pasado, creí que no acabaría nunca. Me aterra volver a lo mismo, no quiero perderla —concluyo esperando que me entienda y decida poner fin a esta locura, aunque en el fondo de mi alma, desearía que él siguiera luchando por mí.

—¿Qué significa esto? ¿No tengo nada que hacer?

No sé qué responderle, así que me quedo ahí, mirando ese mar azul que nos acompaña, odiando mis debilidades. Apostar por él es lanzarme al vacío sin saber cómo acabará y me da vértigo, tanto que no sé si estoy dispuesta a arriesgarme o prefiero quedarme con lo que conozco.

—No es justo, Carolina, ella ya tiene su vida al lado de Jaime, ya ha tomado su camino y es feliz. ¿Por qué no puedes elegir tú el tuyo? —interroga enfadado.

—Ella teme que te haga daño, que solo quiera acostarme contigo y acabes lastimado.

—«La defensora de los pobres y de las almas errantes». —Está cada vez más molesto y, sin embargo, no me da miedo. A pesar de su ceño fruncido y sus puños apretados confío en él.

—Yo también tengo ese temor, y mezclado con lo que vi el viernes...

Me gira hacia él.

—Me contuve, Carola, no voy amenazando a la gente, al menos no ahora, lo hice, pero... eso es otra historia. El viernes, cuando vi que te tocaba, que te arrinconaba contra la barra... Ese tenía intención de tener algo contigo y el día anterior habías sido mía. —Aprieta la mandíbula y el fuego de su ira se refleja en esos ojos que me gustan tanto—. Quizás no me comporté como un caballero, pero te aseguro que hice mi mejor esfuerzo.

Alzo mi mano y la apoyo en su mejilla rasurada.

—No tengo nada que reprocharte, Ricardo, pero... —trato de bajar mi mano, pero me lo impide con la suya, reteniéndola contra su cara.

—Inténtalo conmigo. Date la oportunidad de ser feliz.

—¿Y si te hago daño? —cuestiono flaqueando ante su franqueza.

—Lo repararemos juntos; pero si no te arriesgas, te arrepentirás toda la vida —agito la cabeza sin saber qué decir—. Carolina, estoy dispuesto a quererte como nadie ha sabido hacerlo, a demostrarte que no tienes que huir más, que te mereces ser feliz y tener a tu lado a alguien que te quiera incondicionalmente.

—No hace ni un mes que me conoces —trato de apartarme, pero me lo impide sujetándome por la cintura.

—Es suficiente, no necesito años para saber lo que quiero y me niego a darte la oportunidad de conocer a alguien mejor que yo —dice con cierta inseguridad.

—¿Cómo puedes ser tan perfecto?

Me atrae hacia él.

—Tú solo conoces una parte de mí, sin duda la mejor, pero también tengo mis sombras, bajo control, pero están ahí.

No sé en qué momento he acabado entre sus brazos, pero ahí estoy, sus manos ajustadas a mi cintura y su cuerpo a pocos centímetros del mío. Me estremezco ante su contacto, quiero caer y aunque me aterra, en lo más profundo de mi corazón siento que podría funcionar.

Sería tan fácil amarle y aprender a ser feliz de su mano. Estoy confusa, la cabeza me va a estallar de dar tantas vueltas, de pensar en todos menos en mí y en lo que yo quiero.

—No pienses en nadie más que en nosotros, Ka —murmura colocando una de sus manos en mi mejilla—. Las relaciones son cosa de dos y esta solo nos

interesa a ti a mí.

Miro el reloj, el tiempo ha volado y debemos regresar.

—Ricardo, yo... —me detengo y le observo, por un lado quiero respetar la opinión de Helena y alejarme de él, pero por otro, no es mi decisión sino la de ella y quizás por sus prejuicios esté perdiendo la mejor oportunidad de mi vida.

Se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla.

—Date una oportunidad —murmura junto a mi boca, sin rozarla—. Tengo la certeza de que saldrá bien, estamos preparados para esto, Carolina.

No le contesto y veo mi inseguridad reflejada en su mirada. Me encanta la sinceridad que veo en esos ojos grises, la manera en que se aferra a mí como si temiese que saliese corriendo, sus palabras: sin artificios ni embustes. En muy poco tiempo se ha ganado mi confianza y ha puesto patas arriba todo lo que yo consideraba con respecto a las relaciones.

Por primera vez en tres años creo que podría funcionar.

Suspiro, casi puedo oír el tic tac del reloj en mi muñeca, no podemos entretenernos. Doy un paso hacia atrás y me suelta con el ceño fruncido.

—Necesito tiempo, Black, es demasiado pronto para... —me silencia con uno de sus dedos en mis labios.

—Solo prométeme que lo intentaremos, no voy a irme a ningún lado, Carolina, así que tenemos todo el tiempo del mundo y yo mucha paciencia, siempre que me dejes estar a tu lado, pero si me apartas de ti de nuevo...

Antes de que acabe la frase me arrojo en sus brazos y le beso, pillándole desprevenido, por un segundo no reacciona, pero, cuando intento apartarme, me sujeta firmemente contra él y su boca devora la mía con insistencia. Me derrito entre sus brazos, aunque, sin duda, lo más convincente han sido sus palabras, su manera de respetar mis decisiones, la forma en que me escucha...

—No estás correspondiéndome, pequeña —murmura contra mi boca.

—Perdona, me perdí en mis pensamientos y... —frunce el ceño—, pensaba en ti —explico y su gesto se relaja—, en cómo es posible que hayas llegado tan lejos en tan poco tiempo, si me paro a analizarlo te aseguro que...

—No lo hagas, solo siente, vive el momento. Deja de analizarlo todo, de anteponer los deseos de los demás a los tuyos, de vivir de acuerdo a unas normas que te imponen terceras personas. Se solamente Carolina, el resto da igual y me importa muy poco.

—Ojalá pudiera, pero... —titubeo, me aparto de él confusa e irritada conmigo misma, querría ser una mujer decidida y fuerte, pero no lo soy—. Voy a volverte loco con mi inseguridad, ¿de verdad quieres pasar por esto?

—Hoy y siempre. Te menosprecias, Ka, he sufrido dos veces tu ira y te aseguro que no eres débil ni insegura. Te enseñaron a tener miedo, a doblegarte, a cumplir expectativas, pero sé que no eres así, que en el fondo de tu alma hay una mujer fuerte y guerrera luchando por salir a la superficie. Vamos a liberarla juntos, aunque no le guste a los demás.

Me ofrece su mano y no dudo en cogerla. Estoy tratando de asimilar sus palabras, de integrarlas en mí y absorber esa confianza que ha depositado tan

alegremente en mi yo imperfecto, lleno de heridas emocionales, de obstáculos que jamás he sido capaz de superar, sin embargo, a su lado me siento fuerte y decidida.

Llegamos hasta el final de la playa, donde Cleo nos espera con los zapatos de ambos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Deberíamos entrar ya, niños, si queréis sentaros juntos. El resto de la familia acaba de llegar y como a tu madre le dé por hacer de anfitriona...

Me limpio la arena y me pongo las sandalias, estoy temblando cuando me levanto para ver a Cleo y a Black hablando de no sé el qué porque soy incapaz de centrar mi atención en ello. Los dos parecen notar mi cambio de actitud y mi tía agita la cabeza, molesta.

—Ya es hora de que empieces a manejar tu vida como quieras, cariño, y al caballero oscuro no puedes dejarle escapar.

—¡¡Cleo!! —exclamo horrorizada, sintiendo como enrojeczo por segundos, más aun cuando Black se ríe a carcajadas—. Se llama Ricardo —corrijo cuando la risa de este disminuye.

—Me gusta más el otro nombre, le sienta mejor —me agarra por un brazo y a Ricardo por el otro—. Ya era hora de que conocieras a alguien que mereciera la pena.

Estoy tan confusa que soy incapaz de hablar mientras este par no deja de hacerlo, sin importar que este delante. Vamos hasta la mesa de la amplia terraza del restaurante y justo cuando estamos a punto de sentarnos aparece el resto de la familia: mi madre, mis primos con su bebé, la madre de Tomás, la de Black y Jaime y la pareja de tortolitos. Helena enseguida se fija con quien estoy, su ceño se frunce y yo empequeñezco ante ese gesto de profundo desagrado.

—¡Vamos a ver cómo nos sentamos! —grita mi hermana, sobresaltando a los que aún no se habían saludado—. Carolina, ven, tú a mi lado y al lado de mamá.

Voy a recoger el bolso de la silla, pero una mano me lo impide. Al alzar la vista veo a Cleo, sacudiendo la cabeza.

—Necesito hablar con tu hermana, nena, y seguro que a tu madre le apetece estar sentada a tu lado. Tú la tienes todos los días —noto como Helena se cabrea ante la intervención de nuestra tía.

—Pero yo...

—Helena, no nos hagas movernos —interviene Tomás, al que sin duda no le ha pasado desapercibido lo que está ocurriendo—. Sentaros y empecemos a comer, al menos que le dé tiempo a Valle antes de que se tenga que ocupar de Zoe.

—Está bien —claudica al fin y me siento, soltando todo el aire que había retenido desde que empezó la batalla.

Black agarra mi mano, que está apoyada sobre la mesa y se inclina hacia mí. Siento todas las miradas sobre nosotros, pero aun así no la aparto, necesito su fortaleza en estos momentos. He estado tan cerca de ceder, que me siento incómoda conmigo misma.

—Estoy contigo, pequeña.

—Gracias —murmuro—, pero...

—Va a salir bien, Carolina, te lo aseguro.

El camarero llega para tomar nota y la comida empieza a transcurrir con normalidad, aunque yo soy incapaz de comer mucho, como siempre. Black y Tomás conversan sobre el trabajo de mi primo, con alguna intervención de Valle e incluso de Cleo.

Estoy asustada, no sé cómo se tomará mi hermana lo que ha ocurrido. La miro de reojo y la veo hablar con Jaime, no puedo descifrar su gesto, pero los dos parecen contrariados y estoy segura de que el problema soy yo. Aun así esta vez no estoy dispuesta a ceder, le he dicho a Ricardo que lo intentaría y lo pienso hacer, con cuidado, sin hacerle daño y siendo totalmente sincera con él, pero no voy a perder mi oportunidad con él por nadie, ni siquiera por mi hermana.

—Miren lo que trajo la marea —estoy a punto de comer un poco de salmón cuando esa voz, que tan bien conozco, me paraliza.

—Alfonso, que alegría volver a verte —exclama mi madre, la misma que nunca le soportó, pero claro, hay que hacer el papelón del siglo, sino no se queda contenta.

—No se levante, querida, no quiero molestar en medio de esta comida, tan solo quería saludar y hablar un segundo con Carolina. —La tensión se apodera de mi cuerpo—. Llevo tiempo tratando de comunicarme con ella, pero ha sido imposible.

—Por supuesto. Hija, levántate, no vas a hablar con él dándole la espalda. Haz gala de los modales que te enseñé —señala mi madre, la única que no se

ha dado cuenta en toda la mesa de que no quiero hablar con mi ex.

Tomás me mira, está a punto de saltar de la silla y asestarle un buen puñetazo, le conozco bien y él sabe lo suficiente para intuir lo que pasó entre Alfonso y yo. Miro a Black de reojo, tiene los puños apretados y el mismo gesto que mi primo.

—No te comportes como una niña, Carolina —insiste mi madre—. Yo no sé qué he hecho mal con esta cría, tanto tiempo invertido en su educación y es incapaz de demostrar cuánto me esforcé en ello.

—No es cuestión de educación, simplemente no tenemos nada de qué hablar —explico, sin girarme para mirar a mi peor pesadilla. No se merece nada, ni siquiera un saludo de mi parte y no le voy a dar el gusto de manejar me, se acabó esa etapa de mi vida.

—Creo que esto deberíamos hablarlo en privado, Carol, a menos que quieras que todos sepan lo que hiciste.

Me levanto como una exhalación, tan rápido que estoy a punto de tirar la silla en la que estaba sentada, me cruzo de brazos y me giro para mirarle.

—No sé a qué te refieres, ni qué quieres de mí, Alfonso, pero ya no hay temas pendientes entre nosotros, no tengo nada que hablar contigo. Así que márchate y deja de molestar a mi familia —digo con voz serena, pero firme.

Jamás creí que sería capaz de hablarle así, lo he ensayado miles de veces en mi cabeza, pero pensaba que, al verle frente a mí, las palabras no saldrían de mi boca. Me siento bien, fuerte y capaz de zanjar este asunto.

—Trato de comportarme con deferencia hacia ti, ¿y esto es lo que obtengo? —veo como se le hincha la vena del cuello. Se está enfadando, pero no me preocupa. Sería distinto si estuviéramos solos, pero hoy no lo estoy y eso marca la diferencia.

—Vete, por favor, y si tienes algo que decirme, sabes dónde encontrar a mi abogada. Adiós, Alfonso.

Le doy la espalda para sentarme.

—Tú lo has querido, zorra —murmura y espero haber sido la única que lo ha oído.

Me siento y busco la mano de Black que no duda en tomar la mía. Cierro los ojos, tratando de controlar mi respiración, pero estoy acelerada. No solo por haberle visto, sino también por haber tenido el valor de enfrentarme a él.

—No quería hacerlo así, pero cuando su hija deje de comportarse como una

chiquilla dígale que aún me tiene que pagar la factura de la Clínica Mies.

Me encojo, estoy segura de que nadie en esta mesa desconoce a qué se dedican mayoritariamente en esa clínica. Es la más conocida de Santander.

Acaba de sacar a la luz mi secreto más oscuro solo por el placer de hacerme de daño. Abro los ojos, los murmullos se elevan en la mesa, no necesito mirarles para saber lo que sus caras refleja: decepción, asco, rabia...

Me levanto, soltándome de la mano de Black, recordando cada segundo de dolor que sufrí después del aborto, el sentimiento de culpa que siempre ha estado presente en mí y el odio que me produjo su engaño.

—Ahí tienes la factura, Carol —tira sobre la mesa, frente a mi hermana y mi madre, el sobre con el logotipo de la clínica—. Deberías haber accedido a hablar conmigo, entiendo que aún estés enamorada de mí y te duela verme feliz, pero nunca fuiste la esposa perfecta para mí.

—Y me alegro de ello, porque ser tu «esposa perfecta» significaba no ser yo —contesto envalentonada, recojo el sobre para devolvérselo—. No pienso pagar nada de esto, tú elegiste por mí.

Voy a dársela y me sujeta por la muñeca, oigo a mi espalda que alguien arrastra la silla para levantarse. Está tratando de controlar su impulso, pero sé que, de estar solos, no se mantendría tan sereno. Alfonso ha cambiado para peor y yo me alegro de no estar en su vida, porque sin duda acabaría muy mal parada.

—Suéltame —ordeno y para mi sorpresa lo hace.

Siento la presencia de Black a mi espalda, su mano se posa en mí, infundiéndome valor. Ya no puede hacerme más daño, no tengo más secretos inconfesables y su figura empequeñece en comparación con la de Ricardo.

—No vas a poder deshacerte de mí tan fácilmente.

—Ya lo hice, formas parte de mi pasado, igual que yo formo parte del tuyo —digo mirando significativamente detrás de él, donde su novia le espera.

Da un paso hacia mí, con la vena de su cuello palpitando y sus ojos tratando de intimidarme, pero no lo consigue, ya no.

—Nunca te vas a librar de mí —murmura amenazadoramente, pero no me da miedo, hoy no.

—Ya lo he hecho —repito cruzando los brazos.

Veo que quiere seguir tratando de desestabilizarme, pero no pienso permitirselo. Se acabó la Carolina que fui durante años, se ha quedado en la

playa esta mañana y no pienso rescatarla.

—Estoy dispuesto a darte una nueva oportunidad, Carol, ven ahora conmigo y olvidaré lo que has estado haciendo estos últimos años —no puedo evitar soltar una carcajada.

—Ni loca volvería a estar contigo. Una vez te quise, Alfonso, pero no fue suficiente para que lo nuestro funcionara en una relación de igual a igual. Tenías que pisotearme, mantenerme bajo tu zapato, quizás por algún sentimiento de inferioridad no resuelto —cojo aire viendo como sus puños se contraen, le estoy llevando al límite, pero no me importa, ya no—. Después, durante muchísimos años, viví con miedo y, al final, acabé odiándote.

—¡Estás jugando con fuego!

—Prefiero quemarme a seguir callada, tú abriste la caja de Pandora, ahora enfréntate a ello —su ojo derecho se contrae en lo que parece un nuevo tic nervioso—. Lo que le hiciste a nuestro hijo te convierte en un maldito asesino, lo sé todo, Alfonso.

Su máscara se cae y veo ante mí al verdadero Alfonso, a ese que durante años se dedicó a minar mi confianza con sus desprecios y su manipulación constante.

—¡Tú también eres culpable!! —vocea, atrayendo la atención de todos los que comen en la terraza.

—Por supuesto, culpable de confiar en ti ciegamente a pesar de todo, nunca podré perdonarme por ello —siento la mano de Black en mi brazo y me lleno de valor—, pero ya dejé de odiarte y no te tengo miedo. Así que si vas a hacerme aún más daño, ¡hazlo de una puta vez! y déjame tranquila.

Miro a su acompañante que está a solo dos pasos por detrás de él y reconozco en ella lo que yo viví, le tiemblan las manos, tiene los ojos llorosos y no se atreve a devolver la mirada. Está aterrada y sé que yo no soy la culpable.

—Nunca te puse la mano encima, estás completamente loca.

—Puede ser, he pasado tres años yendo al psicólogo para arreglar lo que tú rompiste y ahora se lo haces a ella. —La muchacha por fin me mira y sé que mis palabras están removiéndola por dentro—. Yo no perdería mi tiempo y mi juventud con Alfonso, jamás valoraré nada de lo que hagas por él, jamás te trataré como mereces ni te querrá. No sabe lo que es eso y el día que te salgas de su cuadriculado esquema de cómo debe comportarse la esposa ideal, quizás

traspase la barrera y acabe golpeándote. A menos que ya lo haya hecho, si es así, no puedo entender que sigas con él.

—¡¡¡Maldita zorra!!!

Todo pasa demasiado rápido, así que soy incapaz de verlo con claridad. Black se coloca frente a mí en menos de un segundo y sujeta la mano de Alfonso que se ha levantado en lo que, sin duda, iba a ser el primer puñetazo que este me diera desde que nos conocemos, en público y sin importarle las consecuencias, pero Ricardo ha estado rápido y lo ha impedido.

Veo que retuerce su mano hasta que Alfonso se queja.

—Nunca vuelvas ni siquiera a mirarla, porque si lo haces vas a acabar dándole de comer a los peces —murmura en tono amenazador, estoy segura de que nadie más que Alfonso y yo lo hemos oído.

—¿Tú quién te crees que eres? —pregunta completamente pálido.

—Tu peor pesadilla, no me hagas demostrártelo y márchate antes de que mi paciencia se agote.

Le suelta y le reta con la mirada.

—Te dije que no vinieras —señala su novia y eso me hace sospechar, no es posible, no puedo creer que mi madre, la misma que tanto aborrecía a Alfonso haya organizado este encuentro.

—¡¡Cállate!! —le grita con fiereza.

—Estás tardando —señala Black con tono amenazador.

—Quizás no le ha quedado claro, Ricardo, y nos toque explicárselo de otra manera —la voz de Tomás se alza entre los murmullos del resto de los comensales.

Mira a ambos, sopesando las escasas probabilidades que tiene de salir airoso de seguir increpándome y pocos segundos después Alfonso se marcha, cogiendo a su acompañante con fiereza y sin mirarme.

Me giro hacia la mesa, mi madre está incómoda y poco a poco sus mejillas se tiñen de rojo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —pregunto y por primera vez se encoge ante mi furia.

—Me llamó el otro día y no pude negarme, él es tu...

—¡¡La mayor cagada que he cometido en mi vida!! Pero no podías quedarte quieta, tú y tu maldita manía de organizar la vida de tus hijas. ¡¡¡No lo

necesito!!! —grito sin importarme quién me está oyendo—. Tengo treinta años, no necesito que mi madre se meta en mi vida sentimental, ni hoy ni nunca.

—Solo quiero que encuentres una pareja adecuada —dice con cinismo mirando a Black, no le aprueba y a mí ya me da igual. He vivido toda la vida sin su aceptación y ahora, que me siento más fuerte que nunca ya no me importa.

—Pues no lo hagas más, porque siempre acabas haciéndolo mal, haciéndome daño y no me lo merezco, por mucho que creas que sí...

—Carolina, por favor, basta —me ruega Helena levantándose.

—Tranquila, no pienso estropear más tu día con mi vida, a fin de cuentas a nadie le interesa más que a mí —me giro para dejar de ver a «mi familia».

Tiemblo, estoy a un paso de caer cuando Black me sujeta por la cintura. Quiero llorar, gritar, maldecir... Necesito estallar, pero estoy en un restaurante con parte de mi familia justo a mi espalda y todos los comensales y el personal de testigo mudo escuchando cada palabra, relamiéndose ante el escándalo que estoy organizando. No puedo volver a esa mesa, a pesar de los rostros comprensivos de mis primos y mi tía, no tengo valor para sentarme y aguantar aquello.

—Sácame de aquí —le pido aferrándome a él, lo único seguro en mi vida aunque por poco tiempo después de lo que Alfonso ha hecho, en cuanto le cuente toda la verdad se alejará de mí para siempre.

—Por supuesto, no te muevas.

Me suelta y me siento vacía, le escucho discutir con Helena e incluso con Jaime.

—¿Se puede saber que hay entre vosotros? —pregunta Jaime con desagrado.

—Todo a su debido tiempo —le escucho contestar con firmeza.

—¡¡Que escándalo!! —Vocea mi madre—. Esto es inadmisibile...

Cierro mis oídos al resto de la frase, me siento demasiado mal como para escuchar el rechazo de todos ellos.

Doy un paso para marcharme, pero antes de que pueda dar el siguiente tengo su cálida mano en mi espalda y me conduce hasta el exterior.

No dice nada, me da el casco de la moto y en cuanto nos montamos acelera. Me derrumbo contra su ancha espalda y lloro todas las lágrimas contenidas que aún aguardaban a ser derramadas. No puedo conseguir que los recuerdos

que Alfonso ha despertado con su aparición se vayan de mi mente, una y otra vez se aparecen frente a mí, devolviéndome a la Carolina que fui en el pasado, restregándome limón sobre las heridas haciendo que sea insoportable. No puedo más.

Cuando para la moto me sobresalto, estaba tan perdida en mis lágrimas que no he visto ni a donde nos dirigíamos. De nuevo estamos en el faro. Me ayuda a desmontar, me quito el casco y lo pongo sobre la moto. Trato de alejarme, pero me lo impide y me da uno de sus abrazos que barren tristezas. «Mi caballero oscuro».

Mis lágrimas poco a poco se secan, enterrada entre sus fuertes brazos.

—Gracias —murmuro cuando soy capaz de hablar. No entiendo cómo, después de saber mi oscuro secreto, sigue a mi lado. Imperturbable como el faro que nos acompaña.

Me acaricia el pelo con una mano y se lleva una de mis lágrimas entre los dedos de la otra.

—La última, Carolina, se acabó el sufrir.

—Tú no lo entiendes —contesto rechazándolo aunque me muero por aceptarlo, pero no tengo nada que darle.

—Entonces explícamelo de una vez. ¿Qué tengo que comprender?

—No me merezco ser feliz, Ricardo, no puedo. No después de lo que le hice a mi hijo —sollozo sin poder evitarlo—. Le maté, le quité el derecho a vivir y debo pagar por ello.

—Dime la verdad.

—Esa es toda la verdad —sentencio respirando profundamente.

—No te creo y no nos vamos a ir de aquí hasta que no te sinceres.

Me separo de él y camino hasta la base del faro, tratando de ordenar mis ideas y decidir qué hacer. Desde que le conozco he sido sincera con él y él conmigo, pero está verdad me aterra más que cualquier otra. Estoy segura de que hará que le pierda, de nuevo Alfonso marca mi vida y me priva de la felicidad, la tenía tan cerca, casi podía tocarla con la punta de los dedos... un espejismo, sin duda.

Me acerco al borde del acantilado y Black se coloca a mi lado.

—Hace tres años me senté aquí, en este mismo punto, no había nadie, estaba anocheciendo y... estuve a punto de tirarme por este acantilado.

—Pero no lo hiciste —me ofrece su mano y me aferro a ella.

—No —contesto sin necesidad—, no lo hice por Helena, la misma que acaba de enterarse de mi peor secreto y ha antepuesto todo a mí. Me siento muy sola. Black, con ganas de saltar y acabar con tanto dolor, solo tú me retienes, pero...

—Hoy no lo harás, pequeña, pero no por mí, sino por ti —me giro a mirarle—. Tu vida es demasiado valiosa, Carolina, tienes que cerrar este capítulo, no puedes seguir viviendo en el pasado.

Me rindo ante su mirada que sigue sin juzgarme, a pesar de lo que ya sabe.

—No estaba en nuestros planes, jamás habíamos hablado de ello y poníamos medios. Y, de repente, un día llegó, la píldora había fallado y estaba embarazada. No te puedes imaginar lo qué sentí al saberlo, no tengo palabras para describir ese momento.

»Corrí a decírselo, pensando que sentiría lo mismo que yo, que ingenua. Su mirada fue aterradora, me acusó de haberlo hecho adrede, estuvo dos semanas sin hablarme, pero yo estaba pletórica y, aunque su actitud me molestaba, le justifiqué, pensando que con el paso de los meses, cambiaría y sería feliz con la idea.

»Empecé a experimentar cambios y con ello se despertó mi curiosidad, me pasaba el día leyendo, aprendiendo todo lo referente a la maternidad. Estaba totalmente volcada en ello y no me di cuenta de que a él le molestaba. Cuando iba a ir a hacerme la primera ecografía me dijo que había decidido que mi embarazo lo llevase un ginecólogo amigo suyo. No pensé en nada, creí que al fin aceptaba lo que estaba pasando y se sentía feliz por ello.

»Ese día me hablaron de malformaciones, de una amniocentesis, de aborto... El miedo se apoderó de mí, regresó mi inseguridad, me hice las pruebas y esperé. Estaba de cuatro meses cuando llegaron los resultados a casa y fui incapaz de abrirlos. Cuando llegó, se hizo cargo de todo, el bebé estaba mal y no había otra solución que interrumpir el embarazo. Me llevó a la clínica al día siguiente, todo estaba preparado y yo me lo creía. No hubiese sospechado nada de no ser por una de las enfermeras más jóvenes.

»Cuando vi su cara de horror supe que algo había fallado. En cuanto estuve recuperada fui a buscarla, la esperé en la puerta de la clínica y cuando salió la abordé. Al principio no quería hablar conmigo, pero conseguí que lo hiciera y me confirmó lo que sospechaba: mi bebé estaba perfectamente.

No puedo seguir, me derrumbo a sus pies y él se agacha a recoger los

pedazos. Abrazándome con fuerza contra su pecho.

—Le maté —murmuro una y otra vez sin parar de llorar.

Se sienta y me coloca en su regazo, mientras derramo todo el dolor que queda dentro de mí y lleva ahogándome tres años. Una pérdida tan injusta e innecesaria.

—Era mi bebé —susurro—, hasta eso me arrebató y yo se lo permití.

—La culpa no es tuya, cariño. Poco a poco será más soportable el dolor, nunca desaparecerá del todo, pero podrás vivir con ello.

Me aparto de él, asombrada ante su comprensión. Es más perfecto de lo que pensaba y se merece algo mejor que lo que yo puedo ofrecerle.

—Tú eres perfecta para mí, Carolina, no pienses bobadas, no voy a dejar que te alejas incumpliendo tu promesa de esta mañana.

Resoplo, ¿cómo puede saber tan bien lo que pienso? Parece que llevamos años saliendo, en vez de tres semanas.

—Les he estropeado el día —murmuro.

—No, de eso se encargó tu madre al llamar a ese... —se calla, sujetando su rabia a duras penas.

—Sí, pero si hubiese ido con él... —me agarra de la barbilla y me obliga a mirarle. Está enfadado de nuevo, sus ojos grises se han oscurecido, parecen casi negros.

—Nunca vas a volver a verle y mucho menos sola. Ese energúmeno no dudaría en lastimarte y yo no podría controlarme, Carolina, no quiero volver a eso, pero por ti estoy dispuesto a todo, incluso a rescatar a la bestia que fui y aún habita en mi interior. —Oscuro como su apodo, por primera vez veo su lado más terrorífico y no me aterra, al contrario, me siento segura y comprendida a su lado.

—¿De qué hablas? —cuestiono tratando de entenderle.

—¿Acaso crees que yo no tengo pasado?

—No, pero...

—No te puedes hacer una idea de lo cerca que he estado hoy de volver a ser el de antes y dejar a tu ex tan malherido que ni su madre hubiese sido capaz de reconocerlo —le observo sin querer comprender lo que está insinuando.

—¿A qué te refieres?

—A que si esto hubiese pasado hace un año, tu ex ahora estaría en el

hospital y yo seguramente prestando declaración en comisaría. Aprendí desde bien pequeño que si eres más fuerte que tu adversario tienes derecho a golpearlo, aunque su culpa sea mínima. Marta se encargó de que aprendiese bien la lección: tortazos por no recoger, por comer mucho, por no comer, por pelearnos, por hacer ruido, por llegar unos minutos tarde...

»Llegó un momento que dejó de hacerlo, pero ya era demasiado tarde. Tenía su enseñanza grabada a fuego en mi alma. Cuando murió mi padre me di cuenta de que nada me ataba aquí y me marché, no soportaba la idea de seguir bajo el mismo techo de una persona a la que odiaba, pero que también quería por ser quien es. Durante un tiempo muy largo no fui consciente de mi problema, tampoco me afectaba.

»Mi primera novia me dejó por otro, llevábamos juntos dos años, teníamos planes de futuro, yo estaba enamorado de ella y... de la noche a la mañana me dijo que se iba, que no me quería. No supe reaccionar, tardé en recuperarme porque no entendía qué había pasado hasta que me enteré que me engañaba con otro. Fue muy duro, demasiado, era mi primer amor y ella lo destrozó todo o quizás fui yo, no lo sé.

»Cuando me recuperé, o eso creía, apareció Julia. Me volvía loco cada vez que la veía hablar con alguien hasta el punto de que empecé a pegarme con cualquiera que osara mirarla. Mi negocio parecía un ring de boxeo, cada noche una movida y cuando no venía conmigo al bar, me pasaba las horas llamándola, controlando si estaba en Facebook, si estaba en whatsapp. Si tardaba más de cinco minutos en contestarme a un mensaje, la llamaba y discutíamos.

»Era agotador, tanto para ella como para mí, comencé a faltarla al respeto, a insultarla, a imaginármela en la cama con otros y... el punto álgido llegó cuando un día que había bebido de más atacué al que estaba con ella, le golpeé hasta que quedó en el suelo inconsciente, alguno de mis camareros encendió las luces y me di cuenta de mi tremendo error: era Mario, su primo y mi amigo.

»Le dejé en coma, Ka —se queda en silencio, mirando hacia el mar embravecido y no sé qué decir, es todo demasiado duro y difícil de entender.

—Ricardo, yo...

—Aún hay más, Carolina —dice frenando mi intervención—. Ese día me di cuenta de que no podía seguir así. Puse el bar en venta, decidí no volver a beber y me pasé más de seis meses en el hospital hasta que Mario salió del

coma y terminó la rehabilitación.

»Hubo suerte y se recuperó, pero podía haberle matado o haberle dejado en estado vegetativo durante el resto de su vida. La única condición que puso para no denunciarme fue que hiciese terapia, que acabase de comprender mis demonios y que los mantuviese a raya. Por supuesto lo hice, no podía seguir por ese camino de autodestrucción.

»Julia me dejó y no la culpo, la hice sufrir demasiado, aún me duele recordar su mirada cuando nos cruzábamos en el hospital: me odiaba con toda su alma, pero la entiendo. Fui su peor pesadilla. Cuando recibí la llamada de Jaime rogándome que viniese a su boda no lo dudé y volví, lo único que tenía claro era que no pensaba quedarme en Alicante viviendo. Mario ya estaba recuperado y sin secuelas, no tenía nada más que hacer allí.

»Y entonces, sin saber por qué, el destino me recompensa, llegaste tú y aunque sé que no te merezco, no pienso dejarte ir, Carolina, igual que no pienso volver a ser ese hombre, se lo juré a mi padre y hoy te lo juro a ti. No tendrás queja de mí, y espero que no tengas miedo de intentarlo después de saber esto. —Le miro sin saber qué responder, pinta ante mí un cuadro muy distinto del hombre que he conocido, no es él, al menos no ahora.

—No te reconozco en tus palabras, Ricardo, no pareces tú.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunta con la voz temblorosa y el miedo en sus pupilas grises.

—Eso quiere decir que lo conseguiste, has domado a la bestia. —Lo abrazo, noto como su tensión se esfuma poco a poco.

Nos quedamos ahí, abrazados, perdonándonos nuestros errores. Tendría que estar aterrada ante lo que he descubierto y, sin embargo, tengo la certeza de que Ricardo jamás volverá a ser ese hombre, no tengo nada que temer a su lado.

—Dime que no vas a salir corriendo, Ka —susurra con la voz cargada de miedo.

Me separo de él todo lo que me permite, puesto que no me suelta.

—No, me quedo contigo, Black, si quieres seguir intentándolo después de lo que sabes de mí.

—Eso no lo dudes, Carolina, no pienso dejarte escapar. —Miro su cicatriz y alzo la mano para acariciársela

—No fue un accidente, ¿verdad? —Atrapa mi mano y se la lleva a los

labios, deposita un beso en la palma y me observa con la tristeza reflejada en su mirada.

—No, fue la última paliza de Marta. Yo me inventé una historia para quien me preguntase, no quedaba muy bien contar que, con catorce años, tu madre te muele la espalda a correazos con un cinturón y se le escapó la hebilla.

—Lo siento muchísimo —murmuro horrorizada, casi puedo imaginarle de adolescente y cómo debía sentirse ante la actitud de esa señora—, ¿ese día dejaste de llamarte Ricardo?

—Sí, decidí que no quería nada de ella, ni siquiera el nombre que escogió para mí —me estremezco ante el profundo odio que percibo en sus palabras—. Durante mucho tiempo lo he aborrecido con toda mi alma, al igual que a ella. Desde que lo escucho de tus labios, no me importa que lo usen.

—Zalamero —digo y me guiña un ojo.

—Incrédula.

—De verdad quieres que crea que en tres semanas yo he cambiado algo —agito la cabeza, aunque sé que es posible, él lo ha hecho conmigo. Jamás me habría enfrentado a Alfonso si no llega a ser por su confianza en mí, su apoyo, su fortaleza... ¿qué voy a hacer cuando todo esto acabe?

—Esto no va a acabar, pequeña.

Ataca mi boca con la suya, sellando mi protesta y haciéndome olvidar todo, salvo su manera de devorarme con fiereza y determinación. Me dejo llevar y le devuelvo el beso con la misma intensidad que él marca. Una de sus manos se escapa hasta mi muslo, apartando mi falda, conquistando poco a poco mi territorio, con una sutileza que me desespera, sé lo hábil que es en estas lides y estoy dispuesta a perderme con él.

Nuestras lenguas se entrelazan en una danza perfecta y mi mente abandona cualquier cordura que pueda tener. Quiero aquello que me ofrece y lo quiero ya. Enredo los dedos en su pelo mientras su mano se queda a pocos centímetros del lugar al que quiero que vaya.

De repente, él se para y estoy a punto de chillar de rabia.

—Continúa —solicito contra su boca.

—Me encantaría, pero no pienso compartir esto con nadie y nos están mirando, Ka.

La magia termina abruptamente, me aparto de él y a pocos metros un grupo de cinco mujeres nos observa descaradamente. Casi las bufo, ni siquiera

parecen avergonzadas por nuestra actitud, al contrario parecen deseosas de ver más.

—Será mejor que nos marchemos —digo ofuscada por la interrupción, y abandono su regazo, levantándome. Él se coloca a mi lado y me coge la mano.

—¿Dónde quieres que vayamos? —le miro confusa y no sé qué responder. Lo que menos me apetece es terminar el domingo discutiendo con Helena o con mi madre que seguramente también esté allí—. Solo dime dónde y te llevaré.

—Me aceptarías en el sofá de tu casa, solo por hoy.

—No —su respuesta me deja paralizada—, mi sofá no está disponible, pero te acepto en mi cama todas las noches, Carolina. Ojalá decidieras mudarte a vivir conmigo.

—Black, pero...

—Sé que es pronto, que apenas nos conocemos, lo sé todo, solo espero que en un tiempo tomemos ese camino juntos. Ahora vámonos.

Aplaca mis quejas, pero ha pintado un cuadro ante mí demasiado atractivo. No quiero precipitarme, me encantaría lanzarme al vacío de su mano, pero me aterra pensar que puede ser solo un precioso espejismo, no podría soportar que todo se acabase en un suspiro.

Me pongo el casco que me ofrece y subo en la moto detrás de él, es tan fácil sentirse amada, pero ¿acaso él puede amarme y yo corresponderle como se merece? Estoy confusa, me aferro a su cintura y me dejo llevar, no quiero pensar en nada más que en el presente, si debo equivocarme, lo haré de su mano.

Desde que dejamos el faro y llegamos a casa, Carolina está inusualmente callada, de vez en cuando coge el móvil y lo suelta como si le quemase lo que está leyendo. Está preocupada e inquieta. Cuando sujeta por décima vez el móvil tengo que aplacar el impulso de requisárselo para que dejen de agobiarla. No contesta a los mensajes, pero sé que los hay y que la hacen daño.

Rodeo su cintura y la doy un beso en la sien.

—¿Por qué no lo pones en silencio? —pregunto cuando vuelve a sonar, me está poniendo muy nervioso el incesante pitido.

—Es Helena —murmura como si eso lo explicase todo—. Por primera vez no respeta nuestro pacto y lo peor de todo es que no sé qué contestarla.

—Dile la verdad: que ahora mismo no te apetece hablar del tema. Que necesitas tiempo y... —nuevo mensaje y he contado veinte desde que llegamos a casa hace diez minutos.

Lee lo que tiene delante y arruga el ceño ¿enfadada? Para mi sorpresa me ofrece el móvil y no dudo en cogerlo.

**Carolina, ven a casa ya. Hay mucho que tienes que explicarme y Ricardo no es buena compañía, su madre nos ha contado...**

Se lo devuelvo sin terminar de leerlo con la ira corriendo por mis venas, sin embargo, Carolina no se aparta de mi abrazo, ni me rechaza.

—¿Qué quieres hacer? —pregunto aunque no es eso lo que necesito saber.

—No me lo creo —contesta a mi pregunta no formulada—, y no quiero ir para allá, al menos no hoy. No estoy preparada para esto, Black —lanza un largo suspiro—. Debería volver al pueblo, llamar al trabajo, fingir que estoy enferma y...

—Para, déjame el móvil, yo lo guardo hasta que tú me lo pidas —digo y me lo da sin rechistar—. Carolina, no hiciste nada malo ni reprochable, igual que ahora tampoco lo estás haciendo. Recupera a esa chica fuerte que vi esta mañana, saca las garras y haz lo que realmente te apetezca hacer.

—Gracias —murmura, cerrando los ojos y acurrucándose contra mi pecho.

Tan fuerte y tan débil a la vez. Durante años llevan manejándola a su antojo, sin preocuparles lo que ella quería o como se sentía, no puedo entender que la gente que dice amarte te trate así. No la miran, no la preguntan, solo ordenan y hacen valer una superioridad inventada que les sale bien. Tienen que estar desconcertadas, pero a partir de ahora no permitiré que vuelven a tratarla así.

—Carolina —la llamo cuando la oigo suspirar.

—Estoy muy cansada, Black, anoche no pude dormir pensando en todo esto, tratando de ordenar mis ideas sobre ti y...

—¿Por qué no vamos a descansar? Mañana verás las cosas de otra manera.

Lo piensa durante unos minutos y al final asiente, dejándose guiar hasta la habitación. Se quita las sandalias y mira la cama como si tuviese pinchos, la doy un beso en la sien y voy hasta el armario, cojo una camiseta y se la doy.

—¿Me necesitas a tu lado o prefieres quedarte sola?

—Me vendrán bien unos minutos conmigo misma —contesta sorprendida con mi pregunta. Puedo imaginarme lo que está pensando.

Salgo de la habitación y regreso al amplio salón. Dándole todo el tiempo que necesite, ha sido un día demasiado intenso para ella, muchas revelaciones, múltiples enfrentamientos y lo peor agarrar el timón de su vida, esa que llevan manejando a placer su madre y su hermana.

Me siento en el sobrio sofá y recojo el móvil de Carolina para colocarlo en la mesa de centro, justo en ese instante se enciende con una llamada y aparece el nombre de Jaime en la pantalla. Es el colmo, incluso él la llama para manipularla.

Sin pensarlo dos veces descuelgo el teléfono y contesto sin ocultar mi enfado.

—¿Ricardo? Perdona estaba llamando a Carolina y he debido equivocarme...

—Es su móvil —aclaro antes de que me cuelgue—, ella ahora mismo no puede ponerse.

—¿A qué estáis jugando? —pregunta más alto de lo necesario—. No sabes el estado de nervios en el que está Helena al no recibir noticias de su hermana, ella no puede tener disgustos, Ricardo.

—Es ella la que se está metiendo en una vida que no es la suya, en una relación que solo nos importa a Carolina y a mí. Si se encuentra mal, será

porque sabe que no lo está haciendo bien jugando con la vida de su hermana de esa manera tan ruin.

—No sabes de lo que hablas, Helena solo quiere lo mejor para ella.

—Entonces que respete sus decisiones y deje de juzgarla. Sé que no lo entenderás, Jaime, porque tú, al igual que Helena, sois los niños bonitos de vuestras madres, nunca habéis sufrido su desprecio, pero nosotros sí, añádele a esta ecuación un hermano y ya tienes el cuadro completo.

—Solo quiero hablar con ella —para mi sorpresa es Helena quien está al otro lado del teléfono—. Ya voy entendiendo su postura y la tuya, pero necesito verla, recuperarla, pedirla perdón, me importa muy poco lo que haya pasado hasta ahora, solo me importa ella.

—Quizás sea tarde —los sollozos de mi cuñada detienen las palabras que estaba a punto de soltar—. Helena, yo...

—Necesito hablar con ella —balbucea y me cuesta entender lo que dice después—. Soy la menos indicada para juzgarla, he estado tan equivocada todos este tiempo y después de ver cómo la trataba Alfonso al fin comprendí lo que me contaba de su matrimonio, lo que sufrió a manos de ese desalmado, y yo juzgándola por algún rollo de una noche.

—No es a mí a quien debes explicárselo, sino a ella —digo alzando la vista al sentir los pasos de Carolina acercarse hacia donde estoy sentado.

Se coloca frente a mí y me mira muy seria, cruza los brazos, pero no pronuncia ni una palabra.

—Díle que la estoy llamando, intercede por mí, Ricardo —me ruega y Carolina mueve la cabeza negativamente.

—Lo haré, pero hoy ambas necesitáis descansar. Te aseguro que va a estar bien a mi lado —afirmo para ella y para Ka.

—No creo que pueda dormir, entre lo sucedido y el embarazo... ¡Mierda, no quería decirlo todavía!

—¡¡Enhorabuena!! Me alegro mucho por vosotros.

Veo que Carolina se pone tensa y la entiendo. Tiene que ser duro vivir con ese recuerdo y ver como poco a poco a tu alrededor llega lo que tú has perdido tan injustamente.

—Ricardo, por favor, pásale el móvil y...

—Helena, descansa, daros tiempo. Cuidaré de ella, te lo prometo.

Cuelgo sin esperar respuesta y atraigo a Carolina hacia mí, de nuevo triste y llorosa se acurruca contra mi pecho. No tenía que haber cogido la llamada, pero me he encendido al ver que incluso Jaime trataba de manipularla.

—Necesito tiempo —murmura entre sollozos.

—Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras.

Poco a poco se va calmando entre mis brazos, sin saber la furia que albergo en mi interior, esa que me gustaría desatar. Odio verla llorar, sentirla tan vulnerable, la quiero guerrera, fuerte, dispuesta a luchar contra todos incluso contra mí si es necesario.

Sé que esa Carolina existe y pronto conseguirá sacarla, reclamando su lugar y su forma de hacer las cosas.

.

Llevamos una semana «viviendo juntos», no de manera oficial, sin papeles ni artificios, solo porque así lo deseamos ambos, por eso y por necesidad. Aún no he sido capaz de volver a casa, de ver a Helena y escuchar sus innumerables reproches, para después felicitarla por su embarazo. Mi hermana embarazada, aunque intento no sentirme mal por ello, no puedo evitarlo, no consigo sacar de mi mente el recuerdo de mi pequeño.

Por suerte tengo a Black conmigo, es maravilloso, más de lo que podría haber imaginado en ningún momento: me complementa, me acompaña, acoge mis dudas y me ayuda a superar miedos que desconocía conscientemente. Uno de ellos era comprometerme con un hombre, pero con él me siento segura, protegida, escuchada y amada. Poco a poco y con una paciencia infinita, va borrando los dolorosos recuerdos de mi pasado.

—Otra vez pensativa —dice tomándose por la cintura y acercándose a su cuerpo.

—Solo un poco —contesto aunque él bien sabe qué me tiene preocupada.

Estamos aprovechando la tarde de viernes en el paseo marítimo, la playa aun acoge a muchos bañistas disfrutando del buen tiempo que hace hoy.

—Ya veo —murmura dándome un beso en la coronilla, está preocupado por mí.

—¿Quieres un helado? —pregunto para destrabar la conversación.

—Sí.

Antes de que pueda sacar la cartera, me suelto de su abrazo y entro en Regma, en toda la semana que llevamos juntos no me ha dejado pagar apenas nada, así que me toca esquivarle para hacerlo y no siempre lo consigo. Pido un par de cucuruchos de helado de menta y chocolate, el preferido de los dos, a veces me asusta ver la cantidad de cosas que tenemos en común.

Pago y con uno en cada mano salgo de allí, no está en la puerta y oigo un grito que me alerta. Al mirar alrededor no puedo creer lo que está pasando, la escena es dantesca, Ricardo lanza un puñetazo a Alfonso, mientras la novia de este está a los pies de ambos, sangrando o eso me parece desde la distancia.

Tiro los helados a la papelera y corro hasta donde están, Black retiene a Alfonso contra la pared con fuerza excesiva, pues Alfonso no parece que pueda respirar bien.

En cuanto llego, me sitúo al lado de Ricardo y le llamo con urgencia.

—Mírame —le pido preocupada por la tensión con la que rodea el cuello de Alfonso.

—Estoy bien —contesta sin dejar de observar a su oponente, pero sin apretar más su agarre—, ocúpate de ella, la golpeó contra la pared.

Me agacho junto a la joven, está sollozando, con la cara entre las manos y aunque la hablo parece perdida en su mundo. No sé qué hacer, estoy completamente paralizada Pronto las sirenas de la policía e incluso de una ambulancia acompañan al llanto de la muchacha. La hablo sin saber bien qué digo, pero no consigo sacarla del lugar donde se ha refugiado.

Noto una mano en mi hombro, un policía nos ayuda a levantarnos. Estaba tan centrada en ella que no me he dado cuenta de la cantidad de gente que ha llegado hasta aquí.

—¿Está herida? —me pregunta uno de los sanitarios que está a nuestro alrededor.

—Yo no, pero ella sí.

Black me toca el brazo, me giro hacia él y le encuentro más serio de lo habitual.

—Tengo que ir a comisaría —informa desapasionado dejándome muda—, ve tú con ella en la ambulancia, no creo que deba estar sola.

—Espera, yo iré contigo, declararé y...

—Tranquila, todo va a estar bien.

Me da un beso en la frente y hace un gesto al enfermero que me escolta a la ambulancia donde ya está la pareja de Alfonso.

Ninguna de las dos podemos hablar. Yo estoy aterrada pensando en Black y en lo que puede pasar si a la policía no le convence su historia, y ella está en shock, mirando al frente mientras recibe los primeros cuidados.

Llegamos a Valdecilla, el mejor hospital de la región, y me toca esperar mientras la examinan.

—Sara quiere verla —me dice una enfermera con gesto de cansancio quince minutos después de nuestra llegada.

—Gracias —murmuro con una media sonrisa que estoy segura que más parece una mueca y sigo sus indicaciones hasta la habitación que la han asignado.

Llamo a la puerta y espero hasta que me da permiso para entrar.

—Me dejan ingresada —explica mientras me acerco a la cabecera de la cama despacio.

—¿Puedo preguntarte qué te pasó? —interrogo tras un incómodo silencio.

—Desde que nos vimos en el restaurante el otro día ha estado más agresivo de lo normal.

—Lo siento —digo con culpabilidad, no esperaba que él volcase su ira con ella.

—Hasta entonces no me di cuenta de lo que me estaba haciendo —señala con pena—, no era consciente, es mi primer amor y...

—¿Qué edad tienes? —pregunto asombrada ante esa particularidad, no es muy común en estos tiempos.

—Veintiún años.

—Ya veo —señaló sin saber qué decir.

—El caso es que con lo que dijiste empecé a tener dudas y decidí dejarle, pero cuando había reunido el valor para hacerlo me enteré de que estoy embarazada y pensé... que si se lo decía él volvería a ser como al principio —solloza y me duele tanto como a ella verla tan destruída—, pero no fue así, se puso como un loco, empezó a pegarme, a insultarme... cuando me encontrasteis me estaba arrastrando a la clínica para... ya sabes, yo trataba de resistirme, pero era imposible.

—Sara —la llamo cuando sus lágrimas remiten un poco y yo consigo reunir el valor para hablar—, sé que ahora lo verás todo muy complicado, pero te aseguro que con el paso del tiempo la vida va recuperando su color. Ahora solo deja que te curen, llama a tu familia, reconcíliate con ellos y vuelve a empezar. Nadie se merece que le traten así.

Me observa cabizbaja y veo en ella todo lo que yo sufrí. Es como si me estuviera mirando en un espejo, se reabre la herida que tengo dentro, cojo su mano y la doy un apretón.

—Sé que tardarás un tiempo en volver a sonreír y que al principio será difícilísimo, pero lo conseguirás, estoy segura de ello. Sara, la vida es muy corta para perderla junto a alguien capaz de hacerte daño.

Una enfermera entra sin llamar a la habitación, interrumpiéndonos.

—Tenemos que hacerle una ecografía —señala y me estremezco ante esas palabras.

—No te vayas, por favor —murmura aferrándose a mi mano como si fuera su tabla de salvación.

—¿Has llamado a tu madre? —pregunto y ella asiente, mientras miro de reojo el pequeño ecógrafo donde pronto va a aparecer su bebé, tengo que salir de allí cuanto antes, no quiero verlo, no estoy preparada para afrontarlo—. Hasta que no venga no me iré, pero esto tienes que hacerlo tú sola, es un momento muy íntimo.

Salgo de allí antes de que me responda y regreso a la aséptica e inmaculada sala de espera. Me quedo mirando a la pared blanca, asimilando todo lo ocurrido, sintiéndome desolada, herida, a un paso del abismo más absoluto. ¿Dónde está mi fuerza? No la tengo, siento que desfallezco y cierro los ojos, tratando de respirar sin mucho éxito.

—¿Dónde estás, Ricardo? —interrogo al aire como si así pudiera atraerle hacia mí.

—Aquí —su voz me devuelve a la vida, verle frente a mí me recompone y no puedo evitar saltar a sus brazos para sentir su reconfortante calor—. Ya estoy contigo —susurra en mi oído apretándose fuerte contra él.

—¿Qué ha pasado? —pregunto cuando soy capaz de soltarle.

—La policía ha recabado toda la información, hay una grabación de la cámara de seguridad de la joyería, se ve todo, cómo la golpea, la tira al suelo y cómo intervengo para parar sus patadas. Si me denunciase, como mucho me tocaría pagarle algo por el puñetazo, pero nada más. Aunque no creo que le queden ganas, hay muchas pruebas en su contra: la grabación, los testigos y espero que el testimonio de ella, aunque con el informe médico se confirmará todo.

—Estoy segura de que le denunciará, la has salvado de... —no puedo hablar, se me empañan los ojos y pronto brotarán las lágrimas de ellos sin que pueda contenerlas.

El dolor que siento es desgarrador, ya no puedo soportarlo más, necesito cerrar este capítulo de mi vida cuanto antes. Quiero desaparecer.

—Tranquila, pequeña —dice volviendo a abrazarme—. Estoy contigo.

—La estaba llevando a la clínica para que la hicieran un aborto —explico

mientras él seca mis lágrimas con delicadeza—, la has dado la oportunidad de elegir.

Me entiero en su pecho y sollozo como una niña. Duele demasiado, me acaricia el pelo y permanece en silencio, dejando que me desahogue.

—Hola —la voz de mi hermana nos obliga a separarnos. Miro a Black sorprendida por la aparición de Helena.

—Les llamé porque no sabía lo que iba a tardar con la policía, para que vinieran a buscarte —contesta a mi pregunta no formulada.

—¿Estás bien? —cuestiona mi hermana.

—Sí, solo cansada y un poco aturdida por lo sucedido. Enseguida vendrá la madre de Sara y podré irme, no hace falta que os quedéis.

—¿Por qué mejor no hablamos?, llevas esquivándome... —continúa y yo niego con vehemencia. Es el peor instante para vernos, estoy emocionalmente hundida y no podría defenderme de sus ataques.

—Helena, no es el momento.

—No seas cabezota, por favor, Carola —me ruega.

—Déjalo estar —la pido sin ocultar mi desesperación.

—No puedo, Carolina, no soporto que estés tan distante, otra vez no.

—Tengo que ir a ver a Sara —miento justo en el momento que veo a una mujer muy parecida a ella entrar en la habitación de la joven.

Resoplo y recibo una mirada ceñuda de Helena y un apretón de mano por parte de Black.

—Por favor —insiste y me ahogo con mis propias negaciones.

—¿Por qué no venís a cenar con nosotros? —pregunta Jaime, y soy incapaz de mirarle—. Mientras nosotros preparamos todo, vosotras podéis hablar del tema.

—¡Yo no quiero hablar de ello! —exclamo más alto de lo que pretendía y los dos me miran con gesto contrariado—, me hace mucho daño.

—Y yo no necesito que me lo cuentes, Carolina —la miro sin entender sus palabras—. Ricardo me ha contado lo justo para comprender lo que pasaste, solo sé que Alfonso te engañó, no necesito saber nada más, yo le calé desde el principio. Así que, por favor, Carola, vuelve de una vez conmigo. Sé que el otro día fui muy dura contigo y lo siento muchísimo, a veces me sale la educación católica, apostólica y romana que nos dio mamá y me hace decir

estupideces, pero tú puedes acostarte con quien te dé la gana y si ese es Ricardo, mejor todavía.

Estoy confusa y atrapada, necesito huir con dignidad, pero no me lo van a permitir, no en este momento.

—¿Por qué no os adelantáis? —señala Black y agradezco que tome las riendas pues yo no veía salida alguna—. Si decidimos ir a cenar con vosotros te aviso, Jaime.

—¡¡No!! Carolina, de verdad que...

—Helena, déjalo en mis manos, hablaré con ella.

—Está bien —refunfuña durante unos segundos y al final se marcha de la mano de su marido.

—Tengo que irme de aquí —digo después de diez minutos de silencio en los que he intentado poner en orden mis ideas, sin mucho éxito.

Salimos del hospital, soy incapaz de soltarle la mano y me dirige hasta su moto. Miro el reloj: las diez de la noche. He pasado allí tres horas sin apenas darme cuenta.

—Gracias —le digo y Black me mira extrañado—, por salvar a esa chica...

—Ha sido una prueba durísima, sobre todo sabiendo quién es Alfonso y el daño que te hizo —me da mi casco de la moto—. Siento mucho no haber llegado a tiempo contigo.

—Te digo una verdad que duele, en el fondo lo prefiero —susurro avergonzada con mi mente y con mi propio egoísmo—. Un hijo me habría atado a él durante toda la vida, yo ahora soy libre, no tengo que verle ni saber nada de él. En cambio, Sara, si continua con su embarazo y Alfonso quiere, la va a hacer la vida muy difícil durante muchos años, no me gustaría estar en su piel.

—Tienes mucha razón.

—Ojalá no sea así, Black. Yo estaría aterrada. —Y lo estoy por ella y por esa criatura que no tiene culpa de nada, solo de pensarlo me estremezco.

—Esperemos que él pierda el interés por ella al estar embarazada, está claro que no quiere ser padre —asiento y mi mente vuela hacia otra embarazada.

—¿Qué hago con Helena?

—Yo en tu lugar enterraría el hacha de guerra y recuperaría la relación, os

echáis de menos, os necesitáis, y enfadados todos decimos cosas que no sentimos en realidad. Se merece una oportunidad, ¿no crees?

Medito sus palabras y al final asiento, tiene mucha razón y yo me muero por darle un buen abrazo a mi hermana. No tengo que pedirle que me lleve a casa porque ya sabe lo que quiero sin hablar. Nos subimos a la moto y vamos para allá.

A pesar de mi decisión, estoy tensa y nerviosa, tanto que no encuentro las llaves en mi maxi bolso y, al final, tenemos que llamar al timbre. Dos segundos después Jaime abre la puerta y nos saluda con efusividad.

—Está en el baño —informa cuando pasamos al salón, que extraño, hace semanas era mi casa y ahora me siento como si no hubiese vivido nunca allí—. ¿Te importa si te lo robo un rato?

—Sin problema.

Dejo el bolso y la chaqueta gris en el perchero de la entrada y vuelvo al salón.

—Por fin —dice Helena, no he llegado ni a sentarme cuando ya la tengo a mi lado dándome un incómodo abrazo.

—¿Por dónde quieres que empiece? —pregunto cuando me suelta.

—Por ningún lado —contesta ofendida—, te lo he dicho antes, no necesito que me digas nada más, ni que te justifiques ni nada. El pasado no lo podemos cambiar, ¿no? Pues ya está, lo único que lamento es que hayas vivido tanto tiempo con esa herida en tu interior. No haberte ayudado ni nada.

Nos sentamos en el sofá muy juntas, la necesito, pero sobre todo quiero su comprensión. Parece que no me juzga, lo que es un cambio bastante grande en nuestra relación, tanto que no sé qué decirle.

—Solo siento que mi estado pueda hacerte daño —afirma apenada.

—No, tranquila, tu embarazo me emociona muchísimo y estoy muy feliz por ti y por Jaime. Voy a querer a mi sobrino muchísimo —digo poniendo mi alma en cada palabra, a fin de cuentas va a ser un poco mío.

—Gracias.

La abrazo esta vez con todo mi corazón y nos quedamos en silencio unos segundos, disfrutando de la conexión que aún mantenemos a pesar de los malos momentos vividos. Cuando deshacemos el abrazo, agarro sus manos. Tiene ojeras, está cansada y dudo mucho que haya sido fácil decírselo a nuestra madre. Según mis cuentas, se quedó embarazada antes de casarse o eso

creo.

—¿Cómo se lo han tomado? Ya sabes mamá y tu suegra...

—No se lo dijimos, no nos pareció oportuno después de lo que había acontecido. Estoy de casi cuatro meses, a mamá le va a dar un ataque, por eso queríamos decírselo tanto a ella como a Marta en público y rodeados de gente que nos va a apoyar por encima de todo. Como salió mal lo del otro día, Jaime ha invitado a nuestra madre y a la suya a comer a casa el domingo, para que se lo digamos. Estoy aterrada.

—Mamá lo entenderá aunque no le guste, sabes que eres su predilecta —digo sin acritud.

—Ya, pero Marta, ella sí da miedo.

—¿Ha pasado algo? —pregunto sin reconocer a mi hermana en sus palabras, está insegura y temblorosa—. ¡Suéltalo! —la pido al ver que no acaba de arrancar.

—No sé si es por el corto noviazgo o qué, pero estoy segura de que no le caigo bien y encima ella tenía una candidata a nuera que le gusta más que yo.

—¿Te lo ha dicho tal cual? —pregunto sorprendida con la desfachatez de la señora si la respuesta es sí.

—Sí, no se cortó un pelo, me confesó que ella esperaba que Jaime se casara con la hija de unos amigos: más guapa, más rubia y más delgada que yo.

—Una suegra horribilis.

—Tal cual, así que prepárate si Ricardo y tú seguís adelante —en su garganta se queda la pregunta que quiere hacerme, pero no se atreve—, porque es una arpía de cuidado.

—Ya está la cena, chicas —nos giramos al oír la voz de Black. Ha tenido que escucharnos, por suerte Jaime no está con él.

—Voy a por la bebida —dice Helena escapando de la inquisidora mirada de Black.

Me aborda en cuanto me levanto del sofá.

—¿Qué ocurre con Marta? —pregunta sujetándome del brazo.

—Será mejor que te lo cuente luego —murmuro al oír los pasos de la pareja.

—Está bien, pero hasta la última coma, Ka —confirmo con un leve movimiento de cabeza y vamos a la mesa donde ya nos están esperando.

Black sentado a mi lado y Helena y Jaime enfrente nuestro. Demasiada comida y yo tengo el estómago cerrado, ha sido un día duro, intenso y, en parte, revelador.

Mi caballero oscuro me pasa la ensalada de tomate y mozzarella. Debería aterrarme que me conozca hasta el punto de saber qué me apetece comer, pero, al contrario, me encanta sentirme atendida y protegida.

—Decid que sí, por favor. —Tan perdida estaba en mis pensamientos que no sé de qué habla Helena, y miro a Black pidiendo auxilio.

—Quieren que el domingo vengamos a la comida con las madres, para hacer el anuncio —señala y no sé si está o no de acuerdo con el plan.

—Carola, no te lo pediría si no fuese necesario, me sentiré más tranquila y...

—Gracias por la parte que me toca —dice Jaime aparentemente ofendido.

—Cariño, ya te lo he explicado, no se van a creer que no sabíamos lo del bebé, pensarán que nos hemos casado tan rápido por esto y...

—Qué más da lo que piensen —apunta Black leyéndome la mente—. Ya sois mayorcitos los dos, vais a tener un bebé, lo único que debería importarles es que está todo bien.

—Ya, pero mi madre es muy católica y...

—Sí, y madre soltera —suelto de sopetón.

—No es exactamente así —dice molesta—. Nuestro padre...

—Él vivía en Cuba —empiezo a contar atrayendo la atención de los dos hermanos—, durante los años que se instaló aquí estuvo con nuestra madre, pero no podía casarse con ella porque ya tenía esposa en su país, todo muy católico y respetuoso —digo con ironía—. Seis años después volvió a Cuba, supuestamente a divorciarse, y jamás regresó. Dejando a mi madre sola con una hija de tres años y otra de cinco meses.

—Quizás le pasó algo.

—Es posible, pero la realidad es la que es y por muy católica que sea tu madre no tiene derecho a juzgarte, menos si tenemos en cuenta su pasado. Así que no te preocupes tanto, díselo y ya está.

—No es fácil —asegura Helena—. He faltado a todo lo que nos enseñó al tener relaciones antes de casarme y...

—¿Y ella? Porque que yo sepa ni tú ni yo somos obra del Espíritu Santo.

Estamos en el siglo veintiuno y aunque tu madre se haya quedado anclada en el pasado, nosotras no tenemos por qué hacerlo, estás embarazada y qué, que se alegre por ello y ya está —concluyo y miro hacia Ricardo, para no ver la súplica en el rostro de mi hermana.

—Estaré aquí —claudica Black, echándole una mirada de advertencia a Jaime.

Algo me he perdido, sin duda cuando estaba hablando con Helena. A pesar de la tensión entre ellos, el resto de la cena transcurre entre temas más triviales y algunas risas. Al menos hay sintonía entre los cuatro, eso es un buen punto a favor.

—¡¡La una de la mañana!! —exclamo asombrada por lo rápido que ha pasado el tiempo—. Lo siento, chicos, pero yo me tengo que marchar, sino mañana no va a haber fuerza humana que me saque de la cama y tengo que ir a la oficina, último día antes de coger las vacaciones.

—Ahora lo recojo yo —dice Jaime cuando me ve intentar coger los platos para llevarlos a la cocina.

Black también se levanta y no duda en coger mi mano.

—Mañana seguimos hablando.

Nos despedimos y salimos de la casa de mi hermana, no me da tiempo a decirle nada a Black cuando esté se dirige hacia la escalera de mi casa. Subimos y he de reconocer que me gusta lo fácil que es todo con Ricardo. La manera en que satisface mis deseos aunque no los haya formulado en voz alta.

—Tienes cosas que contarme, ¿no?

—Sí —digo tras bostezar—. Ponte cómodo y yo iré a quitarme esta ropa.

—¿Te puedo ayudar? —pregunta interceptándome antes de que llegue al pasillo.

—Hoy no, no necesito esa clase de atenciones.

Me atrae hacia él y me besa muy lentamente, es una caricia a mis sentidos y mi alma herida.

—Puedo esperarte en la cama y abrazarte hasta que se te pase el dolor —propone justo lo que necesito, ¿cómo puede ser tan perfecto?

—Eso estaría muy bien —contesto devolviéndole el beso en un suspiro—, no tardo.

En diez minutos estoy entre sus brazos, tumbada en la cama con mi pijama

morado anti libido, pero a él no parece importarle y se lo agradezco.

Cierro los ojos, envuelta en su calor y aspiro su esencia notando como la tensión del día se va evaporando.

—¿Podemos hablar mañana? —pregunto tras unos minutos en silencio.

No recibo respuesta, cosa extraña en él.

—Black —miro por encima de mi hombro, está completamente dormido, es la primera vez desde que comparto cama con él que se duerme antes que yo.

Así no parece tan fiera la Bestia, como él se llama. Hoy ha estado a la altura en todo momento y me da miedo sentir como mi corazón se va dejando conquistar por «mi caballero oscuro».

El domingo llega casi sin que nos demos cuenta junto con la «dichosa» reunión familiar. Mientras nos preparamos oigo la voz de mi madre ya posicionada en el jardín, dando instrucciones y órdenes a diestro y siniestro. Me estremezco solo de pensar en tener que enfrentarme a ella después de la noticia de mi aborto.

Dudo que sea comprensiva o tenga una palabra amable para mí, nunca ha sido capaz de ello. Soy su mayor decepción, la que se casó con quien no aprobaba, para luego divorciarse; la que no hace lo que ella dice y quiere; la que la ha avergonzado delante de la familia al ser la primera en separarse del marido, y ahora... suspiro agobiada.

Oigo pasos a mi espalda y los brazos de Black me abrazan contra su cuerpo, mi lugar seguro.

—Es importante que estemos con ellos, no creo que Marta se comporte como corresponde y no quiero que tu hermana lo pase mal por su culpa — afirma y asiento, aunque me duela lo que pueda acontecer, Helena me necesita a su lado.

Ayer me contó todo lo que pasaba con su madre, la manera en que siempre había dirigido a Jaime, las mentiras que se había inventado sobre su vida y lo que le había dicho a él al poco de establecerse en Santander. Es una bruja y de las malas. No logro comprender cómo pueden ser así con sus propios hijos.

Me giro entre sus brazos y le doy un beso de esos que no necesitan palabras, Black se ha colado en mi alma de una manera impresionante, jamás pensé que eso podría ocurrir y, sin embargo, aquí estoy envuelta en una historia de amor perfecta y con la sensación de que pronto dejará de serlo. Me ataca la inseguridad, Ricardo podría estar con cualquier otra mujer, mucho mejor que yo y, sin embargo, parece querer quedarse conmigo, pero no tiene sentido, al menos no para mí.

Me dejo conducir hasta el purgatorio que hay en la casa de abajo. En cuanto entramos, con las manos entrelazadas, mi madre suelta uno de sus chasquidos y su madre me atraviesa con una mirada reprobatoria. Menudo par de arpías que

tenemos en desgracia.

Miro alrededor en ese entorno hostil, por suerte están mis primos con su bebé, la tía Cleo, la cotilla de la familia... es una reproducción casi exacta de la comida del otro día. Solo falta Alfonso para volver a estropearlo todo.

—Qué oportuno —murmura Marta cuando pasamos por su lado para salir al jardín a saludar al resto de invitados.

Me estremezco y recibo un apretón en la mano por parte de Black, estamos juntos en esto y con él a mi lado sé que soy fuerte, que tengo agallas para enfrentar lo que pueda pasar. Jaime, que estaba controlando la barbacoa, deja todo ante un simple movimiento de cabeza de Helena, que nos pide que nos pongamos en círculo para hacer un brindis. Todo muy teatral y estudiado, al estilo de nuestra madre. Espero fervientemente no sufrir una transformación y acabar haciendo lo mismo que ellas en el futuro, no lo soportaría, no hace falta tantos artificios para contar una noticia tan estupenda como un embarazo.

—Queremos agradeceros que hayáis venido —dice mi hermana con Jaime a su lado sujetándola por la cintura y mirándola embelesado—. El otro día... —me mira y chasquea la lengua con ese tic que me incomoda tanto—. Queremos daros una noticia maravillosa para todos —asegura tomando carrerilla con la voz temblorosa por la emoción—. ¡¡¡Estoy embarazada!!!

—Seguro que no es de mi hijo.

Marta ha fastidiado el momento más bonito del mundo para mi hermana con su apreciación, las felicitaciones se han congelado y veo como Helena se echa a llorar, y no me extraña. Jaime no reacciona, ¿ni siquiera ahora va a defenderla? Me hierve la sangre tanta permisividad hacia su madre, sin importarle cómo se queda su esposa.

—¿Cómo te atreves a insinuar eso?! —explota Black antes de que yo pueda hacerlo.

—¿Es tuyo el pequeño monstruito? —pregunta, y tengo que sujetar a Ricardo que está a un paso de perder la compostura—. El día que os vi juntos parecíais muy unidos.

—Vete de aquí ¡ahora!

—Ricardo, no la hables así —pide Jaime sorprendiéndonos a todos con su defensa.

—Vas a permitir que traten a tu mujer de puta, por mucho que sea tu madre no tiene derecho a decir eso, menos de la persona que amas. Mírala, hermano,

y dime si Helena está bien y si se merece este maltrato, y para colmo que ni siquiera la apoyes.

Helena solloza en brazos de Valle, Tomás está a un paso de asestar el primer puñetazo directo a la cara de mi cuñado y el resto no parece reaccionar ante lo que está pasando.

—No lo compliques —le pide en un hilo de voz.

—No soy yo quien lo ha hecho mal, Jaime, sino ella —afirma señalando a Marta—, la misma que sonrío tras su hazaña, aunque a ti parece no importarte. Sigue así y tu matrimonio se irá a la mierda, lo estás bordando.

Mi cuñado mira a su madre y parece que al fin reacciona porque pasa del disgusto al enfado en menos de un pestañeo.

—Creo que lo mejor será que te vayas, mamá —dice con valentía, cosa que nunca pensé que tendría Jaime.

—¡¡¡¿Qué?!!! No hablarás en serio —exclama escandalizada.

—Por supuesto —afirma mirando hacia la puerta.

—Esta muchachita estaba loca por cazarte y...

—Yo fui detrás de ella, yo la conquisté y yo la pedí matrimonio —aclara con rotundidad—. Ella no tuvo nada que ver y yo te aseguro que mi posición económica es peor que la suya, por muchos estudios que tenga a mis espaldas. Estoy harto de tus desprecios hacia ella, he intentado mentirme, pasarlo por alto, pero ya no más, no se lo merece y yo tampoco.

—Es una desvergonzada, ¿de cuántos meses está? De cuatro si no me equivoco. Se quedó embarazada para pillarte porque sabe que jamás conseguirá nada mejor, ni siquiera es guapa y está... gorda.

Doy un paso hacia delante para defender a Helena y Black me detiene, pidiéndome un poco de paciencia en un murmullo. Entiendo que tiene que ser Jaime quien solucione esto, pero mi hermana está cerca, escuchando todo el odio que su suegra tiene acumulado para ella.

—Te repito que fui yo quien la siguió a ella y soy feliz, jamás lo he sido tanto. Si no puedes aceptarlo, tampoco puedes estar en nuestras vidas —dice con firmeza y, por primera vez desde que empezó la discusión, Marta parece insegura de sí misma.

—¿Me cambias por ella? —pregunta con los dientes apretados.

—Tú eres mi madre y ella mi mujer, dos figuras distintas, no sois comparables ni reemplazables una por otra; pero no estoy dispuesto a

prescindir de Helena ni de mi hijo. Si me das a elegir, saldrías perdiendo.

El cruce de miradas es aterrador, no querría tener que enfrentarme a Marta jamás; y aquí estoy, aferrada a Black, que es su otro hijo. Me entran sudores fríos solo de pensar que ella podría tratar de romper lo que tenemos y que tanto me ha costado aceptar. Me mira enrojecida por la rabia, capaz de saltar en cualquier momento.

—Lo mejor será que te vayas —le pide Jaime abrazando a Helena, tratando de contener su desgarrador llanto.

—Ya me queda claro todo —murmura mirando alternativamente a sus hijos —, ninguna de las dos tiene lo necesario para formar parte de mi familia.

—Desherédanos —dice Black atrayendo su atención antes de que siga martirizando a mi hermana con sus palabras—. A fin de cuentas te lo gastaste todo, no queda nada de la fortuna de nuestro padre.

—¡¡Porque me pediste tu parte!! —chilla enrabiada—. De haber tenido todo el capital...

—Habría desaparecido hasta el último euro, como has hecho con la herencia de Jaime, dilapidarla y dejarle sin nada. —Da miedo ver como cada palabra de Ricardo la enfurece hasta límites insospechables, me gustaría taparle la boca, pero por otro lado creo que es necesario que alguien la ponga en su sitio de una vez.—. Marta, ya basta, vete de aquí, esto es una celebración y tú no estás contenta con ella, así que no hace falta que te quedes y lo estropees todo con tu ponzoña.

—Maldito...

—¿Qué? Dilo de una vez, sí, soy un bastardo —asegura Black con una rotundidad aplastante, pero sin vergüenza alguna—, eso es lo que soy a tus ojos y aún me culpas de las decisiones que tú tomaste. Yo no te pedí que me adoptaras, no era más que un niño...

—El maldito bastardo de tu padre —dice Marta perdiendo fuerza por momentos—, mientras yo me debatía entre la vida y la muerte él...

—Él se liaba con mi madre —concluye Black sin ocultar el rencor que siente hacia ella—, lo hizo mal, pero tú aceptaste criarme cuando ella murió en el parto, y no lo has hecho muy bien durante los últimos años.

Marta avanza hacia él, con la mirada fija en Ricardo sin importar cuán reveladora es esa verdad para todos, en especial para Jaime, que parece no entender nada.

—Aun así te acogí en mi casa, te di mi apellido y te traté como si fueras mi hijo, engañando a toda la familia, ocultando la verdad y tú...

—Nunca me quisiste —afirma Ricardo y ella no lo desmiente—, jamás me trataste como tu hijo, quizás al principio sí, cuando no era más que un bebé, pero con el paso del tiempo, con la llegada de Jaime, ya dejé de ser importante, tenías tu heredero y a mi padre a tus pies. Mas no esperabas que él me dejase parte de su fortuna y que diera orden de que me fuera entregada si moría, y tampoco te imaginabas que yo lo sabía. El único que siempre supo hacia dónde soplaban el viento contigo fue él y decidió protegerme de ti en sus últimas voluntades, las mismas que tú querías impugnar.

—Eres un mal nacido, una escoria, un...

—¡Señora! —intervengo poniéndome delante de Black como si necesitase mi ayuda—. No permito que siga insultándole.

—Otra oportunista —me mira con desdén—, al menos fuiste lista y te llevaste al hermano rico. —Sacudo la cabeza sin entender sus palabras, ¿rico?, no dudo que Ricardo tenga algo de dinero ahorrado, pero considerar que es rico me parecen palabras mayores, sin duda Marta no está en sus cabales.

—Lo mejor será que se vaya de una vez —afirma Tomás colocándose a mi lado. Asiento con la cabeza y este se adelanta para indicarle el camino.

—Todo caerá por su propio peso, también vosotras dos saldréis escaldadas de esto, os lo aseguro. No valéis lo suficiente como para estar con mis hijos.

Tras su sentencia pasa a nuestro lado con la cabeza en alto, mostrando una dignidad que no tiene. Mala pécora, ha superado a la madre de Alfonso en una sola reunión. Solo se escucha el chisporroteo de la carne en la barbacoa, nadie parece tener palabras para destensar el momento que hemos vivido, ni siquiera mi madre, la anfitriona perfecta, sabe qué decir.

Black está distante, esquiva mi mano y va hasta Jaime, que trata de asimilar lo que ha descubierto, ahora entiendo la inquina de Marta hacia él, sus ganas de desprestigiarle a ojos de su hermano. Suspiro y Tomás me da un abrazo de los suyos, tan reparador como siempre.

—¿Y ahora qué, comemos? —pregunta Cleo atrayendo la atención de todos—. Hay que festejar un embarazo, porque aunque a ella no le guste pronto habrá un nuevo miembro en la familia y se merece que estemos felices por ello. Así que quitad las caras largas y vamos a disfrutar de un día maravilloso.

Como si Cleo hubiese activado un botón, todos nos ponemos en movimiento y yo entro a buscar las bebidas a la cocina, necesito un poco de aire descontaminado, saludo a *Rocks*, el perro de Jaime, y me siento en una de las sillas altas que hay debajo de la isla.

—¿Yo soy así de insufrible? —la voz de mi madre me sobresalta justo cuando estoy a punto de coger un trozo de queso de nata, resoplo y la miro sin saber qué decir—. Lo siento —murmura ante mi silencio y se da la vuelta para marcharse.

—Mamá, yo...

—Solo quiero lo mejor para vosotras —asegura girándose para mirarme—. Cuando tu padre desapareció empezaron las preocupaciones, las penurias, el trabajo intenso y la incertidumbre de poder daros lo que necesitabais. No sabes lo que es vivir con esa agonía, con dos hijas a tu cargo, tratando de darles lo mejor y sin poder hacerlo. Hemos mal vivido, Carolina, siempre contando el dinero, haciendo números, buscando lo más barato y... Un día llegas tú, enamorada de un crío que no tenía nada, sabía lo que iba a pasar y no quería que vivieras con estrecheces, que pasaras por lo que yo pasé.

—Ojalá me hubiese ocurrido eso, pero no, mamá, Alfonso llegó a lo más alto y qué, ¿de qué sirvió tener dinero?, ¿qué diferencia marcó si él solo quería doblegarme?, ¿qué importaba un armario lleno de vestidos bonitos si él solo sabía insultarme, zarandearme, minar la poca confianza que quedaba en mí? No quiero un solo euro de nadie así y siento mucho que no lo entiendas, lamento haberte defraudado convirtiéndome en una hija imperfecta que no merece tu amor, pero es lo que soy y lo prefiero a tener una relación de fachada con un hombre capaz de obligarme a abortar a su hijo.

Me levanto de la banqueta con las lágrimas corriendo por mis mejillas, es liberador decir lo que pienso sin que ella me interrumpa.

—Carolina, yo... —se calla atragantada con lo que quiere decirme.

—Soy lo que soy, mamá. Ni puedo ni quiero cambiarlo y me gustaría que me aceptaras así: imperfecta, frágil, herida, pero poco a poco sanando y todo gracias a tres años de terapia y a Ricardo. Si no puede ser, lo entiendo, solo te pido que dejes de hacerme daño, necesito avanzar, sé que nunca tendré tu aceptación y lo asumo, pero es lo que hay.

Me giro y voy a la nevera a por la bebida, sintiéndome liberada y a la par cansada de todo esto. No quiero luchar más con nadie, no quiero sentir que no valgo nada, tengo que recuperar mi autoestima y eso voy a hacer, pese a quien

le pese. Cuando cierro la puerta del frigorífico mi madre ha desaparecido de la cocina, mis palabras incómodas la habrán hecho daño, pero no he podido frenar el torrente de sinceridad que me ha poseído.

Voy al jardín con las manos cargadas y por suerte la reunión se ha reanimado, la conversación es fluida, Helena sonríe e incluso mi madre parece feliz y no muestra signos de lo que ha pasado segundos antes. Admiro su capacidad de fingir, o, a lo mejor no es mentira y se siente bien al saber el daño que me ha hecho durante tanto tiempo. Estoy asqueada de todo y de todos. Dejo la bebida sobre la mesa blanca, nadie repara en mí y vuelvo a entrar en la casa, cojo mis llaves del bolso y salgo de allí.

Necesito espacio. Sin saber hacia dónde, me dirijo bajo la cuesta con paso firme, nadie que se cruce conmigo podría adivinar lo insegura que me siento en este momento. Resoplo, suspiro y vuelvo a resoplar y al girar la calle me choco con Juan, no podía ser más inoportuno el encuentro. Sus ojos se iluminan de deseo y algo en mi expresión parece darle alas, intuyo lo que está pensando, no es la primera vez que me ve destrozada y sabe que estando así puede arrastrarme a su cama sin mayores complicaciones.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclama efusivo y esquivo su beso en los labios, demasiado directo para mi gusto.

—La sorpresa es mía, ¿qué haces tan lejos de tu casa? —pregunto aunque conozco la respuesta, de alguna manera él se ha enganchado a esta «relación» sin serlo de sexo sin compromiso y ha venido a buscarme.

—¿Debo explicártelo? —pregunta alzando una ceja y sonriéndome seductor, confirmando mis sospechas.

—No, pero yo sí aclararte que ya no estoy disponible —digo con una sonrisa de disculpa en mi cara.

Sin previo aviso me agarra por el brazo y veo en sus ojos una expresión que no me gusta nada, no sé hasta dónde sería capaz de llegar para satisfacer sus instintos más primarios. No es no, ¿o acaso no lo tiene claro? Me estremezco y pego un tirón consiguiendo hacerme daño, pero no deshacerme de su mano.

—Llevo meses soportando tu ausencia, Carolina, primero la absurda norma de tu hermana y después, cuando te encuentro, estás custodiada por ese matón de tres al cuarto que se permite el lujo de amenazarme —hay rabia en sus palabras y ya no me parece tan inofensivo como siempre pensé que era—, pero ahora estamos solos y mi coche está aparcado muy cerca de aquí. Sé que me deseas y que siempre he sido tu favorito, así que divirtámonos juntos,

nadie tiene por qué enterarse.

—¡Suéltame! —le ordeno con firmeza y, para mi sorpresa, lo hace.

—Sabes que lo anhelas tanto como yo.

—No es así, lo siento, estoy con...

—¡Cariño! Te estaba buscando. —Black aparece junto a mí y me da un largo beso en los labios. Marcando territorio, debería sentirme mal por su actitud y, sin embargo, me siento halagada, sobre todo después de ver el ceño fruncido de Juan.

—Yo...

—Juan, ¿verdad? —Me coge por la cintura, alarga la otra mano y estrecha la de su oponente con demasiada fuerza—. Tenemos que irnos, estamos de celebración y nos esperan.

—Ya veo —contesta mirándome significativamente—. Cuando te canses de este, ya sabes dónde estoy.

—Yo esperaría sentado —dice Black sin perder la sonrisa ante sus palabras—. No pienso dejarla escapar. Una pena que tú lo hicieras.

Maldice entre dientes y se aleja de nosotros. Ricardo no me suelta hasta que no le vemos desaparecer, por su expresión sé que ha oído todo lo que hemos hablado.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí y dejarme manejar esto yo sola. Interviniste justo a tiempo.

—No sabes lo que me ha costado controlarme, sobre todo cuando ha puesto sus sucias manos en tu muñeca.

—Lo has hecho genial —señalo y le doy un breve beso en los labios.

—Te vi salir de casa de tu hermana y me preocupé. ¿Cómo ha ido con tu madre?

—Horrible, pero liberador. En el fondo me siento bien y no sé si es justo con ella o...

—Es justo contigo, así que no te dejes arrastrar por la culpa. Deberíamos volver y seguir con nuestro apoyo incondicional o...

Un brillo de anticipación aparece en sus ojos, me vuelve loca esa mirada suya, capaz de desarmarme en cualquier momento. No me apetece nada volver

a esa casa, ver la cara de mi madre y sus poses, la propuesta de Black es mucho más interesante, así que asiento y dejo que me conduzca hacia el apartamento de Jaime para liberar tensiones entre las sábanas.

Tras el mes de vacaciones de Carolina vuelvo al trabajo, debo elegir bien dónde invertir parte de mi dinero, necesito un negocio rentable como el que dejé en Alicante, pero es más difícil de lo que pensaba. Así que un tanto desesperado por las diferentes opciones, contacto con Mario, mi amigo, y le pido consejo, siempre que en el pasado me dio su opinión acertó y esta vez, tras sus indicaciones, de nuevo todo parece tomar un buen camino.

Miro los papeles que tengo sobre la mesa, números que por separado no significan nada, pero juntos garantizan un negocio seguro y rentable. Estoy tan cerca de conseguirlo que puedo saborear el éxito.

Casi es la hora de ir a buscar a Carolina al trabajo, apago el ordenador portátil en el que he estado trabajando y ordeno los papeles del nuevo local y justo cuando estoy cogiendo la chaqueta que está sobre el sofá llaman a la puerta. Abro sin mirar antes quién es y me quedó estupefacto, no esperaba esto, pensé que jamás volvería a verla y, sin embargo, está frente a mí, en sus tacones y con esa sonrisa que un día me volvió loco.

—¿No me invitas a pasar? —dice e intuyo coquetería en sus palabras aunque sé que no es posible, ella me odia, al menos hace unos meses así era.

—¿Qué haces aquí, Julia? —pregunto incómodo sin abrir la puerta del todo.

—Mario habló conmigo hace unos días, me contó dónde estabas y lo bien que te encontrabas, quería verlo por mí misma —señala con una sonrisa hipnotizadora de las suyas que en otro tiempo me habrían enloquecido, pero que ahora me resulta indiferente—. ¿No me invitas a pasar? Creo que tenemos mucho que hablar, cosas que quedaron pendientes.

—Te pedí perdón, Julia, no me comporté con corrección, no te traté bien y no estoy orgulloso de ello, pero ya nos dijimos todo lo que había que decir y ahora...

—¿Estás con otra? —pregunta arrugando la nariz con disgusto.

—¿Te importa? —cuestiono sin entender su interés.

—Por supuesto, eso marca la diferencia, Black.

—No me llames así —pido y noto el teléfono vibrar en el bolsillo de mi

cazadora de cuero. Sin pensarlo un segundo lo saco y contesto.

—Carolina, lo siento, me he retrasado, ha venido una amiga a verme y me ha entretenido.

El silencio después de mi explicación es aterrador, ¿acaso está pensando mal de mí? Espero que no, ya debería confiar en mí y en este nosotros que estamos construyendo, pero su falta de respuesta no es nada alentadora. Con Julia delante prefiero no aclarar nada más, la amé, pero nunca me engañé con respecto a ella, sé cómo es, no le gusta que la lleven la contraria en nada y cualquier información podría ser usada en mi contra.

—No te preocupes —dice al fin—. Acompañaré a Helena a hacer unos recados y si luego quieres pásate por casa.

—Claro, esta noche nos vemos. Voy a solucionar este problema.

Se despide sin efusividad y vuelvo sobre Julia que ha aprovechado que estaba distraído para meterse hasta la cocina. No esperaba verla de nuevo, ella forma parte de un pasado que ya no me interesa y al que no quiero regresar, está enterrado, al menos para mí y creía que para ella también.

Cierro la puerta, resignándome a escucharla y recibo una sonrisa de su parte, me apoyo en la madera manteniendo las distancias, la conozco demasiado bien para saber que cualquier movimiento de mi parte puede dar alas a sus deseos.

No sé qué quiere de mí, ni por qué parece que ya no le desagrado, pero solo me interesa que desaparezca y no complique las cosas.

—Te he echado de menos —dice subida en sus carísimos zapatos de tacón negros.

—En realidad me echaste de tu vida —le recuerdo y parece no gustarle mis palabras—, y lo entiendo, Julia, no te merecías lo que te hice. —Me observa avanzando hacia mí con movimientos pausados. Conozco esa táctica, la he visto antes, cuando la conocí, y ahora me parece demasiado falsa y medida, ¿dónde está la naturalidad y la sinceridad?

—Me equivoqué, jamás debí rechazarte, Mario me habló de tu cambio, de lo que te pidió que hicieras y no le creí, no confié en ti y ahora te miro y veo al hombre del que me enamoré. Al que me merezco, teníamos un futuro juntos, planes, ideas... Vuelve a casa —ruega y yo niego con la cabeza.

—Mi hogar está aquí —contesto con firmeza.

—¿Tan fácil fue sustituirme? —pregunta con un puchero que debería

resultarme encantador, al menos así era en el pasado, pero me es indiferente.

—Tan solo hallé a la persona que quiere pasar su vida conmigo —aseguro con sinceridad y sé que no le gusta oírlo, arruga la nariz y me encojo de hombros—. Julia, lo lamento, pero es la realidad y no hay marcha atrás.

—Ya veo, viaje en balde y encima no he reservado en ningún sitio, nunca me imaginé que me rechazarías. Es tan tarde y estoy tan cansada —pestañea y contengo un gesto de disgusto para no delatarme—. Es muy tarde, Ricardo, no quiero pasearme por toda la ciudad en busca de un hotel en el que descansar.

—Dos calles más abajo hay uno —respondo, su presencia solo puede ocasionarme problemas con Carolina, lo sé y no estoy dispuesto a ello.

—¿Me dejas en la calle?! —interroga escandalizada—. ¿Acaso eso es lo que hace un caballero?

—Nunca lo fui, ni pretendo serlo ahora, pero...

—No me merezco este mal trato de tu parte, te he amado, he soportado tus traumas, he sufrido a tu lado y vine... a recuperarte —dice aparentemente ¿angustiada?

No estoy seguro de ello ni de sus palabras, soy incapaz de descifrar si es cierto o no lo que veo en sus ojos negros: ¿dolor?, ¿desesperación?, ¿ansiedad?

—Puedes quedarte aquí —claudico incapaz de seguir viendo su disgusto, el rostro de Julia se ilumina—, yo pasaré la noche con Carolina.

—¡¡¿Me dejas sola?!! —chilla con estridencia, con los brazos en jarras sobre su definida cintura.

—Es lo mejor, así no habrá malos entendidos —contesto con tranquilidad y veo un atisbo de ira en su mirada, está preparándose para la batalla, esa que yo no estoy dispuesto a librar.

—Vas más en serio de lo que pensaba.

—La quiero, Julia —confieso con simplicidad.

—Tardaste un año en decirme esas palabras —dice escandalizada—, y con ella, que llevas ¿un mes?

—Casi tres, pero qué importa el tiempo cuando los sentimientos están ahí, a un roce de la piel.

—Te has vuelto un poeta, Black, y no sé si me gusta o lo aborrezco —señala dejándome ver su parte más desagradable.

—No te preocupes, no me importa lo que te parezca. Julia, ya no soy quien era, ni puedo corresponderte como quieres, mi corazón ya tiene dueña, alguien capaz de no odiarme ni juzgarme por mi pasado y de abrirse sobre el suyo. De ti jamás conseguí nada de eso y...

—¡Nunca tuve traumas! —chilla sin necesidad—, ¿es eso un delito? Mi infancia fue perfecta y mi adolescencia igual, ¿qué debía hacer, inventarme algo para darte gusto?, ¿crear una Julia que no soy? ¿Que esa tiene un mal pasado? Pues, mala suerte —dice con un desdén que me hace ponerme a la defensiva todavía más—, yo no y no por ello me hace menos merecedora de tu amor.

—Ya no te quiero, Julia —respondo sin artificios y sé que en el fondo, tras su fachada, le duelen mis palabras.

—Solo porque ella se interpuso e hizo de tu confidente, eso no es amor, Black, ¿qué tiene?, ¿más tetas?, ¿un culo respingón?, ¿te la c..?

—¡¡Basta!! —exploto antes de que diga una grosería y mi paciencia se agote.

—No tiene nada que yo no tenga, ni te hace nada que yo no pueda hacerte, simplemente es una buscona. La hermana de tu cuñada, una pájara que solo quiere tu dinero.

—¿De dónde has sacado esa información? —pregunto dando un paso hacia ella, con la rabia recorriendo mis venas.

—Casualmente me crucé con tu madre cuando venía para acá.

—Mientes —veo el miedo en sus ojos, yo sé que no la voy a hacer nada, pero ella no, no confía en mí ni en mi cambio, entonces ¿para qué ha venido? —. Di la verdad de una vez.

—La llamé, pensé que en tras tu catarsis habrías mejorado la relación con ella, pero veo que no es así y...

—Vete —ordeno abriendo la puerta sin remordimiento alguno—. No quiero mujeres manipuladoras en mi vida, ni siquiera como amigas. Márchate a tu casa y no regreses jamás.

Pasa a mi lado sin decir ni una palabra, con la cabeza alta exhibiendo toda su indignación por mi trato, pero no puedo fiarme de ella sabiendo que habla con Marta a mis espaldas, a saber qué han estado decidiendo y el verdadero motivo por el que está aquí, pero no me interesa, ni me importa... ha perdido el tiempo, nada de lo que pueda decir me hará volver con ella.

—¿Estás seguro de que quieres dejarme en la calle? —interroga en el vano de la puerta, sin ocultar su indignación.

—Llama a Marta y pídelas asilo. Julia, no vuelvas por aquí.

Cierro la puerta contra sus narices, no, no ha sido caballeroso ni siquiera respetuoso por mi parte, pero como serlo con alguien capaz de aliarse con mi mayor enemigo.

Recojo el casco de la moto, necesito ver a Carolina con urgencia, pero antes de salir de casa suena de nuevo mi móvil. Contesto con rapidez y lo que recibo del otro lado son las lágrimas de una mujer.

—¿Ka?

—¿Dónde estás? —pregunta con urgencia y me apresuro a salir de casa.

—Enseguida llego y...

—Estamos en la floristería. Helena y Jaime han discutido y tu hermano ha dicho que se iba de casa —contesta, y los llantos de mi cuñada se incrementan.

—¿Qué narices ha pasado? —pregunto mientras busco las llaves de casa en los bolsillos de mi chaqueta de cuero para cerrar con llave, espero no habérmelas dejado dentro.

—¿Tienes una cerveza? —la voz de mi hermano me sobresalta, le miro sin comprenderle, meses tratando de conquistar a su chica y ahora amenaza con largarse de casa, dejándola sola y embarazada.

—Carola, iros a casa, Jaime acaba de aparecer por aquí, voy a conversar con él.

—No sabes cuánto te lo agradezco. ¿Tu amiga ya...? —detiene su pregunta y sonrío. Es tan frágil, pero tan fuerte a la vez, lo único malo es que no se da cuenta de ello.

—Se marchó, ya te lo contaré cuando todo se calme.

—Está bien, por favor, habla con Jaime.

Me cuelga antes de que pueda preguntarle qué ha pasado. Miro a mi hermano sin entender nada hasta que mi mente ata cabos: Marta, solo ella puede generar un caos tan grande para separar a los tortolitos.

Abro la puerta de casa y entramos sin hablar. No seré yo quien le interroge, así que le espero hasta que está preparado. Se pasea por el salón como un león enjaulado, está tenso, enfadado, pero no sé si con él mismo o

con el mundo.

—Me llamó mamá para disculparse por lo del otro día.

—¿Un mes después? Le ha costado aceptar su error —señalo sin poder evitarlo.

—Y me pidió que fuésemos a cenar con ella —continúa con su explicación como si no hubiese hablado—, cuando se lo dije a Helena se negó en rotundo. Le ha cogido manía a mamá y...

—¿Y no tiene razones? —cuestiono asqueado con su reacción, anteponiendo a Marta frente a Helena va a acabar perdiéndola.

—No —bufó y estoy a punto de echarle de su propia casa—. Según Helena, lleva soportando desplantes desde que se la presenté, pero nunca he visto esa actitud en mamá y...

—¿Te parece poco lo del otro día?

—No quiero hablar de ello —contesta a la defensiva.

—Fue bochornoso —digo ignorando sus deseos—, no solo lo de ella, también lo tuyo. Esa pasividad, esa manera de mirar para otro lado mientras dañaban a tu mujer, que para colmo está embarazada, o tienes la sensibilidad en el culo o simplemente eres idiota.

—Pero...

—Marta jamás va a aceptar a Helena, no cumple sus rígidos cánones, igual que yo; pero te quiere y tú a ella. Eso es lo único que debería importarte, porque si sigues así vas a perderla y será lo peor que pueda pasarte en tu vida. Luchaste por ella, la conquistaste, no dejes que nada se interponga entre vosotros. Tu madre debe aprender a aceptarla y si no es así, quizás no deba estar en tu vida.

—¿Estás insinuando que eche a mamá de mi vida?! —exclama escandalizado por mi propuesta.

—Te estoy diciendo que le des a tu mujer el lugar que le corresponde, que respetes su dolor y exijas a Marta que se comporte como debe y que la pida perdón a ella, no a ti. Ya basta, Jaime, deja de comportarte como un niño pequeño, eres un hombre casado, con obligaciones.

—Pero es mamá...

Aprieto los puños, nada de lo que le digo traspasa sus convicciones. Después de luchar con Julia estoy agotado y sin ganas de seguir peleando con todos ellos, así que voy a la cocina y saco un par de cervezas del frigorífico,

le doy una y abro la mía mientras le dejo pensar en lo que está pasando. Está claro que le toca a él decidir y asimilar la situación sin intervenciones.

—¿Qué hago? —pregunta tras beberse la mitad de su botellín.

—¿Sirve de algo que te lo diga?

—No puedo echarla de mi vida, es mi madre, Ricardo —comenta a la defensiva.

—Y entonces qué propones, que Helena aguante los desplantes de Marta durante toda la vida.

—No creo que sea tan...

—Piénsalo por un momento, imagínate que eres tú el que recibes ese trato, ¿cómo te sentaría?, ¿dejarías que te insultarán?

—No, pero...

—Haz lo que quieras —respondo antes de que siga disculpándola—. Ya te lo he dicho todo, tú mismo has visto cómo se comporta Marta y aun así sigues defendiéndola, dejando a Helena sola, desprotegida... ¿Cuánto crees que aguantará esta situación? Dudo que lo soporte durante mucho tiempo más y entonces qué: solo y sin ella, lejos de tu hijo, perdiendo todo por lo que has luchado. Es tu decisión, yo no puedo hacer nada más aunque quisiera.

—¿Me quitas tu apoyo?

—No, simplemente me hago a un lado, hasta que no te des cuenta por ti mismo es absurdo seguir intentando hacerte razonar. Cuando me necesites, aquí estaré.

—Hoy te necesito, tengo que pensar y analizarlo todo, así que preferiría quedarme aquí esta noche y darme tiempo.

—Es tu casa, hermano.

—Gracias.

Está abatido y agotado, conozco ese gesto de desesperación de su rostro, el mismo que cuando me fui de casa, el que exhibía cuando murió nuestro padre, pero lo más preocupante no es eso, sino la manera en que deja que ella maneje los hilos de su vida, complicándole su matrimonio, haciendo que poco a poco Helena se aleje de él. Sin darse cuenta la está perdiendo, cada batalla en la que se posiciona al lado de Marta le separa aún más de su verdadera felicidad hasta que ya no quede nada, hasta que mi cuñada se cansé de esperarle, entonces se dará cuenta y será tarde, demasiado tarde para recuperar su relación.

Mientras divago sobre ello coge su móvil y por un segundo me imagino que va a llamar a Helena, pero no, pide un par de pizzas y coge una nueva cerveza de la nevera, con el gesto abatido.

Black ha estado distante y pensativo toda la semana, no he podido sacarle de ese estado en ninguno de los momentos que hemos pasado juntos y empiezo a preocuparme, cosa inevitable en mí con respecto a él y a este nosotros que compartimos. No entiendo el cambio después de un mes de vacaciones fabuloso en el que casi no nos despegábamos.

Resoplo cuando salgo del trabajo y no está, aunque ya lo sabía no puedo evitar sentirme molesta. Es viernes y para colmo no le voy a ver porque está en Bilbao ultimando detalles de su nuevo negocio. Me siento como una niña rabiosa, le echo de menos, necesito dormir entre sus brazos y despertar con sus besos, no lo tengo y no sé cuándo le voy a tener a mi vera de nuevo.

Aprovechando que hace bueno decido no coger el autobús y voy andando hacia casa. A fin de cuentas no tengo prisa, nadie me espera para cenar y dudo que lo haga. Perdida en mis aciagos pensamientos no me percaté de la persona que me intercepta antes de subir la cuesta hacia mi refugio, la miro sin entender por qué detiene mi camino y ella sonrío con suficiencia.

—Si me permite pasar —digo sin ocultar lo molesta que estoy.

—Carolina, ¿verdad?

—Sí —contesto evaluándola, guapa y elegante con un deje de suficiencia que no me gusta.

—Soy Julia, la de Ricardo.

Trago saliva, ¿qué hace aquí? Y entonces lo recuerdo, Black me contó que había venido a verlo, pero tenía entendido que se marchó al día siguiente, aceptando su derrota, pero no, no parece acabada, sino decidida. No debería escucharla, aun así me cruzo de brazos y espero para saber qué tiene que decir.

—Imagino que te ha hablado de mí.

—Sí, algo me comentó sobre vosotros, pero no sé qué haces aquí —contesto tratando de mantener la calma.

—Black es hipnotizante, lo entiendo y no te culpo de haberte liado con él mientras yo no estaba aquí, pero ya he llegado y te pido que dejes de buscarle.

—¿Qué me estás diciendo? —pregunto sin entender qué ha querido decir.

—Estamos juntos —afirma con tal rotundidad que mi posición empieza a flaquear—, no hemos dejado de estarlo en ningún momento y tú estás ahí aferrándote a sus pantalones... Te entiendo, yo también lo haría, pero ya me he cansado de este juego y te pido que pongas distancia con él, sé que Ricardo lo está haciendo.

Si sabe eso, es porque Black se lo ha dicho, con lo cual es cierto, no sé ni qué decir ni cómo justificarme.

—No lo sabía —aseguro entre dientes, sintiéndome muy pequeña frente a ella.

—Soy consciente.

Por un segundo dudo de sus palabras, ¿por qué él iba a engañarme de esta forma?, ¿por qué se iba a juntar conmigo si esperaba a Julia?

—Es hombre, y bueno... ya sabes, necesitan tener una mujer a su lado —añade con descaro—. ¿No te resultó extraño que te persiguiera con tanto ahínco sin apenas conocerte?

—¿Te lo ha contado?

—Le conozco mejor que a mí misma —señala con suficiencia, trato de mantener la compostura y no parecer afectada, pero es inevitable, lo estoy, me siento engañada y sabotada. ¿Acaso no era mejor que me metiera en su cama sin tanto embuste? Al menos así mi corazón no estaría a mis pies, hecho pedazos.

—Todo tuyo —afirmo tras un largo silencio en el que sigo siendo sometida a examen.

—Gracias —contesta con una sonrisilla que me enerva.

Me siento usada, utilizada y, extrañamente, asqueada de mí misma. Ha disfrutado de mi cuerpo y yo del suyo, pero son sus mentiras las que me hacen sentirme sucia. Respiro hondo tratando de contener las lágrimas que amenazan por delatarme. Duele demasiado, no solo su engaño, sino la falta de amor y sinceridad por su parte. Era tan sencillo hablar con la verdad, sin mentiras ni rollos raros.

Subo la cuesta arrastrando los pies, rememorando la perfecta figura de Julia, si la comparo conmigo, salgo perdiendo en todos los aspectos: es más alta, más delgada, más estilosa, más guapa y voluptuosa...

—¡Carola, basta! —me ataca mi voz interior pidiéndome cordura, pero no

la tengo, lo que menos me hubiese imaginado es que él me haría esto.

Le abrí mi corazón, le conté mis peores secretos, asumí mis culpas, volví a creer en un hombre y me ha dejado hundida.

Me arrastro hasta casa, subo las escaleras sin brío y en cuanto estoy en mi refugio las lágrimas me asaltan y soy incapaz de contenerlas. Le amo más de lo que me podía imaginar, con una fuerza que no creí posible, me siento vacía sin él, como si me hubiesen arrancado un trozo de mi ser.

El sábado me sorprende sentada en el suelo del salón, junto al ventanal que da a la terraza, mirando como el amanecer poco a poco va inundando de luz todo a su paso. Estoy helada, tengo el cuerpo agarrotado y me duele la espalda, debo moverme, pero ni siquiera lo intento, qué más da estar ahí que haciendo algo.

Cierro los ojos con la cabeza apoyada en la pared y le veo frente a mí. El último mes estuvimos juntos, treinta días, las veinticuatro horas, compartiendo cama, arrumacos, citas románticas, risas...

Mi mente vuela trayéndome un recuerdo de uno de los días que pasamos en el pueblo.

*—¿Damos un paseo? —me pregunta Black después de comer, es la primera vez que le veo tan tranquilo, el pueblo le sienta bien y a mí me hace pensar en cosas que no pueden ser: como vivir allí con él.*

*—Sí —contesto y toma mi mano de esa manera posesiva que me hace sentir segura, es una bobada pensar así, lo sé, pero hacía tanto que no me sentía tan confiada, tan bien conmigo y con mi entorno que no puedo evitar que me guste, al menos un poco.*

*Tomamos el camino que bordea el pueblo, rodeados de árboles, conversando de todo sin prisas. Sin querer nuestros pasos nos llevan de nuevo a aquel lugar: la casa de mis abuelos, aquella que mi madre vendió porque le parecía un lugar horrible que no quería volver a pisar.*

*Miro la piedra agrietada, las ventanas tapiadas, el techo a punto de derrumbarse y no puedo evitar la culpabilidad que me asalta, tenía que haberlo evitado, pero cuando la vendieron yo ya estaba con Alfonso y este no me permitió venir a verla por última vez, mucho menos intentar quedarme con ella, para él eran escombros que no valían nada.*

*Apoyo la mano en la verja que rodea el terreno y siento el impulso de cometer una locura, saltar la valla y volver al que fue mi hogar, me*

*contengo a duras penas, ya no es nuestro, no tenemos derechos sobre él, cualquier día pueden derruirlo y no podré hacer nada para impedirlo.*

*—Mis recuerdos más felices se esconden tras esas paredes —murmuro y sé que ya se lo he contado antes, pero no puedo evitar volver a decir aquello —. Cuando todo iba mal sabía que aquí era bienvenida, que podía estar el tiempo que quisiera, que no sería juzgada por una mala nota en un examen o por enamorarme de quien no debía.*

*Me limpió una lágrima, furiosa conmigo misma por haber permitido que Alfonso me alejara de aquel lugar, que mi madre lo vendiera, por no tener el dinero necesario para volver a comprar la propiedad...*

*—Nadie puede robarte tus recuerdos, cariño, esos estarán contigo siempre.*

*—Lo sé, pero durante mucho tiempo soñé con vivir aquí, criar a mis hijos en este lugar, cuidar gallinas...*

*Es absurdo, ni siquiera debería ir por allí, al menos así no dolería tanto, pero no lo puedo evitar, llevamos una semana en el pueblo, en casa de Cleo y sin pretenderlo, cada vez que salimos a pasear mis pies me llevan hasta aquí.*

*—Mejor vámonos, me enfada estar cerca y no poder entrar, recorrer aquel lugar que conozco tan bien, rememorar el pasado y... —Me abraza contra su pecho y me dejo envolver por su olor tan conocido, es tan fácil estar con él, sentirse amada y comprendida.*

*No tengo que mentir ni disfrazar mis emociones, sean buenas o malas él las acepta y respeta. Me pongo de puntillas y apoyo mis labios en los suyos, un roce breve, pero intenso, capaz de traspasar todos mis miedos.*

*—Quizás algún día podamos vivir en una casa como esta —murmuro contra su boca, y él no contesta.*

*Su silencio me alerta y me doy cuenta de lo que he insinuado, resoplo y compongo una sonrisa de disculpa, me aparto de él y echo a andar de vuelta a casa de mi tía.*

*—Lo siento, no sé ni lo que estaba diciendo, pero tranquilo, soy consciente de que... —me detengo incapaz de terminar una frase tan reveladora como dolorosa, sé que lo nuestro es algo temporal o al menos así debería ser, pero por un momento me he dejado llevar por la romántica que tengo dentro, demostrando mi deseo más oculto.*

*Me detiene agarrándome por el brazo y me mira de esa manera intensa, capaz de derretirme a sus pies, es magnético, así ha sido desde el principio y aunque intente evitarlo soy consciente de que mi corazón está perdido, ya se lo he entregado en bandeja de plata.*

*—Carola, piensas demasiado, tranquila, no voy a salir corriendo, cielo — dice envolviéndome entre sus fuertes brazos—. No hay mejor lugar en el mundo que aquel en el que puedo estar a tu lado, sé que puede resultar difícil de creer, que llevamos poco tiempo juntos, pero es lo que siento y me alegra saber que tú piensas lo mismo que yo. Me encantaría vivir aquí contigo.*

Rompo a llorar tras recordar esas palabras, me lo creí todo, cada palabra, cada gesto, cada abrazo... Y todo es una vil mentira. Lo peor es que no era necesario hacer eso, podíamos haber tenido relaciones sin necesidad de poner en juego los sentimientos, hubiera aceptado y consentido, disfrutando de su cuerpo y dejando a un lado el resto.

No sé cómo voy a vivir ahora, ni siquiera si voy a conseguir superar esto. Duele demasiado, más que cualquier insulto o menosprecio de Alfonso.

Mi móvil interrumpe el rumbo de mis pensamientos, lo saco del bolsillo y veo su nombre en la pantalla. Dejo que suene, paralizada, incapaz de contestar y enfrentarme a él. Si lo pienso bien, no tengo derecho a reprocharle nada, me dejé llevar, confié en un extraño, permití que se metiera en mi vida, que conociera mis secretos, que anidara en mi corazón, pero ya sé la verdad y nada de lo que pueda decir va a hacerme cambiar de opinión.

Todo ha acabado y pronto lo entenderé.

Pongo el teléfono en silencio en cuanto deja de sonar, adelantándome a sus siguientes llamadas. Me levanto del suelo y me seco las lágrimas, no puedo dejarme caer de nuevo, debo ser fuerte no solo por mí sino por Helena. Bastante tiene con la suegra horribilis como para volverme una carga para ella.

Se acabó y debo asumirlo, aunque duela.

Helena está radiante, no puedo evitar sentir cierta envidia y sé que está mal, pero es lo que toca: aguantarse y convertir esa emoción nefasta en cariño hacia mi hermana y mi futuro sobrino.

Llegamos a casa agotadas, me ha pedido que cene con ella porque Jaime tardará en llegar hoy. Abro la puerta, enciendo la luz y entramos en casa. Me quedo congelada cuando veo el despliegue de velas y de rojos pétalos de rosa en el suelo, está claro que yo sobro en esta ecuación.

La doy un beso en la mejilla y la susurro un adiós, ella lo mira extasiada casi ignorando mi despedida, no puedo culparla, cualquiera se derretiría ante ese escenario. Abro la puerta y...

—¡Por fin estás aquí! Jaime, no sabes las ganas que tenía de estar solos los dos.

Me congelo y Helena se queda exactamente igual que yo, atino a darla la mano segundos antes de ver a una rubia siliconada y en lencería aparecer frente a nosotras, en el vano de la puerta que da al salón. Nos mira y no muestra sorpresa alguna, como si realmente supiera que no era Jaime, sino Helena quien iba a aparecer primero.

—Oh, y llegó el día que nos pillaste —murmura creyéndose una gran actriz—. Mira que le dije a Jaime de vernos en su piso, que era más seguro, pero como está su hermano no quiso molestarle y...

—¡¿Se puede saber quién diablos eres?!!

—Elisa, la amante de tu ¿marido? Creo que ya os casasteis o algo así me dijo el otro día —contesta sin ningún reparo.

—¡Sal de mi casa!!

La rubia oxigenada sonrío sin darse cuenta de lo peligroso que puede ser enfadar a mi hermana.

—Ya la has oído —intervengo al ver que la tipa no hace amago de moverse—. Lárgate de aquí.

Intento soltar a Helena, pero no me lo permite, está temblando, no sé si de rabia o de dolor.

—Qué raro que no lo supieras —se acerca a nosotras—, Jaime intentó ser cauteloso, pero yo no lo fui tanto.

—¡¡¡Fuera!!! —grita mi hermana señalando la puerta.

—Ahora que lo sabes ya no tenemos que escondernos, ¿por qué no te vas a dar una vuelta mientras Jaime y yo...?

Helena se abalanza hacia ella y la coge del pelo en un segundo. El chillido de Elisa está a punto de perforarme los tímpanos, abro la puerta de la calle justo cuando mi hermana la lanza contra ella. Le tira su bolso y el abrigo en el cual yo no había reparado y cierra la dando un portazo.

Todo se detiene a nuestro alrededor, ni siquiera el tiempo parece avanzar mientras mi hermana entra en el salón, se siento en el suelo de madera y se abraza las piernas contra su pecho. Me agacho junto a ella sin saber qué decir o cómo reconfortarla, jamás me hubiese imaginado que podía pasar esto.

Solloza y agacha la cabeza, yo solo puedo ver como esto la destruye, cómo el brillo de sus ojos se ha apagado, y me duele tanto como a ella lo que está sufriendo. Jamás pensé que Jaime podía engañarla de esa forma.

De pronto, se levanta como una exhalación y la observo asombrada.

—No puedo quedarme aquí, no lo soportaré, no quiero verle. ¿Puedo ir a tu casa?

—Cariño, vivo arriba, ¿crees que no te buscará allí? —me pongo de pie junto a ella.

—Entonces... ¿qué hago? ¿Le espero con los brazos abiertos? ¿Le preparo la maleta? ¡¡¿Qué narices hago, Carolina?!! —pregunta y temo que esto acabe afectando a su bebé.

—Solo se me ocurre una idea, que te vayas al pueblo con Cleo y yo me quede aquí a esperarle y pedirle que recoja sus cosas.

—¿Harías eso por mí?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que sí, yo me ocupo, cielo. Tú solo mete algo de ropa en una maleta y vete.

Se mueve como si estuvieran a punto de quemarla, en cinco minutos lo tiene todo listo y tiembla frente a la puerta de casa.

—¿Cómo ha podido engañarme así? —me pregunta y me encojo de hombros, no lo sé ni lo entiendo y mucho menos que haya sido tan estúpido de prepararlo en su propia casa, no tiene ningún sentido.

—Helen, sea lo que sea lo que ha pasado...

—¿Necesitas más pruebas?! Imagínate que les pillo haciéndolo, que están aquí, en el sofá y él... —dice llorando de nuevo con más fuerza, la abrazo tratando de absorber su dolor—. Podía haber ocurrido.

—O no —murmuro y la separo de mí lentamente ahora que está un poco más calmada—. Por una vez me toca a mí ser la sensata de las dos y no se me da bien ya lo sabes. Tienes que tener la cabeza fría, concédele el beneficio de la duda, cuando venga voy a encararle y solo si me convence su reacción le diré dónde estás para que vaya a buscarte.

Se queda callada, asimilando mis palabras y por un segundo creo que se va a negar.

—Estoy confusa.

—Confía en mí.

—Tengo tanto miedo —señala sin necesidad.

—Lo sé y yo no quiero darte falsas esperanzas, pero todo me suena tan extraño, más parece un guion de película que algo real. No creo que Jaime sea tan tonto como para preparar esto en tu casa teniendo la suya y...

—¿Y por qué tenía sus llaves?

—No lo sé, sea como sea estamos juntas y lo superaremos —digo reproduciendo cada una de las frases que ella misma usó conmigo cuando aparecí por su floristería tres años antes.

—Espero tu llamada.

—Por supuesto.

La doy un beso en la mejilla y la veo marchar con el alma en pedazos. Duele verla así.

—¿Y ahora qué hago? —me pregunto a mí misma mirando el escenario de una novela romántica bajo mis pies.

Quizás lo mejor sería recogerlo, pero decido no hacerlo para que Jaime vea la que ha liado. Voy a la cocina y cojo una cerveza fría de la nevera, regreso al salón y me siento en el sofá sin saber si encender o no la televisión.

Pero tras mirar el reloj más de diez veces seguidas acabo sucumbiendo y la conecto, busco por los canales algo que me apetezca ver, a cada programa peor. ¿De qué sirven tantos canales si en todos dan cosas parecidas? No he conseguido elegir nada cuando oigo la puerta de la entrada abrirse y las voces

de Jaime y ¿Black?

—Maldición —murmuro, no estoy preparada para verle y menos cuando tengo que enfrentarme a su hermano.

Me levanto al oír como mi cuñado llama a Helena, me giro justo cuando entran por la puerta del salón y enseguida Black entiende que algo ha pasado. Solo con verme ya lo sabe, nos entendemos demasiado bien, que pena que todo fuese un espejismo.

—Helena no está —digo con parquedad—. Me ha pedido que te informe de que tienes dos horas para recoger las cosas y largarte de su casa.

La expresión de ambos es de auténtica incredulidad, ¿pero son sinceros? Aún no estoy segura de ello, si Jaime es inocente, tendré que disculparme, pero debo estar segura por el bien de Helena.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta Jaime cuando sale de su estupor.

—Me has oído perfectamente, ¿de verdad tengo que repetírtelo? —da un paso hacia mí y escucho un murmullo por parte de Black que lo detiene. Aprieta los puños a los lados y me mira sin ocultar su monumental enfado.

—Por favor, ¿puedes explicarme qué está pasando aquí? —pide entre dientes y cada vez estoy más convencida de que él no había quedado con la rubia oxigenada.

—¿Con quién has quedado hoy, Jaime? —interrogo con los brazos cruzados y el gesto más serio que puedo componer.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Tan difícil es contestar? —Se le hincha la vena del cuello, enfureciendo aún más.

—Con Ricardo, llevo toda la tarde con él, y después pensábamos daros una sorpresa a ti y a Helena.

—¿Estás seguro?

—¿Carolina! —exclama Black y no puedo evitar mirarle por un segundo, está tan apuesto como siempre, siento el poder de atracción que aún ejerce sobre mí y me estremezco. Debo centrarme, no puedo dejarme caer de nuevo entre sus manos.

—Mantente al margen —ordeno apartando la vista de él—. Helena creía que llegarías tarde y cuando hemos vuelto nos hemos encontrado con tu amante aquí, en esta casa; si te fijas bien, lo tenía todo preparado para un rato de lujuria compartida y...

—Yo no tengo ninguna amante, jamás engañaría a Helena —afirma interrumpiéndome.

—La he visto, la he tenido enfrente, la hemos escuchado regodearse de su engaño lastimando a mi hermana, dejando tu dignidad por los suelos. Jamás imaginé que podías hacer esto, no parecías esa clase de hombre cuando te conocí —le reprocho para ver su reacción.

—Carolina, estás equivocándote con Jaime —señala Ricardo, antes de que Jaime reaccione y se defienda de mis acusaciones.

El silencio se apodera de la habitación. Trato de no mirar a Black, de ignorar el hormigueo que recorre mis venas anidando en mi estómago, pero es en balde. Está aquí, a un paso y cuando nuestras miradas se cruzan atisbo lo enfadado que está conmigo.

Llevo una semana dándole esquinazo, poniendo excusas cuando sus llamadas eran tan insistentes que no me quedaba otra que contestar, negándome a verle asegurando tener demasiado trabajo.

—¿Puedes explicarme qué está pasando? —solicita Jaime atrayendo de nuevo mi atención.

—Cuando hemos llegado a casa nos hemos encontrado con una rubia en lencería llamada Elisa, según ella sois amantes desde antes de casarte con mi hermana, y según tú ¿quién es y por qué tenías que meterla en esta casa?

—No me lo puedo creer —dice entre dientes mirando a Black y, por un segundo, su gesto me hace dudar sobre su inocencia—. Jamás engañaría a Helena, jamás la dejaría por nadie y mucho menos por esa petarda que eligió mi madre y con la que ha querido emparejarme desde que tengo uso de razón. No puedo creer lo que han hecho.

—¿Por qué tenía tus llaves? —pregunto. En cuanto descubro la mano de Marta en este despropósito dejo de dudar de él, es capaz de todo por separar a mi hermana de su marido y sin duda esta encerrona la ha organizado ella.

—El otro día se me olvidaron en casa de mi madre, he tenido tanto trabajo que en vez de ir a buscarlas cogí las de repuesto —responde sin titubear.

—Ya —contesto sin más, como si no me lo creyera para saber que más tiene que decir.

—¿Dónde está Helena? —inquieta de nuevo tambaleándose sobre sus pies cada vez más nervioso.

—No quiere verte —contesto eludiendo la respuesta adecuada.

—Carolina —dice en tono de advertencia. Cierra los ojos y suelta el aire despacio, está enfurecido, pero su autocontrol es envidiable.

—¿Dónde ha ido? —interviene Ricardo y no puedo evitar posar mis ojos en él.

Duele demasiado tenerle cerca y saber que me engañó, que jugó conmigo, que jamás sintió lo que decía, que solo he sido un pasatiempo para él. Me hiere mirarle y, sin embargo, no consigo dejar de hacerlo.

—¡¡Por favor!! ¿Qué debo decirte para que me creas? —señala Jaime desesperado.

—Te creo —sentencio tras una pausa—, dudé de la palabra de la rubia desde el primer momento, pero Helena estaba tan aturdida que, pensando en ella y en vuestro bebé, le dije que yo me encargaría de averiguar la verdad. Está en el pueblo, en casa de Cleo.

—Gracias. Necesito que conduzcas tú —le pide a su hermano.

—Por supuesto —contesta Black sin dejar de mirarme.

—Háblala con la verdad, ella te entenderá, Jaime. Hasta luego —digo con los brazos cruzados.

—Tú vienes con nosotros —señala Black, y no atino ni a negar con la cabeza.

Recorre el espacio que nos separa con un gesto que no admite discusión alguna, cuando consigo reaccionar y voy a dar un paso hacia atrás se adelanta a mis movimientos y me sujeta por la muñeca.

—Tenemos que hablar, hoy —afirma con seriedad.

—Yo no... Tengo que preparar unos informes y...

—Deja de mentirme —ordena arrastrando cada sílaba, tirando ligeramente de mí hacia la puerta.

—No es...

No puedo acabar la frase ante su mirada escrutadora, él no tiene derecho a reclamarme nada, ha jugado conmigo, me ha seducido robándome el corazón solo para después pisotearlo. Intento soltarme y él me agarra aún más fuerte.

—No admito discusión, vamos.

—He dicho que no, no insistas, Black, y no me hagas...

—¿No podéis arreglar esto en otro momento? —pregunta Jaime con ansiedad.

—Vamos —dice Black instándome a caminar y cedo, siguiéndole.

Si quiere oír la verdad la escuchará, sin duda va a ser la única manera de alejarle de mí, en cuanto sepa que soy consciente de su engaño me dejará en paz, pasaré a ser parte de su pasado y yo podré trabajar en mi dolor.

Monto en el coche de Jaime, en el asiento trasero detrás de este que va en el del copiloto y emprendemos la marcha. La tensión de los tres es evidente, casi palpable. Cojo el móvil y...

—No la avises —me pide Jaime mientras escribo un mensaje a Helena.

—Dame el móvil —ordena Black mirándome desde el retrovisor sin soltar el volante.

—Creo que te estás equivocando conmigo, Ricardo —comento sin dejar de observarle mientras conduce—, no tienes ningún derecho a mandarme nada, mucho menos a dejarme incomunicada. Así que deja los machismos a un lado, conmigo no valen.

Me observa molesto con mis palabras, aparto la mirada y doy al botón de enviar. Tengo que darle a Helena la posibilidad de decidir si quiere o no escuchar a Jaime, aunque le aseguro que es inocente. Al menos ellos podrán salvar su relación, deben luchar por ella, se lo merecen.

En menos de un segundo mi hermana me contesta.

*¿Estás segura?*

*Totalmente*

Mil caras sonrientes son su respuesta y me alegro por ella, al menos tiene la oportunidad de estar con quien ama. Aunque el problema sigue ahí, Marta no va a cejar en su intento de separarles. ¿Qué se le ocurrirá después de esto? ¿Cómo piensa seguir atormentando a la pareja? ¿Hasta cuándo va a soportar mi hermana su intromisión?

No lo veo claro, Jaime parece incapaz de defender a su familia de su madre y mi hermana siempre ha sido una mujer independiente y decidida, capaz de romper con todo para dejar de sufrir aunque eso signifique quedarse sola.

El viaje transcurre con rapidez, más de lo usual. Ricardo conduce sin sobrepasar los límites, pero a mí se me hace terriblemente corto cuando alcanzamos la cuesta que lleva a la casa de Cleo.

Es de noche y la iluminación del pueblo es escasa en comparación con la de la ciudad. No voy a poder escaquearme de hablar con Black, pero sé que en

cuanto lo haga, su interés por mí se difuminará y dejará de atormentarme. No pienso ser la otra, no tengo vocación de amante, que se quede con Julia y me deje tranquila de una vez.

Aparca y salgo del coche rauda y veloz, pero no tanto como Black, cuando alzo la mirada le tengo frente a mí, con los brazos cruzados y un gesto tan serio que no puedo eludir. Oigo saludar a Cleo y a Helena, veo por el rabillo del ojo cómo Jaime empieza a explicar todo de manera atropellada, pero cuando intento moverme a un lado para ir junto a mi tía, Ricardo me lo impide. Así que me resigno, ha llegado el temido momento de enfrentarme a la realidad.

Respiro hondo y trato de mantener la calma, querría soltar toda mi rabia, pero no voy a montar un espectáculo delante de mi familia, así que espero a que él de el siguiente paso.

—Vamos a hablar quieras o no —señala entre dientes.

—No hay nada que decir, Ricardo —digo y al mirarle aún me enfurezco más—. Ya lo comprendí todo, Julia tuvo la delicadeza de explicármelo y simplemente me he quitado de en medio, lo que no entiendo es que teniéndola a ella me estés buscando a mí. No tiene ningún sentido.

—¿De qué estás hablando? —pregunta ¿aturdido? Es un gran actor, eso es indiscutible.

—Creo que me he explicado bastante bien. No tengo nada más que comentar, así que déjalo ya, por favor —ruego dando un paso hacia un lado.

Por un segundo he creído que me dejaría marchar, sin embargo, me sujeta de la muñeca impidiendo que me marche. Eludiendo al resto, me insta a caminar alejándonos de allí, pero me resisto, entonces se para sin ocultar lo enfurecido que está conmigo.

—¿Cuándo conociste a Julia? ¿Qué demonios te dijo? ¿Por qué narices la diste credibilidad a ella sin ni siquiera concederme el beneficio de la duda? ¡¡¡¿De verdad me consideras tan rastroso como para jugar contigo?!!! —grita sin importarle quién nos está oyendo, y me encojo ante su rabia.

No sé qué contestar, verlo así me hace dudar de Julia, de sus intenciones, y ¿si todo ha sido una manera de intentar separarnos?

—No puede ser —señala entre dientes con gesto abatido—. Te creíste todo lo que ella te dijo, una desconocida capaz de afirmar vete tú a saber qué mierda, pero fue suficiente para alejarte de mí. Está bien, Carolina, hasta aquí ha llegado lo nuestro, no pienso arrastrarme detrás de ti.

Sus palabras me fulminan, la realidad me golpea, ahora sí lo he perdido, enfurecida y con mi orgullo herido no he sido capaz de ver más allá de los embustes de Julia. Fue fácil creerla, puesto que nunca entendí por qué Black se fijó en mí en aquella boda, por qué centró su interés en quien menos podía ofrecerle. Y ahora lo pierdo de la manera más estúpida posible.

—Adiós.

—Espera —reacciono justo cuando se gira para marcharse, se para, pero ni siquiera me mira—, me dijo que nunca dejasteis de estar juntos, que solo fui tu entretenimiento y yo...

—La creíste —señala terminando mi frase inacabada—, con cuatro frases acabó con tu fe en mí. Ni siquiera me preguntaste, ni aceptaste quedar conmigo aunque fuese para echármelo en cara. ¿Qué clase de relación es esta?

De nuevo me quedo muda, incapaz de poner en orden el torrente de emociones y sentimientos que me embarga. No tengo palabras, al menos no las que detienen su marcha, porque ante mi silencio, se encoge de hombros y va allí donde nuestros hermanos y mi tía observan la escena que estamos montando.

—Me voy a casa —dice Black mirando a Jaime.

—¿Vuelves a...?

—Debo pensarlo, aunque primero debería acompañarte a ver a Marta —veo asentir a Jaime—. Vendré mañana a buscaros.

Señala y está a punto de ir hacia el coche cuando Cleo interviene.

—No digas bobadas, tengo la cena esperando, las habitaciones preparadas, así que vamos para dentro. Mañana a la luz del día las cosas se aclararán.

—No...

—No discutas —señala mi tía—, conmigo tienes las de perder, muchacho.

Para mi sorpresa, Black asiente y él junto a Helena y Jaime van hacia la casa. Cleo me espera y avanzo lentamente, arrastrando los pies como cuando era pequeña y mi madre me llamaba para reñirme.

—Jamás pensé que podría equivocarme tanto —afirmo cuando llego junto a ella.

—Es parte del juego de la vida, cielo. Lo importante es aprender, rectificar y saber pedir perdón.

—Dudo que él quiera perdonarme —inquiero a punto de echarme a llorar.

—Lo hará, tan solo muéstrale cuánto lo quieres y él reaccionará, está lastimado en su orgullo, furioso y preocupado, pero... ¿acaso no estáis empezando? Es normal que surjan este tipo de cosas, apenas os conocéis, pero si ambos sois capaces de escuchar al otro conseguiréis arreglarlo.

Con sus palabras resonando en mi cabeza entramos en su casa y cenamos todos juntos, en un ambiente tenso, tan distinto de todos los días que pasamos allí durante mis vacaciones que parece que aquello nunca sucedió. Dudo que pueda repetirse, pero no me doy por vencida, sea como sea la respuesta la obtendré mañana y pienso lograr su perdón, aunque sea lo único que consiga de él.

Me levanto mucho antes de que el gallo despierte al resto de la casa, no he dormido, es imposible hacerlo cuando estoy tan cerca de perder todo, porque Black es eso, un todo que vino a mí en el momento más inoportuno, cuando mejor estaba sola, pero que no quiero perder.

Me ha hecho volver a amar, a soñar, a descubrir... valorando lo que soy y lo que siento, acogiendo cada secreto como si no importase nada. Jamás me ha juzgado y podría haberlo hecho y, sin embargo yo, me he comportado como una niñata egocéntrica capaz de alejarlo de mí solo por cuatro frases envenenadas.

En este caso no ha sido la suegra horribilis, pero si la exnovia la que ha venido y ha logrado romperlo todo. No puedo darle el gusto, ni a ella ni a todos los que nos tienen tanta manía como para meterse en nuestra relación de dos.

Me visto con rapidez dispuesta a sorprenderle, pensando en sabotear el coche de Jaime para evitar que se vaya, aunque luego tenga que pagar la factura del mecánico, pero cuando bajo a la cocina la sorprendida soy yo, está ahí, sentado frente a una taza de café solo y con un gesto en su rostro que no soy capaz de comprender. Me estremezco cuando sus ojos se posan en mí, penetrantes e inquisitivos.

Podía haberse ido, seguramente lleva horas despierto y, sin embargo está ahí, esperando y sé por qué: a pesar de todo me está dando una pequeña oportunidad, la última y no pienso desaprovecharla.

—¿Vienes a dar un paseo? —pregunto armándome de valor en un ataque suicida, dándole la posibilidad de rechazarme haciéndome trizas el corazón.

—¿Eso es lo que quieres? —inquire con seriedad y asiento con rapidez.

Se levanta sin cambiar el gesto, lleva la taza vacía al fregadero y la lava. Después se seca las manos con el trapo de cocina, volviendo a posar sus ojos en mí. Estoy nerviosa y por alguna razón creo que él lo sabe y está jugando conmigo o al menos alargando la agonía hasta límites que no sé si voy a ser capaz de aguantar. Me merezco esto, lo sé, pero también necesito un poco de

comprensión por su parte, que de alguna manera me lo ponga un poco más fácil.

Pasa a mi lado sin decir ni una sola palabra y le sigo, tratando de no hacer demasiado ruido, pero la madera cruje bajo mis pies. Veo que recoge su abrigo para ponérselo y yo hago lo mismo, no hay vuelta atrás y aunque he ensayado lo que quiero decirle durante toda la noche que he pasado en vela, siento las palabras atravesadas en mi garganta.

Salimos y el aire es frío, el sol apenas despunta por el horizonte. Es temprano, demasiado, pero a ninguno parece importarnos cuando tomamos el camino que bordea el pueblo y lleva a los árboles que lo rodean.

Cuando ya estamos lejos de la casa de Cleo, pero cerca de la que fuera la de mis abuelos, Black baja el ritmo frenético al que hemos ido caminando hasta el momento. Para mi sorpresa se para ahí, frente a aquel lugar de mi infancia que significa tanto para mí y me escruta, con los brazos cruzados, sin ocultar lo enfadado que está todavía conmigo.

—Lo siento —suelto y podría repetirlo mil veces hasta que él me creyese—. Lo lamento muchísimo, no debí dudar de ti, ni de nosotros, pero fue tan convincente, parecía tan segura de lo que afirmaba que me dejé llevar y acepté sus palabras como reales. Después tú seguías llamando y yo no entendía por qué lo hacías si ya la tenías a ella contigo.

Me callo esperando que me diga algo, pero él se mantiene en silencio.

—¿Quieres que me ponga de rodillas? Porque lo haré sin dudar si con ello consigo tu perdón —niega con la cabeza y percibo como mi frustración crece por no saber cómo arreglar este entuerto—. ¿Qué puedo decirte para que me disculpes?

Resopla y le entiendo, tiene que ser horrible haber pasado por la incertidumbre de no saber qué ocurre.

—No sabía cómo enfrentarte, por eso me negaba a quedar contigo, tenía miedo de que fuera real y cada vez que lo pensaba la furia me invadía con más fuerza, no quería herirte con mis palabras. No me sentía con derecho a reclamarte nada y por otra parte no comprendía por qué me habías enamorado si podías haber conseguido mi cuerpo sin tanto rollo. —Su mirada de horror me atraviesa, he hablado de más, atropelladamente, sin pensar en cómo podía afectarle mi confesión.

—Jamás te usaría —afirma arrastrando cada sílaba, haciéndome sentir aún más culpable, no solo por haber dudado de él, sino por dejar que mi mente le

creyese un truhan.

—Lo sé, pero...

—No, no parece saberlo cuando has dudado de mí de una manera tan brutal, ¿sabes lo que es estar una semana sin discernir nada, tratando de verte sin obtener respuesta, pensando y dándole vueltas a por qué estabas enfadada? No tienes ni idea, Ka.

En cuanto me llama «Ka» vislumbro una posibilidad de conseguir su perdón. Acaba de derribar una primera barrera que nos separaba.

—Lamento mi comportamiento, Black, yo... —empiezo a decir envalentonada hasta que me paro a mirarle, a pesar de ese ligero cambio en su manera de referirse a mí, la distancia entre nosotros aún sigue siendo un abismo infranqueable.

—¿Vas a creerte todo lo que te digan de mí? —pregunta indignado y me siento terriblemente culpable por haberle hablado mal, por confiar en la palabra de Julia, por causarle el dolor que está sintiendo.

—Solo fue...

—Inseguridad, desconfianza, miedo... lo sé, pero creo que te he demostrado que te quiero, que deseo pasar la vida contigo. ¿Tan difícil es de entenderlo?

—Pero ¡¡¿por qué?!! —exploto sin poder contenerme deseando poder grabarme a fuego su respuesta—, ¿por qué conmigo?

—Porque eres tú: Carolina, no hay más. ¿Acaso es necesaria otra explicación? —se detiene por un segundo, dejando la frialdad a un lado—. Te amo, confío plenamente en tus sentimientos hacia mí aunque tú no te atrevas a reconocerlos. Quiero que estemos juntos, que envejeczamos en esta casa y... ¡¡Mierda!!

—¿Qué has dicho? —interrogo, pero no es posible ¿o sí?

—Mierda.

—No, lo otro —se queda callado, pero lo he oído perfectamente aunque me niego a creer que él haya podido comprar esta casa—. Contéstame, Black —le pido en un susurro ahogado por la emoción.

—No, no deseo que cambies de opinión solo por esto.

—Ricardo, no podría hacerlo por algo material —contesto molesta por su percepción—, ¿por qué crees que te he buscado?, ¿por qué crees que pensaba sabotear el coche de Jaime? No podía dejar que te fueras sin arreglar esto. Lo siento muchísimo, me equivoqué, creí en su palabra y...

—Te menospreciaste, dudaste de lo nuestro, de mí. He estado una semana tratando de saber qué te pasaba y no lo he conseguido hasta ayer. No sé cómo sentirme ante todo esto ni que pensar de nosotros —responde con el dolor reflejado en cada una de sus palabras, la furia se ha disipado y la preferiría, al menos contra ella puedo luchar.

—Y te entiendo, es muy difícil para mí desterrar todo en lo que creído, es demasiado nuevo y angustioso, pero al mismo tiempo sé que tienes razón, que no te mereces mi actitud de estos días ni mi falta de fe.

»Black, cuando te conocí fue todo tan rápido, mi corazón se entregó a ti antes de que mi mente aceptase lo que estaba pasando. Después de Alfonso jamás pensé que volvería a enamorarme, ni siquiera me atrevía a arriesgarme demasiado a conocer a alguien, prefería... Bueno, ya lo sabes. Y apareces tú y todo se descontrola. Mi mundo se derrumba y solo quedas tú, tan perfecto que me da vértigo lo que tengo delante. Si no hubiese sido por tu insistencia, no me habría atrevido a dar el paso de estar juntos.

»Tuve miedo y te pido que me perdones. Te quiero, Ricardo, con mis inseguridades, pero te amo y no soportaría que te alejaras de mí por mi culpa, por mi comportamiento, por mi desconfianza, por...

Me acerca a él frenando mi explicación con un beso precipitado y ansioso, acallando el ruego de mi voz y devolviéndome las esperanzas. No me contengo, necesito que entienda que mis sentimientos son tan reales como el momento que estamos viviendo así que le devuelvo el beso con la misma pasión que él pone hasta que nos quedamos sin aliento.

—Lo siento —murmura contra mis labios y me aparto ligeramente de él sin comprender por qué se está disculpando—. Anoche me comporté como un idiota al decirte que me iría de aquí, estaba cegado por la rabia, por la angustia de perderte, por el dolor y...

—Tranquilo, estás aquí, te has quedado a mi lado —comento acariciando su mejilla, sintiendo como la tensión de todos estos días va desapareciendo paulatinamente.

—Sí, pero jamás debí...

—Basta —le pido pues no quiero que siga afligiéndose por algo que nos han hecho otros. A fin de cuentas la única culpable aquí es Julia por engañarnos a ambos.

—No estoy con ella desde hace un año —asegura con vehemencia y le creo —. No sé por qué dejó de odiarme y vino a buscarme, pero cuando lo hizo le

dije que era tarde, que te amaba, que no tenía nada que hacer en Santander. Además la muy descarada contactó con Marta y...

—¿Otra vez esa mujer? —pregunto desesperada por sacarla de nuestras vidas, ahora que sé que ni siquiera es su madre me siento con la libertad suficiente como para quejarme de ella.

—Es un maldito lastre.

—Pero no permitiremos que siga jugando con nosotros —señalo con la intención de cumplir con mi palabra.

Ricardo me mira con el ceño fruncido y sé que está a punto de pedirme un poco más en nuestra relación.

—Solo hay una cosa que necesito que cambie entre nosotros —me ruega y lo escucho atentamente—: lo hablaremos absolutamente todo, no volverás a estar una semana sin quedar conmigo, no podría soportarlo.

No puedo creerlo, pero por su mejilla rueda una lágrima que me apresuro a recoger entre mis dedos. Le he hecho mucho daño con mi actitud, más que si hubiésemos hablado de todo en su momento. Los dos hemos salido terriblemente lastimados.

Le abrazo tratando de cerrar la herida infligida y murmuro mil lo siento que me suenan vacíos, querría saber que más decirle, tener la frase exacta con la que despejar su dolor, pero las palabras se me atascan en la garganta una y otra vez.

—Basta —me ordena mientras suelta mis brazos de su cuello para poder mirar mi rostro surcado en lágrimas. Me limpia las mejillas con delicadeza y me da un breve beso en los labios—. Te amo, Ka.

Sus palabras resuenan en mi mente una y otra vez mientras su boca sale al encuentro de la mía. No he podido darle mi respuesta, aunque estoy segura de que él la tiene tan clara como yo.

Nuestras lenguas se entrelazan en un vals que dominamos a la perfección, nuestros cuerpos aúllan por una satisfacción. Nos hemos echado de menos, hemos dejado que el mundo se interponga entre nosotros y ahora debemos recuperar el tiempo perdido.

Fuego, me quemo bajo sus manos, que han encontrado el camino hacia mi cuerpo traspasando las mil capas de abrigo que me puse esta mañana. Estamos descontrolados, a un paso de la locura en medio de la calle desierta de este pueblo que me vio crecer y, aunque sé que queda poca gente en invierno, doy

un paso hacia atrás sin dejar de besarle. Quiero frenar, pero a la vez continuar con esta locura, importándome muy poco quién pueda vernos.

He estado a punto de perderlo, pero todo ha pasado y necesito demostrarle lo que siento por él. Sin pensarlo dos veces, lo arrastro conmigo hacia los árboles, ocultándonos de alguna vecina indiscreta que pueda estar en la ventana a las siete de la mañana.

Los besos se vuelven más profundos y pausados, sus manos acarician mi rostro, hablando sin palabras del sentimiento que lo consume. Ya lo tengo claro, lo percibo en el centro de mi alma: lo amo y no pienso dejar que nadie acabe con lo que tenemos aunque tenga que pelear con el mundo entero.

«Muy bien, Carola, a la mierda la bruja», dice mi voz interior y no puedo menos que estar de acuerdo, incluso ansiosa por cruzármela y contarle yo misma que no ha podido con nuestra relación.

Me dejo arrastrar por sus expertas caricias, no hay zona de mi piel a la que no tenga acceso a pesar de la ropa, con delicadeza va recorriéndome con devoción mientras los besos se multiplican al igual que mis ganas de él.

—Black —le llamo contra sus labios cuando se aparta de mí y se deshace de su abrigo sin dejar de mirarme con admiración—. Esto es una locura —murmuro con la respiración entrecortada, ahora que su boca no reclama la mía puedo pensar y creo que hemos perdido la cabeza estando ahí a punto de hacer el amor, envueltos entre la frondosa vegetación, pero tan cerca de las calles del pueblo que podrían vernos en cualquier momento.

—¿Te acuerdas del día del faro? —pregunta separándose ligeramente de mí y colocando la chaqueta acolchada sobre el suelo.

—Sí —contesto cuando vuelve a sujetarme de la cintura y me acaricia el rostro.

—Aquel día nos impidieron esto, pero hoy... ¿qué puede salir mal? —pregunta con una chispa de diversión en sus preciosos ojos grises.

—¿Que nos vea medio pueblo?

—Les daríamos algo de qué hablar durante el invierno —me acerca a él y recorre el lóbulo de mi oreja con su lengua, un estremecimiento recorre mi espalda.

Estoy acalorada, enfebrecida o borracha, no lo sé, pero tiro mi abrigo al suelo junto al suyo y me dejo llevar, tumbándome sobre ambos y recibéndole entre mis brazos. Mi cuerpo y mi alma están preparados y en sintonía,

reconocer que le amo es, sin duda, lo mejor que nos ha traído la visita de Julia.

Casi debería agradecerse si no fuera por lo mal que lo hemos pasado. Le he echado tanto de menos durante siete agónicos días que casi no puedo creerme que estemos juntos de nuevo. Así que, apartando a un lado las vergüenzas y desechando los miedos, dejo que me lleve de la mano hacia el placer más absoluto. Y lo hace, aprovechando todas sus habilidades para demostrarme que no importa nada más que lo que ambos sentimos el uno por el otro.

Jaime me escruta cuando llegamos a casa de Marta. Está enfurecido y después de dejar a Helena y Carolina en casa de la primera, me ha pedido que lo acompañe a ver a «nuestra madre». No he podido negarme aunque hubiese deseado seguir demostrándole a Carola cuánto la quiero. Lo de esta mañana nos ha sabido a poco a ambos, pero no había más tiempo, mi hermano me necesitaba y no pensaba dejar que su enfado se enfriase.

Tiene que poner de una vez por todas a Marta en su lugar o su matrimonio será un auténtico desastre.

Soy consciente de lo difícil que tiene que ser enfrentarse a ella, para mí empezó a ser fácil el día que entendí por qué no me trataba bien, cuando supe que ni siquiera era su hijo fui libre, me desligué de las oscuras ataduras que imponía tratando de manejar mi vida a su antojo y en cuanto tuve ocasión me alejé de allí, para que no tuviese acceso a mi vida.

Voy a pulsar el timbre cuando Jaime me detiene y saca su propia llave. Abre la puerta blindada y entramos en el amplio espacio que lleva a las habitaciones. El enorme salón está vacío, en la cocina la joven que sirve a Marta nos mira asombrada, pero solo es necesario un gesto de Jaime para que se detenga donde está, quiere pillar a su madre de improviso.

—Creo que hay una sorpresa al final del pasillo —digo en un murmullo.

Mi habitación fue totalmente reformada en salón de lectura cuando me marché, no esperó ni siquiera unos meses para ver si regresaba, en cuanto salí por la puerta tiró todo lo que me pertenecía, incluyendo aquellos recuerdos de los que nunca me hubiese desprendido, y en un mes lo tenía montado. Mi habitación pasó a ser el espacio preferido de Marta.

Caminamos sin hacer ruido hasta llegar a la puerta entre abierta de aquel lugar decorado en madera y azul.

—Espero que sea así, estoy harta de esa advenediza. —Jaime va a abrir la puerta, pero se lo impido deseando escuchar qué están hablando.

—Estoy segura, esa relación está herida de muerte después de mi intervención.

Suelto a Jaime, si le quedaba alguna duda acaban de confirmarle la conspiración. La madera golpea la pared ante su empujón y las dos mujeres que están tan tranquilas tomando café nos miran asombradas por nuestra llegada. Marta ni siquiera es capaz de disimular su sorpresa ante nuestra intervención.

Mi hermano no sabe ni qué decir y yo me mantengo a un lado, es su momento de tomar las riendas de su vida y debe hacerlo él. Acaba de pillar a nuestra madre con las manos en la masa, junto a ¿Elisa? Seguro que es ella, la misma de la que nos habló Carolina.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Marta cuando logra reponerse lo suficiente como para hablar con su característica prepotencia.

—¿No te lo imaginas?

—¿Debería hacerlo?

—Quería creer que era mentira —confiesa Jaime dando un paso dentro de la habitación, mirando alternativamente a su madre y a su amiga—, que no eras capaz de jugar conmigo y con mi matrimonio, y llego aquí y me encuentro contigo muy bien acompañada. ¿Elisa, de verdad quieres casarte con un repartidor de Seur? Creí que era muy poco para ti.

—Tu madre me comentó que estabas a punto de cambiar de trabajo —contesta la rubia oxigenada, como la llamó Ka.

—Así es si él quisiera, tengo el puesto perfecto esperándole, pero está tan enganchado por esa...

—No se te ocurra insultar a Helena —exclama más alto de lo necesario—. Elisa, no voy a cambiar de trabajo, mucho menos a uno que mi madre haya escogido y que pueda manipular por ser amiga del dueño de la empresa. Está decidido, mucho más después de esto, así que te pido que dejes de conspirar con mi madre.

—¿Estás seguro? —pregunta levantándose del sillón azul con aire de superioridad—. Piénsalo por un segundo, eres muy inteligente, sacaste unas notas impresionantes en tu carrera, tienes un master y...

—Estoy totalmente seguro de que no quiero una vida programada por nadie. No voy a dejar a mi mujer y te pido que no vuelvas a interponerte en mi matrimonio, soy quien soy, trabajo en lo que trabajo y no pienso cambiar a menos que yo sea quien tome la decisión.

—Qué pena, es una pérdida tan grande para la sociedad —recoge su bolso

rojo y camina hasta la puerta—. Ya no despiertas mi interés, repartidor —dice pronunciando la última palabra como si fuera un insulto, Jaime se tensa, pero no contesta a la provocación y Elisa desaparece del salón, y espero que de nuestra vida.

Marta se pone de pie, mirando seriamente a su hijo, el bueno, el preferido... Podría decir tantos adjetivos oídos durante años mientras viví en esta casa, hubo un tiempo que llegué a odiar a Jaime, antes de saber que ella no era mi verdadera madre, después de eso todo tuvo sentido e incluso llegué a disculpar su desinterés hacia mí, hasta que recordaba los golpes, los insultos y menosprecios, entonces la aborrecía a ella, a la que se suponía era mi «madre». A la que hoy observa a su Jaime con desprecio.

Es una sinvergüenza y me alegro de que su sangre no corra por mis venas, me marcó a fuego, rompiendo mi infancia y destrozando el niño ingenuo y confiado que era, pero lo he superado y puedo echarla de mi vida en cuanto Jaime la de «el alto».

—¿Qué tienes que decir? —ataca Marta en ese tono que tan bien conozco.

—¿Cómo has podido hacer esto?

—Te dije que no me gustaba, que no era digna de ti, una simple florista de una de las familias caídas de la alta sociedad santanderina, una intrusa que puso los ojos demasiado alto y tú, pobre iluso desesperado, te dejaste embaucar entre su falda de colores, si necesitabas un desahogo, podías haberlo buscado sin necesidad de llevarla al altar.

Me hierve la sangre de oírla, y Jaime parece atónito. Debo hacer un gran esfuerzo por no responderla, pero tiene que ser él quien lo haga. Aprieto los puños y miro a un punto fijo más allá de la desagradable escena que tiene lugar frente a mí, tratando de abstraerme de todo.

—Pero lo hiciste —continúa Marta ante la falta de respuesta de mi hermano—. A pesar de mis palabras, de conocer a Elisa, de mis intentos por sabotear la boda con mil y una demandas absurdas de mi parte, seguiste adelante y tuve que aguantar que te casaras con esa buena para nada, salvo para embarazarse, solo es una...

—¡¡¡Basta ya!!! —Su madre se queda atónita ante el grito de Jaime—. Te he disculpado mil veces frente a Helena, te he puesto antes que a ella en los últimos conflictos confiando en ti, creyendo que necesitabas tiempo para acostumbrarte y conocer a mi mujer. Pero me equivocaba, lo único que has hecho es herirla y lastimarme a mí en el proceso. He estado a un paso de

perderla por tus tontos prejuicios, quizás su familia ya no tenga el prestigio que tenía hace años, pero la nuestra tampoco, ya no queda nada de aquello, lo perdiste todo, somos iguales, aunque no te guste oírlo.

—Yo no...

—Cállate —le ordena interrumpiéndola con fiereza, traspasando los pocos metros que los separan—. No eres nada, madre, el dinero lo tenía mi padre, tú trataste de imitarle y solo conseguiste arruinarte perdiendo incluso lo que me pertenecía por herencia, sino fuera por las cuatro acciones que no has vendido y el pedazo de tierra que tienes arrendado, no podrías pagar el mantenimiento de esta casa. No eres tan diferente de la familia de Helena y eso sin hablar de tu origen. ¿O debo recordarte dónde conociste a papá? Quizás tú hayas perdido la memoria, pero yo he oído esa anécdota durante años de boca de la abuela.

—Todo mentira, ella me odiaba, no le gustaba para tu padre, pero yo...

—Tú has hecho lo mismo con Helena, incluso peor porque hasta donde sé la abuela jamás trató de buscarle una amante a papá, sin embargo, tú me la metiste en casa, inventando una historia irreal.

—Déjala —le pide sin un atisbo de arrepentimiento tras las abundantes capas de maquillaje.

—¿Me estás pidiendo que abandone a mi mujer, a la futura madre de mi hijo?

—Dudo que sea tuyo, mira a la casquivana de su hermana...

—No te permito que hables de Carolina —intervengo con fiereza, me mira como si no hubiese reparado en mi presencia desde que empezó la discusión con Jaime.

—Lo dice hasta su madre —señala y la furia me corroe por dentro, aun así logro controlarme, no le daré la satisfacción de verme en mi peor momento, estoy por encima de eso.

—Otra metiche igual que tú. Para no gustarte la familia política de Jaime has intimado lo suficiente con su suegra.

—Debía saber en qué territorio me movía y para mi sorpresa mereció la pena, pude entender a sus hijas y...

—No te ha servido de nada, Carolina y yo seguimos juntos, Jaime y Helena también lo han arreglado, te equivocaste de estrategia, Marta.

—Y no habrá más oportunidades —señala mi hermano con solemnidad,

volviendo a conseguir la atención de su madre—. Desde hoy no quiero saber nada más de ti, olvida que soy tu hijo. Vámonos, Ricardo, no soporto estar en el mismo espacio vital que esta bruja, disfruta de tu soledad.

—No serás capaz de... —empieza a decir descolocada por la actitud de Jaime.

—Por supuesto, de nada sirve que nunca me pegases o que me sobreprotegieses, cuando has debido amarme y respetarme por encima de tus propios deseos, no has sido capaz de serlo. Eres una mala madre, un ser tóxico que no quiero en mi vida.

—Te arrepentirás de esto.

—De lo que me arrepiento es de no haberme dado cuenta de la madre que tenía, capaz de romper a su propio hijo solo para conseguir su objetivo.

Salimos de allí y no puedo evitar que mi mente repita una y otra vez la imagen de Marta desolada cuando Jaime le ha dado la espalda, soy consciente de que se lo merece, ha hecho suficientes méritos como para no sentir lástima por ella y sé que no seré yo quien interceda por ella frente a mi hermano. Pero a pesar de todo, siento que las cosas tengan que acabar de una manera tan abrupta. Aunque en el fondo es lo mejor, es la única manera de preservar el matrimonio de Jaime.

El alba se cuele por la ventana de nuestra habitación, huele a aire limpio, a libertad, a paz y tranquilidad. Me estiro en la cama bajo las gruesas mantas y sonrío como una chiquilla. Llevamos viviendo en la casa de mis abuelos desde hace ocho meses. Tras nuestra última bronca en la que Julia estuvo a punto de destruirnos, no hemos vuelto a separarnos, y hoy justo hace un año de aquel instante.

Un año fabuloso, lleno de buenos momentos y de mucho amor, a veces empalagoso incluso para mí, pero he disfrutado cada día y sigo haciéndolo. Jamás pensé que conocer a Ricardo en la boda de Helena podía marcar una diferencia, que llegaríamos a querernos tanto y a montar una vida en común que ambos adoramos, complementándonos.

Me quedaría ahí, en la cama, esperándole para empezar la mañana como corresponde, pero tengo que entregar un par de informes del trabajo y aunque aún tengo tiempo prefiero ir acabándolos. Conseguí que reconocieran el trabajo desde casa como un derecho en la empresa, ahora puedo vivir en el pueblo y seguir trabajando ganando mi propio dinero, nunca me he sentido tan completa como ahora.

Me levanto, recojo la gruesa bata que me regaló Helena entre lágrimas y me la pongo, atándola con firmeza. Mi hermana es la que peor lleva la distancia, a pesar de que cada semana nos vemos varias veces, para ella no es suficiente, estaba acostumbrada a tenerme a su lado y yo también, a poder vernos en cualquier instante, a veces sin más motivo que estar juntas y ahora parece que hay que buscar el momento exacto para ello. La echo de menos, pero Cleo siempre está dispuesta para un buen café o una cena casera y eso equilibra la situación. Helena se ha unido más a Valle desde que ambas son madres.

Voy a la cocina tras pasar por el baño recién reformado. La media bañera que había antaño demostró ser poco útil cuando Black quería entrar conmigo a bañarse, así que decidimos cambiarla y aprovechar el espacio. Ha quedado genial, quizás demasiado moderno para una casa de pueblo, pero el resto de las estancias, tras un buen lavado de cara, conservan incluso los mismos muebles que pertenecían a mi familia. Algunos los hemos mandado restaurar,

otros solo necesitaban un buen barnizado.

Y en cuanto a la cocina, me negué a quitar la bilbaína, que tiene el poder de calentar toda la casa haciendo que ahorremos bastante en calefacción. Es un verdadero lujo.

Sobre la mesa de la cocina mi desayuno, me siento y enciendo el ordenador mientras mordisqueo una magdalena de las que preparé ayer. Toco mi taza y la leche se ha quedado helada, así que me levanto para calentarla y en cuanto me giro oigo el sonido de un mensaje, meto la taza en el microondas y abro el programa pensando que es algo de trabajo, pero no... Tengo que sentarme para no caerme de la impresión.

No puedo creer lo que estoy leyendo y justo cuando empiezo a asimilarlo la puerta trasera se abre a mi espalda.

—Ya le di de comer a las gallinas —dice Black entrando en mi despacho-cocina por la puerta que da al patio.

—Bien —contesto sin el entusiasmo con el que suelo darle la bienvenida cada mañana, aun mirando la pantalla del ordenador donde el maldito mail me ha traído de vuelta el pasado, ese que deseo tanto desterrar y en el que no había pensado en muchos meses, hasta ahora que vuelve con fuerza para acosarme y hacer tambalear el equilibrio conseguido.

—¿Qué pasa? —pregunta Ricardo, veo como se acerca por el rabillo del ojo y por un segundo siento el impulso de cerrar el mensaje, pero me detengo, decida lo que decida él debe saberlo—Pensaba que Helena y Jaime estaban bien, pero si Marta...

—No, no es eso, ojalá fuera ella —murmuro justo cuando él se sitúa junto a mí para leer lo que me tiene en estado de shock.

—¡¡Maldita sea!! —exclama tras un par de minutos en los que se ha puesto al día—. ¿Por qué ahora? Ha pasado más de un año desde que vimos esa escena, ella ni siquiera le denunció y...

—Y tiene mucho miedo de que se lleve a su hija. No la quería, Black, iba a hacerla abortar y ahora le reclama la custodia completa. En su lugar yo también lucharía con uñas y dientes para no permitir que tuviera derechos sobre mi hija.

—Lo entiendo, pero en tu estado.

—Estoy embarazada, Ricardo, no enferma.

—Carola, sabes a lo que me refiero —dice en un tono protector que a veces

llega a irritarme.

Me levanto de la cómoda silla para estirar las piernas, tratando de buscar las palabras precisas para convencerlo.

—Somos los únicos testigos —añado esperando que logre empatizar con la situación de Sara.

—No, hay grabaciones, está el informe médico y...

—Las grabaciones se borraron al no reclamarlas Sara.

—No me gusta nada esto, Alfonso ha salido de tu vida y no es bueno que vuelva a ella. Ya perdió el interés en ti, es mejor así.

—Sí, entretenido está un rato tratando de estropear la vida de esa muchacha —señalo sin poder evitar estremecerme—. ¿Crees que se lo merece?

—Creo que debería haber denunciado en su momento, que tuvo la oportunidad y la desaprovechó.

—Se dejaría llevar por el miedo, y no puedo culparla. No me imagino enfrentarme a él, embarazada y...

—Y es lo que pretendes hacer —afirma más alto de lo necesario, sin duda está aterrado con la situación, aunque no más que yo—, con un juicio por medio, no estás pensando con claridad, Carolina, y ¿si vuelve a tomarla contigo? Si intenta agredirte, no podría frenarme.

—Confío en ti.

—Pero yo no —dice enfadado conmigo, le entiendo, pero solo de pensar que esa niña pueda estar a merced de Alfonso, de sus maltratos, de sus palabras hirientes... se me revuelve el estómago.

—No sé qué hacer —confieso sintiendo como mi mente libra su propia batalla entre la coherencia y los sentimientos.

—No es cierto, lo has decidido en cuanto has leído esas palabras y nada de lo que yo diga va a hacerte cambiar de opinión.

Me quedo muda, sin saber qué responderle, en el fondo tiene razón, mi parte más maternal solo puede pensar en Sara y en su bebé, sufriendo a manos de Alfonso, ese que vi en el restaurante: desequilibrado, enfebrecido y odiando a quien debería amar.

Black me observa, esperando una reacción por mi parte, pero no puedo, por más que lo intento frente a cualquier coherencia se impone mi deseo de ayudarla. Niega con la cabeza mostrando su frustración, apoya el vaso en la

encimera y sale de la cocina, herido por mi culpa. Sería fácil cerrar el mensaje y hacer como si no lo hubiese leído ni recibido, pero no sería yo, no podría seguir viviendo con la culpa anidada en mi pecho.

—Intenta entenderlo —le ruego siguiéndole hasta nuestra habitación. Se para frente a mí, con el gesto serio.

—Me pides demasiado —señala tras un silencio eterno.

—Ricardo, esa niña...

—No es tu hija, Alfonso está loco, te amenazó incluso delante de mí y de tu familia. ¿De verdad quieres volver a llamar su atención?

—No puedo permitir que ese bebé sufra, no es justo, no se lo merece...

—No le van a quitar la Patria Potestad solo por eso, seguramente lo único que hagan en restringir las visitas, pero nada de lo que puedas contar de ese día va a cambiar el hecho de que él es su padre y tiene sus derechos sobre esa niña. Así es la mierda de justicia que hay en este país —afirma y sé que es verdad, pero... si le dan la custodia completa destrozará la vida de Sara y de su hija—. Te vas a exponer para nada.

—Me lo estás poniendo muy difícil.

—Y aun así no has cambiado de opinión —señala abatido, no puedo, aunque entiendo su postura, no soy capaz de dejar a Sara y a su niña desamparada.

—Black, yo...

—Me voy ya —señala entrando en la habitación.

—Pensé que íbamos a ir juntos a Bilbao esta tarde, así podía mirar algunas cosas mientras tú haces el papeleo en el local —digo siguiéndole y viendo cómo se cambia de ropa con rapidez.

—Prefiero ir solo, así los dos tenemos tiempo de pensar, quizás en estas horas logremos llegar a un punto intermedio o simplemente mi cabreo se evapore.

Le he decepcionado, pero por muchas horas que me dé y muchos argumentos que esgrima mi posición está clara, no puedo mirar para otro lado mientras una niña sufre por mi egoísmo.

Termina de ponerse las botas y saca la chaqueta de cuero del armario empotrado. Se acerca a mí y me da un beso en los labios, bajo su enfado puedo ver el miedo que tiene a que pueda pasarme algo. Estoy a un paso de ceder, pero entonces mi pequeña me da una patada y vuelvo a pensar en la hija

de Sara, en lo mal que puede pasarlo y me freno, afianzándome en mi postura.

—Luego nos vemos.

—Ten cuidado —contesto con el corazón en un puño.

—Por supuesto. Reflexiona de nuevo, Ka, piensa en nuestra pequeña —me ruega mientras acaricia mi barriga—. Te lo pido por favor, en el fondo sabes que tengo razón, que esto solo nos va a traer problemas.

Asiento con un nudo en la garganta que me impide despedirme de él, le acompaño a la puerta y le veo marchar en su moto, esa que lleva parada desde hace seis meses que me quedé embarazada. Al día siguiente de confirmar el embarazo apareció por casa con un coche, de segunda mano, pero perfecto para nuestra nueva situación.

Que lejos parecen aquellos días. Un año, mi vida solo ha estado en orden durante unos míseros meses, después todo vuelve, el pasado se ha manifestado frente a mí justo cuando mejor estaba y menos me lo esperaba, pero no puedo eludir lo que está sufriendo Sara.

Me paso el resto de la mañana tratando de poner en orden mis ideas, necesito decidir qué voy a hacer y aunque estoy convencida de ayudar a Sara tampoco puedo dejar de pensar en cómo va a afectar eso a mi vida, es demasiado arriesgado enfrentarme a Alfonso, dejar que irrumpa de nuevo en mi vida, permitir que descubra mi embarazo... estoy a punto de hiperventilar solo de considerar en todo lo que puede cambiar a partir de ese instante.

Al final decido reunirme con las únicas personas que van a entenderme, necesito apoyo para no derrumbarme. Cojo el teléfono, mando un par de mensajes y enseguida obtengo la respuesta que requiero. Le dejo una nota a Black sobre dónde voy a estar por si regresa a casa antes de que lo haga yo y tras vestirme, cojo mi abrigo y voy dando un paseo hasta la casa de Cleo, necesito escuchar qué tienen que decirme sobre lo que estoy a punto de hacer.

Llego justo cuando Valle está aparcando frente a la puerta de entrada y la miro asombrada, no hace ni quince minutos que contacté con ella.

—Ricardo me llamó —responde Helena tras bajarse del coche—. Está preocupado por ti, lo que no me dijo es por qué.

Tan solo asiento ante sus palabras y dejo que se organicen para sacar a mis sobrinas de sus sillas.

—¿Vas a contarnos qué pasa o debemos sacártelo a la fuerza? —pregunta

Valle cuando las niñas están entretenidas sobre la alfombra del salón y parece que nos van a dejar hablar un poco.

—Yo...

—Al grano —pide Helena sentada en el viejo butacón de cuero negro que tantas veces compartimos de niñas y sin pensarlo demasiado suelto la bomba en aquella improvisada reunión en la que espero que las tres me entiendan.

—¿Vosotras qué haríais? —pregunto cuando las cartas están sobre la mesa, Valle y mi hermana están atónitas, Cleo ya lo sabía, se lo he contado mientras preparábamos el café, aun así parece consternada.

—Qué difícil.

—Pensad con el corazón —digo tratando de ponerlas de mi parte, necesito un poco de apoyo o sino no podré hacerlo.

—Niña, no es fácil, pero... para mí lo primero eres tú —señala mi tía y sé lo que va a decir a continuación—, lo siento por esa chica, pero no quiero que vuelvas a sufrir por culpa de ese energúmeno, así que yo voto por que te quedes aquí, en tu casa y olvides lo que sabes de ese tema. Sé que suena egoísta, pero es lo mejor para ti.

Miro a Valle y esta asiente.

—Estoy de acuerdo con Cleo, no te expongas. Quizás hoy estén mal y mañana bien, vuelvan a estar juntos y tú seas la única perjudicada por todo esto. Alfonso ya se ha olvidado de ti y es lo mejor para todos.

—¿Helena? —pregunto con un hilo de voz.

—Yo... —mira a su bebé tratando de gatear y sonrío con cariño—. Esa niña tiene los mismos meses que Iziar, si yo tuviese que dejarla ahora con Jaime porque nos separáramos, no podría soportarlo, aunque entiendo que él tendría sus derechos y, sobre todo, que sería un buen referente para ella, igual que lo es en estos momentos. Pero si él fuera como tu ex, dudo mucho que pudiera aceptar dejársela, buscaría cualquier opción para no tener que hacerlo y me gustaría que me ayudasen de ser posible.

»No comparto que te expongas, pero creo que esa criatura te necesita, que Sara no tiene por qué pasar por aquello, que Alfonso es un canalla, primero trata de hacerla abortar y después...

—Reclama sus derechos —completo cuando mi hermana se detiene—. No se merece ni siquiera mirar a esa criatura y está pidiendo la custodia completa, ¿en qué narices está pensando?

—No es tu problema —señala Valle con crudeza—. Seguramente esa chiquilla en vez de poner tierra de por medio ha intentado volver con él, seguramente haya reconocido a esa niña y ahora... no puede negarle sus derechos.

—Quizás fue un poco ingenua...

—Debería haber denunciado cuando pudo hacerlo —coincide Helena—, aunque justo se acababa de enterar de su embarazo y seguramente no lo pensó.

—Son solo conjeturas, no sabemos qué ha podido pasar —digo aunque entiendo su postura me molesta que no piensen más en ese bebé y se centren en los errores de Sara.

—Y aun así pretendes exponerte sin saber a qué te enfrentas ni qué puede pasar. Estás embarazada, Carolina —continúa Valle—. ¿De verdad quieres jugártelo todo por alguien que ni siquiera conoces?

—No lo sé —murmuro sin saber qué hacer o decidir.

—Deberías ser egoísta por una vez en la vida —dice Valle, y me limito a mirar a Helena.

Sé que me entiende, que comprende por qué no acabo de decidirme y por qué ignoro todas las opiniones contrarias a lo que mi corazón me dicta. Pero, por otro lado, dar el paso es volver a un pasado que ya no recordaba, que había dejado atrás y con el que me siento terriblemente incómoda.

Respiro hondo, me recuesto en el sillón y cierro los ojos, confusa, tratando de descubrir cuál es el camino, consciente de que decida lo que decida me marcará: si lo ignoro jamás podré eliminar el sentimiento de culpa que me generará no haberla ayudado, si atiendo la llamada de auxilio me expongo y Alfonso volverá a mi vida, quién sabe si para destruirla definitivamente.

Solo tengo clara una cosa, me niego a seguir siendo la víctima de esta historia. No lo soy, no pienso volver a ese papel, es un sentimiento horrible que no quiero recuperar, me niego. Haga lo que haga asumiré las consecuencias de mi decisión.

Siento la mirada confusa de mi familia sobre mí, las oigo murmurar mientras en mi mente la imagen de Sara demacrada, sola, con un bebé en brazos, sufriendo me atormenta... y al fin lo tengo claro, tomo una decisión deseando que sea la correcta.

Respiro hondo, el frío de la mañana se me cuele en los huesos y me hace tiritar, aunque no sé si es solo por el frío o es el miedo que atenaza mis músculos y hace que mi cuerpo reaccione a la tensión que siento de esa manera.

Es el momento y por suerte Black está a mi lado, sé que no quería que viniera, que está en contra, que se siente presionado y capaz de cometer cualquier acto desesperado por mantenerme a salvo. Sin embargo, me sujeta con firmeza la mano tratando de trasmitirme tranquilidad.

Lo que no esperaba era ver aparecer a Tomás y a Jaime, ambos con un gesto tan serio que nadie se atrevería siquiera a preguntarles la hora. Me siento extrañamente protegida, con esos tres hombres que forman parte de mi vida.

Mi primo me sonrío ligeramente, aunque sé que está tan en contra como Black de mi decisión. Miro el reloj, las nueve de la mañana, de un momento a otro aparecerá Sara, solo he hablado con ella un par de veces por teléfono desde que recibí su email hace un mes, está aterrada por lo que pueda decidir el juez. Alfonso incluso trató de que diera a su hija en adopción tras el nacimiento y al negarse ella comenzó la batalla entre ellos.

¿Por qué tanto interés de su parte? Él no quiere a esa niña ni a su madre y, sin embargo, estamos ahí, en las puertas de los juzgados esperando escuchar qué tiene que alegar para quitarle la custodia a Sara.

Me ahueco el abrigo, aunque sé que es en balde, mi embarazo es más que evidente y en cuanto me vea se va a dar cuenta de ello. Quisiera dar marcha atrás, volver al momento que decidí declarar y...

—Estamos a tiempo de irnos —dice Ricardo tomando mi mano en la suya.

—No —murmuro sin mucha convicción—. No puedo dejarla en la estacada, ¿cómo te sentirías si alguien te traicionara de esa forma? No, no voy a hacerlo, pero aun así...

—Estás aterrada.

Asiento ante su apreciación, no podía haber elegido mejores palabras para describir cómo me encuentro. Justo cuando estoy flaqueando aparece Sara, con gesto serio y unas ojeras enormes, al lado de su abogada. No duda en

acercarse hasta nosotros y yo me adelanto para recibirla, pero no sé ni cómo saludarla.

—Gracias —dice con lágrimas en los ojos, temblando y mirando alrededor sin ocultar su miedo—. ¿Ha llegado ya?

—No le hemos visto —contesto sintiendo la tensión de todos los que estamos allí.

—Bien —murmura y no sé qué decir para aliviar un poco el dolor que siente—. Yo...

—Relájate, va a salir bien —señala su abogada con seriedad.

—Eso aún no lo sabemos —comenta Sara sin ocultar su ansiedad—. Jamás debí dejar que reconociese a mi hija como suya. Me lo dijo mi madre, pero no quise hacerla caso, le creí, dos días después me había abandonado y ahora... —señala hiperventilando, está al borde del colapso.

—Céntrate —le pide con severidad su abogada, cada vez me cae peor, parece que tiene cierta incapacidad para mostrarse empática—. Vayamos entrando.

Asiento y me aferro un poco más fuerte a la mano de Black. Ha llegado el momento y no hay forma de frenarlo. Pasamos por las grandes puertas acristaladas hacia un *hall* enorme en donde el gris es el color predominante. Solo puedo fijarme en las puertas de madera oscura que hay frente a nosotros y en los pasos amortiguados de Tomás y Jaime a nuestra espalda. Sería fácil salir corriendo justo ahora, nadie me frenaría, pero no pienso hacerlo, inspiro hondo y alzo la cabeza, reuniendo todo el valor que me queda, justo cuando vamos a entrar en la sala.

Lo siento, a pesar de que no miro hacia la izquierda percibo las miradas furiosas de Alfonso y su madre. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no encogerme sobre mí misma, no puedo mostrar debilidad, no cuando Sara se ha arrancado a llorar justo en el instante en que lo ha visto, pero soy incapaz de ofrecerle consuelo estoy lidiando con mis propios demonios.

Hasta que no nos sentamos y la vista comienza no soy capaz de relajarme un poco. Ahora solo queda esperar el momento en que nos toque declarar y después desaparecer. Parece fácil y espero que lo sea.

\*

El juicio se me está haciendo pesado y larguísimo, llevamos ya tres días oyendo testimonios en contra de la idoneidad de Sara como madre, hemos sido

testigos de mil falacias, de historias claramente inventadas aun no conociendo a la joven, pero el juez da credibilidad a la información y mientras tanto nosotros vemos pasar el tiempo sin salir a declarar.

No entiendo por qué su abogada no acaba de llamarnos al estrado, empiezo a estar harta de esperar, de soportar la agresiva mirada de Alfonso sobre mí, su sonrisa cínica cada vez que alguien testifica a su favor, su manera de intimidar a Sara cada vez que el juicio queda aplazado para el día siguiente... Es desesperante, necesito terminar con esto antes de que acabe volviéndome loca de remate.

Suspiro y miro el reloj, las once de la mañana, las horas se me hacen eternas en este entorno aséptico y formal. El letrado de Alfonso pide un receso y la jueza no duda en dárselo aunque no llevamos ni una hora en la sala. Salimos de allí y Tomás va al baño, mientras Ricardo y yo nos sentamos en uno de los bancos de madera que hay cerca de la puerta.

Quince minutos le han dado, Sara se pasea frente a nosotros mientras su abogada mira el móvil sin importarle el estado de su cliente. Me suelto de la mano de Black, me levanto y voy hacia ella. Me mira tras las gafas de pasta negra, con gesto serio y frunciendo el ceño por la interrupción.

—No voy a seguir perdiendo más tiempo —señalo con fiereza y ella ni se inmuta, casi parece aburrida—, tiene que sacarnos hoy a declarar, no puedo estar aquí aguardando a...

—En ese caso marchaos, no pasa nada —dice encogiendo los hombros.

—¿Cómo? —pregunto extrañada ante su falta de interés.

—Que os vayáis, el caso está perdido, sus testigos son mucho mejores que todo lo que podáis decir vosotros.

Su respuesta no me cuadra con la persona comprometida que conocí el primer día o eso quise ver, pero ya no estoy segura de nada.

—¿Cuánto le han pagado para dejar de representar a Sara? —pregunta Black poniéndose a mi lado.

La abogada enrojece confirmando sus sospechas.

—Esto es denigrante —murmuro entre dientes para no llamar la atención de Sara, lo que menos necesita es saber que la persona en la que más confía está comprada por Alfonso.

—O hace bien su trabajo o me encargaré de que el colegio de abogados se entere de su mala praxis —señala Ricardo en un tono que no admite discusión

alguna.

Se marcha murmurando algo que no acabamos de entender ninguno de los dos y Black me abraza, mientras le cuenta a Tomás, que acaba de llegar del baño, lo que hemos descubierto. No puedo creer que Alfonso pueda llegar a tanto, pero no debería sorprenderme si fue capaz de arrastrarme a un aborto que yo no quería o tratar de dar en adopción a su propia hija, ¿por qué no iba a comprar a la abogada de Sara?.

Cierro los ojos y me pierdo en el conocido olor de mi hombre, el que a pesar de todo se ha quedado a mi lado. Escuchó su voz mientras mi pequeña se mueve demasiado manifestando mi inquietud. Por un segundo, me relajó lo suficiente como para volver a respirar con normalidad, aunque con la sensación de que la calma va a durar muy poco tiempo.

Me revuelvo en la silla de la sala de espera, sin previo aviso por parte de la abogada de Sara ha empezado a llamar a los testigos del día de la agresión. Parece dispuesta a cumplir con su cometido, imagino que más por salvar su reputación que por ayudar a su cliente, pero me cuesta creer en su cambio, menos después de saber que se dejó comprar tan fácilmente por Alfonso. No tiene ética.

Diez minutos después y tras la declaración con todo lujo de detalles por parte de Ricardo, llega mi momento, me colocó en donde me indican y comienzo a relatar lo que viví aquel día, mi conversación con Sara en el hospital y mi propia experiencia. No puedo evitar llorar cuando recuerdo el aborto que él orquestó, la manera en que descubrí la verdad, incluso me tomé la molestia de contactar con la enfermera que me lo confirmó y tengo su declaración en mis manos. Que la abogada de Sara se apresura a presentar como prueba, aun así cuando me mira mientras me interroga noto la tirantez y el desagrado que hay entre ambas.

Por primera vez la jueza no parece satisfecha con el testimonio que está recibiendo, parece darle credibilidad al mío, más cuando presento todo lo que tengo sobre ello.

—¿Usted deseaba abortar, señorita Salceda? —pregunta el abogado de Alfonso completamente lívido desde que empecé a hablar, sin duda no conocía aquel episodio, casi estoy segura de que mi exmarido ni siquiera se imaginó que yo sabía la verdad. Me obligo a no mirarlo.

—No, nunca haría eso, llevo más de tres años en tratamiento para superarlo,

junto con los malos tratos que él me infligió —digo con una seguridad aplastante, sin timidez ni vergüenza, es mi realidad.

—¿Aún está enamorada de mi cliente?

—Por supuesto que no —contesto acariciándome el vientre de forma instintiva, hasta que la mirada del abogado detiene mi mano—. Alfonso está superado.

Noto como él me atraviesa con su furiosa mirada, mi testimonio es esclarecedor, da una visión realista y cruel de cómo es esa ¿persona? No, podría llamarle de mil maneras, pero no es una persona, es un monstruo capaz de herir a quien debería amar. Además, la abogada de Sara aporta los datos que la di el primer día sobre la importancia de la lactancia materna en un bebé tan pequeño como el suyo.

—No hay más preguntas, señorita —señala el abogado, abatido, ha perdido la bravuconería y creo saber por qué, sospecha de los testigos que Alfonso le ha hecho presentar, desconfía de su representado y sabe que va a perder.

—Señorita Salceda, bajo su criterio y después de haber vivido tantos años juntos, ¿cree que el señor Gómez. sería un buen referente paterno para su hija?

—¿Me lo pregunta en serio? —cuestionó sorprendida.

—Por supuesto —dice con severidad.

—No, él no quiere a esa criatura, tan solo le está haciendo la vida imposible a Sara como una vez me lo hizo a mí.

—Protesto, señorita —exclama el abogado de Alfonso.

—No ha lugar. Gracias por su tiempo, puede retirarse.

Casi vuelo para salir del punto de mira de toda la sala, en especial la de Alfonso y su madre, siento los dardos envenenados sobre mi piel mientras camino por el pasillo hacia donde Black y Tomás me esperan. Todo ha terminado por fin, ya no podemos hacer nada más por Sara y solo espero que el sacrificio haya merecido la pena y no pierda la custodia de su hija.

La vista queda para sentencia y salimos de allí, acompañando a Sara hasta la puerta de salida. Para mi sorpresa se enciende un cigarrillo, le da una calada y después lo tira al suelo.

—Llevaba sin fumar desde que me enteré del embarazo, pero con todo esto del juicio no puedo evitarlo, no doy más que una calada porque con la lactancia... Bueno, ya lo sabes —comienza a explicar atropelladamente.

—Te entiendo —afirmo dando gracias por no estar en su situación—,

estaría igual que tú, te lo aseguro.

Vemos salir como una exhalación a Alfonso directo a su coche que está aparcado en la acera de enfrente. A pesar de su precipitación hace una pausa para observarnos y el odio que exhibe está a punto de ahogarme. Quiero irme de allí cuanto antes y espero no volver a verlo nunca más.

—Gracias —dice Sara sonriendo por primera vez desde que empezó el juicio—. Si no llega a ser por vosotros, hubiese perdido a mi niña.

—Aún no está nada decidido —señala Black tratando de sonar comprensivo, pero con poco éxito—. Deberías considerar la propuesta que te hice ayer, tomar distancia con Alfonso te vendría bien, y el sueldo está fenomenal.

Miro a Ricardo sin comprender sus palabras.

—Ayer contacté con un viejo amigo de Alicante, le he conseguido un puesto de trabajo allí, un apartamento, en definitiva alejarse de Alfonso, seguramente la jueza no ponga impedimento después de todo lo que se ha descubierto hoy.

—Sara, considéralo como una buena oportunidad de avanzar —añado viendo ante mí una salida que seguramente le beneficiaría—, él no va a dejar de molestarte a menos que pongas kilómetros entre vosotros y la oportunidad es buena, nueva ciudad, trabajo, casa...

—Tengo que pensarlo —contesta mordiéndose insistentemente el labio—. Se lo comenté a mi madre y se ofreció a acompañarme, pero no sé qué hacer, no estoy segura, lo meditaré con calma cuando todo esto acabe.

Está aterrada e imagino por qué no acaba de dar el paso, trata de no complicarse la vida de nuevo con Alfonso, a saber qué podría hacer si ella pide su consentimiento para marcharse a otra ciudad. La miro, es joven, demasiado, y se dejó llevar por sus emociones cuando nació la niña. No sé qué habría hecho yo de estar en su lugar, quiero pensar que hubiese reaccionado ante de que él pudiese hacerme tanto daño como el que le ha hecho a ella, pero solo sé que me pasé muchos años soportando aquello y solo reaccioné cuando mató a nuestro hijo.

Me aferro a la mano de Black, mi tabla de salvación y recibo un beso en la coronilla.

—Estás temblando —murmura en mi oído ahora que Sara se ha apartado para llamar por teléfono.

—Quiero irme ya, hemos hecho lo que podíamos y... —no puedo continuar

porque un chillido me detiene. Miro a mi alrededor y veo el porqué...

Respiro hondo tratando de controlar el miedo, pero es inevitable. Noto cómo Ricardo se tensa a mi lado y a Tomás tratando de adelantarse, pero en cuanto da un paso llega la orden seca y fría de Alfonso, el mundo se detiene a nuestro alrededor.

—¡¡Apártate de ella!! —chilla con voz estridente apuntando a Black con una pistola, si mal no recuerdo era de su abuelo, solo espero que esté oxidada, que no haya podido cargarla, cualquier cosa que le impida hacernos daño.

—Ni lo sueñes —contesta Black y yo trato de soltarme de su mano, no por gusto, sino para evitar una catástrofe.

A lo lejos se oyen las sirenas de un par de vehículos de policía, también aparecen los que hay normalmente en el juzgado, pero Alfonso no parece percatarse en ello, solo tiene ojos para nosotros. Da dos pasos y Ricardo me obliga a retroceder.

—Suéltala, sea como sea me la voy a llevar —asegura con la ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Jamás permitiré eso.

—Ya no eres tan gallito como el día del restaurante, ¿tienes miedo a un poco de plomo en tu cuerpo? No me obligues a ello, Carol no merece que pierdas tu vida por ella, ni siquiera te quiere, ha estado fingiendo todo este tiempo mientras seguía frecuentándome. Ese hijo que lleva es mío, por eso no soporta que haya tenido un bebé con Sara, por eso se ha inventado todo lo que ha dicho en el estrado, me quiere solo para ella, sin cargas.

—Ha enloquecido —murmuro y no puedo evitar temblar cuando se acerca aún más, ajeno al dispositivo que se está colocando a su alrededor para detenerle.

—Cuéntaselo, Carol, dile cuántas noches te has escapado para venir a verme, para que te follara como al principio, ¡¡¡Díselo!!!

—¡¡Basta!! —exclamo sin poder evitarlo aunque no debería cabrearle aún más de lo que está.

—Sé valiente —solicita agitando la pistola de un lado a otro—. Vamos —insiste apuntándome con ella.

—¡Te odio! —grita Sara en plena crisis nerviosa, lanzándose hacia él.

Todo pasa tan rápido que apenas puedo fijarme en nada, salvo en el ensordecedor disparo que precede a otros dos, en como Black me suelta la

mano y acaba en el suelo, alcanzado por una de esas balas. El tiempo se congela al igual que mi corazón, me arrodillo junto a él sosteniendo la hemorragia como puedo, pero es en vano, la sangre mana libremente de la herida que tiene en el estómago. Le ruego que no me abandone con las lágrimas corriendo por mis mejillas.

El mundo es un caos a mi alrededor y solo puedo mirar sus bellos ojos grises perdiendo el brillo, cerrándose para siempre, alejándose de mí sin que ninguno de los dos podamos hacer nada para evitarlo.

Dicen que el tiempo todo lo cura, que la vida continúa a pesar de las desgracias que ocurren a nuestro alrededor, y es cierto, la vida se abre camino incluso en los momentos más complicados. Abrazo a mi pequeña contra mi pecho y gorjea llenando mis oídos con su limpio sonido. Han pasado varios meses desde que Alfonso se convirtió en un asesino, pero no puedo evitar recordar aquello, volver a sentir la angustia corriendo por mis venas, preocuparme ante el mundo que le espera a Paula.

Querría correr y aislarme para estar segura de que nunca va a sufrir a manos de nadie, pero sé que no puedo protegerla y eso me corroe por dentro.

Estoy sentada en una mecedora en la terraza de la casa que Ricardo compró y ya considero mi hogar, viendo el atardecer mientras Paula se va quedando dormida poco a poco y no puedo evitar que las lágrimas vuelvan. Imagino que por culpa de las hormonas que aún corren libres por mis venas tras el parto, pero también por su pérdida, no se merecía aquello, jamás debió ocurrir y, sin embargo así fue. El recuerdo de aquel día me asalta sin previo aviso y me dejo llevar.

*Sangre, me observo las manos y están teñidas de la sangre de Ricardo, me estremezco y sollozo tratando sin éxito de mantener la compostura. Las lágrimas corren libremente por mis mejillas. Culpable, así me siento porque de alguna manera sé que yo apreté el gatillo con mi declaración sobre todo lo que viví a su lado.*

*Alfonso no habría enloquecido de no ser por mi testimonio, pero jamás pensé que aquello podía suceder, ni en mis peores pesadillas me hubiese imaginado que él sacaría una pistola.*

*Miro a mi alrededor, estamos en el hospital y ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí, solo soy consciente de que en un momento dado me han apartado de Black para atenderle, y me he derrumbado. No sé qué hacer, me da miedo hasta moverme no vaya a ser que todo explote bajo mis pies.*

*Estoy a un paso de perder al amor de mi vida, a la persona que rompió mis barreras y me envolvió entre sus protectores brazos dándome una*

*seguridad en mí misma que creí perdida para siempre. Sin él me siento vacía, incapaz de nada.*

*Me quedo ahí, estática, me es imposible tomar ni siquiera la simple decisión de dónde sentarme en la aséptica sala de espera en la que me han dejado. Los minutos pasan con una lentitud alarmante hasta que una voz profunda y conocida me llama una y otra vez. Al alzar la vista me encuentro con Tomás, exhausto, con el jersey azul claro manchado de sangre y el dolor asomando a esos ojos que tan bien conozco.*

*—Ven —me insta y me dejo llevar hasta el minúsculo baño, donde con paciencia y cariño me limpia las manos y la cara. Sin hablar, dándome tiempo para que vaya volviendo en mí.*

*Después me acompaña de vuelta a la vacía sala de espera, agarrándome de la mano, apretándola cada poco para darme fuerza y recordarme que está a mi lado.*

*Hasta que no nos sentamos no vuelve a llamarme, y esta vez soy capaz de contestarle.*

*—He llamado a Valle para que avise a Jaime y a Helena. Hace poco cambié de teléfono y no tenía forma de comunicarme con ellos.*

*—Gracias —murmuro y tengo que hacer un esfuerzo para no volver a echarme a llorar, ¿cómo voy a mirar al hermano de Black a la cara?, ¿cómo le voy a explicar lo que ha ocurrido?*

*—Estará al llegar —me informa, sin duda ha notado como me he vuelto a derrumbar.*

*—¿Te quedas conmigo? —pregunto sintiéndome desprotegida, incapaz de continuar adelante sin un apoyo sólido al que aferrarme.*

*—Por supuesto, hasta que todo esto acabe no me marchó.*

*—Jamás debí prestar declaración —susurro desgarrándome de nuevo.*

*—Tranquila —murmura acercándome a él—. Hiciste lo que creíste mejor, cualquiera en tu lugar hubiese actuado de la misma forma. Carolina, hay tantas posibilidades de que esto salga mal como de que salga bien. Vamos a ser positivos, Ricardo es un hombre fuerte, va a sobrevivir, tiene mucho por lo que luchar.*

*No puedo hablar, de hacerlo volveré a echarme a llorar soltando toda mi desesperación, así que me escondo en su abrazo, cierro los ojos y trato de borrar de mi mente la imagen de Black desangrándose, pero es en vano. Una*

*y otra vez se repite el momento vivido, la desesperación sufrida, la sensación de estar perdiendo al amor de mi vida.*

*No sé cuánto tiempo pasa, ni siquiera qué hora es, pero cuando abro los ojos me encuentro con Jaime y Helena hablando con Tomás en susurros. Me enderezo y miro al hermano de Black.*

*—Lo siento —digo con la angustia reflejada en cada sílaba. Jaime se sienta a mi lado, está lívido, parece haber envejecido diez años.*

*—No te culpes —me pide tomando mi mano con cariño y casi preferiría su rechazo a su comprensión—. Él único que debe dar explicaciones es Alfonso y me encargaré de que lo haga y no vuelva a salir de la cárcel en toda su vida.*

*—¿Sabéis algo de Ricardo?*

*—Aún no —contesta Tomás—, lleva ya seis horas en quirófano, pero es fuerte, en nada le tendremos de nuevo dando guerra.*

*—Eso espero —murmuro aunque no estoy segura de nada, mucho menos de que esto salga bien. A fin de cuentas yo lo he visto, he observado como su sangre se escapaba de su cuerpo sin que pudiera detenerla por mucha presión que hiciera.*

*—¿Por qué no vamos a tomar un café? —dice mi hermana y yo niego con la cabeza.*

*—Te vendrá bien, Carolina —señala Tomás.*

*—Ve, si tenemos noticias te avisaré enseguida —insiste Jaime.*

*Tres contra uno y hoy no tengo cabeza para rebatirles, así que me dejo arrastrar por Helena hasta la cafetería del hospital, donde me insta a comer algo. Accedo, pero solo soy capaz de dar un par de mordiscos al bocadillo de tortilla de patatas ¿Cómo podría comer sabiendo que Ricardo está al borde de la muerte?*

*Miro de reojo la hora, impacientándome mientras Helena se toma con calma lo que ha pedido.*

*—Intenta tranquilizarte, acuérdate de que estás embarazada, debes cuidarte.*

*—Ya habrá tiempo para eso, debemos volver, Helen —señalo revolviéndome en la silla—. No tardarán en darnos noticias de él y no quiero perderme ni un detalle. Acaba, por favor —la insto, pero es en balde, sigue con su parsimonia y resoplo sin poder evitarlo.*

—Tranquila, si supieran algo ya nos habrían avisado.

—Helena —digo en señal de advertencia. Empiezo a enfadarme con su actitud.

—Ya nos vamos —señala cediendo al fin, levantándose de la silla tras dar el último sorbo a su descafeinado.

—¿Dónde está mi sobrina? —pregunto cuando salimos por la puerta de la cafetería.

—La dejé con mamá y con Valle. Me parecía mucho que Valle se ocupara de su niña y la mía sola.

—Bien —murmuro—. Mamá estará encantada.

—Y sorprendida, no se lo creía cuando la llamé —señala y no sé qué más decir, así que me quedo en silencio.

Regresamos sobre nuestros pasos, a medida que nos acercamos a la sala de espera la situación vuelve a materializarse ante mí, siento el dolor de la pérdida, la angustia de no saber qué ocurre, la desesperación de no poder verle.

En el vano de la puerta me detengo ante la escena que hay frente a nosotras, junto a Jaime y Tomás está un médico con gesto serio, casi abatido.

—No ha sido posible hacer nada más, lamento su pérdida.

Me derrumbo, Ricardo ha muerto por mi culpa, no es posible, me niego a creerlo, pero las palabras del doctor han sido contundentes, no dan lugar a dudas. Me tambaleo hasta allí y para mi sorpresa el rostro de Jaime no refleja el dolor que está sintiendo. Le miro y antes de que pueda descargar mi ira sobre él, Tomás me explica la situación.

—¿Quieres que la lleve a la cuna? —murmura Ricardo sacándome de mi recuerdo, poniéndose frente a mí y alargando una mano para llevarse con él las lágrimas de mis mejillas.

—No, no quiero que se despierte —sonríe y se sienta en la mecedora que hay junto a la mía.

—¿Pensando en Sara? —pregunta dando justo en el blanco como es habitual en él.

—No puedo evitarlo, menos desde que nació Paula, su hija se quedó sin

madre, ella murió prematuramente...

Quien pereció aquel día fue Sara, gracias al cielo aún tengo a Ricardo a mi lado y en estos últimos meses le he demostrado cuánto le quiero y lo feliz que soy a su lado. Sin duda es un regalo o una llamada de atención para valorar todo lo bueno que hay en mi vida.

—Respira —me pide acariciándome la espalda, sosteniendo mis emociones, pero soy incapaz de relajarme, menos cuando empiezo a pensar en todo lo ocurrido, en los ojos desenchajados de Alfonso cuando le arrestaron, en la manera en que nos insultó mientras se lo llevaban, en Tomás tratando de reanimar a Sara mientras la ambulancia llegaba.

Es increíble cómo puedo recordar tantas cosas cuando mi atención estaba centrada en sostener la hemorragia de Black, pero lo hago y con el paso del tiempo parecen avivarse los recuerdos, como una señal permanente de lo efímera que es la vida y lo rápido que se puede escapar de nuestras manos.

—¿Algún día podré asumir lo que pasó? —pregunto más para mí misma que para recibir una respuesta.

—Al menos aprenderemos a vivir con ello —señala él y asiento ante sus palabras.

—Espero que así sea. No puedo apartar de mi mente lo que ocurrió, la culpa es demasiado pesada. Si no hubiese declarado, Alfonso no habría enloquecido, no habría disparado a nadie y...

—Estaría atormentándola. Te entiendo, Ka, yo también me siento culpable, solo me preocupaba que no te hiriese y ni me percaté de cuando ella se abalanzó sobre Alfonso. No pudimos hacer nada para evitarlo.

—Tal vez sí, pero no supimos verlo —añado abatida como cada vez que hablamos del tema.

Me ha afectado mucho lo que pasó aquel día, estoy más melancólica, me cuesta alegrarme de lo que tengo, solo puedo pensar en ese bebé que lo perdió todo tan pronto, en cómo se sentirá, quién estará velando por ella, si sabrán quererla, acoger sus dudas, comprenderla y respetarla por encima de todo o se pasará la vida oyendo críticas hacia su madre, luchando por hacerse un hueco en el mundo y tratando de suplir sus carencias afectivas.

—Me gustaría adoptarla —murmuro mirando como duerme mi pequeña Paula.

—Seguramente la madre de Sara se ocupe de ella.

—¿Y si no es así? ¿Qué pasará si ella no aceptara cuidarla?

—Entonces podría estar con la familia de él —me estremezco al recordar a la arpía de la madre de Alfonso, su influencia puede ser nefasta.

—Ojalá renunciase a ella, podríamos criarla aquí, junto a Paula y...

—Carola, no es tan fácil, las adopciones son cerradas, no se puede optar por un bebé en concreto, y llevan tiempo, años hasta que se terminan los trámites, para entonces seguramente ya estaría adoptada. Todo contando con que entrase en el programa de adopciones, aunque lo dudo, la madre de Sara parecía querer a su hija, no creo que rechace a su nieta.

—Espero que tengas razón, no quiero imaginarme cómo podría ser su vida de vivir con la madre de Alfonso o teniendo que pasar por orfanatos y casas de acogida —digo con la angustia en cada palabra, solo pensar en ello se me eriza el vello y se me revuelve el estómago.

—Estoy seguro de que estará bien —señala Ricardo con más seguridad de la que yo tengo.

—Espero que sí. He llamado a mi psicóloga antes de que llegaras, creo que necesito visitarla de nuevo, trabajar todo lo que pasó aquel día y...

—Si es lo que quieres, te apoyo totalmente —añade tomando mi mano y acariciándola con ternura.

Mi chico malo, está claro que las apariencias engañan y con él más que con ninguno. Me pierdo en la intensidad de sus ojos grises, con nuestras manos entrelazadas y nuestra pequeña hija en mi regazo. No puedo pedir más y debo aprender a disfrutarlo, a pesar de lo acontecido.

Cierro los párpados y respiro el aire limpio que nos rodea, casi puedo transportarme al pasado, a las largas tardes de verano jugando en esta terraza, a los cuentos de mi abuelo sentados en las mecedoras, a los abrazos de mi abuela. Ese era mi hogar y lo será también para mi hija, un sitio al que volver cuando todo falle, cuando nos necesite, es lo más que puedo ofrecerla y espero saber transmitírselo mejor que mi madre.

—¿Entramos? —me pregunta Black y al abrir los ojos veo que la oscuridad de la noche estrellada nos ha sorprendido allí sentados.

—Sí, no quiero que coja frío —me ayuda a levantarme y Paula abre los ojos para mirarnos.

—Hola, muñeca —dice Ricardo dándole un suave beso en la coronilla—. Te prometo que te haré feliz y a tu madre también —añade cogiéndome por la

cintura, abrazándome y transmitiéndome todo su amor.

Incondicional y apasionado, capaz de romper los malos momentos y hacerme descubrir cuánto de bueno hay en el mundo. A su lado, es más de lo que jamás soñé.

## Epílogo

*Tres años después.*

Las risas inundan la cálida mañana de verano y no puedo evitar sonreír al ver la nueva generación de mujeres Salceda rodeando a Cleo mientras las enseña a trasplantar plantas de los tiestos al terreno. Valle, Helena y yo estamos sentadas en el porche, observando con atención a nuestras pequeñas mientras Tomás, Jaime y Ricardo están preparando la paellera. Hoy nos toca descansar a nosotras, nos lo merecemos, sin duda.

Han pasado más de cuatro años desde que Black y yo nos conocimos en la boda de mi hermana, aquel día mi sino cambió y no puedo estar más feliz por ello.

—Mamá me ha llamado esta mañana —comenta Helena acariciándose el vientre tras el que crece mi próxima sobrina.

—¿Va a venir? —cuestiono sin necesidad pues ya sé la respuesta.

—No, solo quería ver qué hacíamos, ya sabes que no soporta el pueblo, que no volvería a pisarlo por nada, ni siquiera por vernos a nosotras.

—A ti —corrijo y chasquea la lengua molesta por mi apreciación aunque sea la verdad.

No, mi madre y yo no hemos conseguido acercar posturas, ni siquiera tras mi embarazo, ni por estarlo de nuevo ahora. Para ella sigo siendo una vergüenza y para mí, ella es prescindible en mi vida, tengo todo lo que podría querer, es ella quien pierde por culpa de su cabezonería y de querer controlarlo todo.

En cuanto a Marta, desapareció de nuestras vidas. No le importa nada, ni siquiera su nieta y al único que le duele es a Jaime. Aunque estoy segura de que en el fondo de su alma sabe que es lo mejor para él y para su familia.

—Ojalá llegaseis a entenderos —dice Helena y me encojo de hombros, no tiene razón de ser hablar de algo que no va a suceder por mucho que ella se empeñe. Aunque la entiendo, está en medio de una incómoda situación.

Por suerte ya aprendió a quedarse al margen y a no jugar al juego que

nuestra madre impone, es más de lo que tenía antes y con eso me conformo.

—No insistas, Helena —interviene Valle con acierto ante mi prolongado silencio—. Debería ser tu madre quien cambiara y no va a hacerlo.

—Lo sé, pero...

—Te encantaría que no fuera así —completo su frase inacabada—. Te entiendo, pero no hay nada más que hacer y yo no voy a ceder, lo hice durante años, con demasiada gente, ahora me toca ser yo por encima de lo que nadie pueda pensar. Así que siento no poder darte ese gusto ni aliviar así tu angustia, pero no está en mi mano.

—Lo sé, lo siento, estos días estoy sensible, quizás porque ya llega esta nueva peque a complicar mis días y mis noches. ¿Por qué no me lo advertisteis antes? —pregunta con una sonrisa bailando en sus labios.

—Yo lo hice, llamadme egoísta si queréis, pero no vuelvo a caer en esto, menos cuando hace tan poco que hemos conseguido dormir del tirón. Mi suegra está escandalizada, ya os lo imagináis, que os voy a contar—añade Valle, ha decidido no tener más hijos y mi tía se sube por las paredes por ello.

—La última vez que la vi estuvo media hora diciéndome lo insensato de tu actitud, amén de lo egoísta y demás. La puse en su sitio, a ver si ya aprende a no meterse donde no la llaman —añado recordando la surrealista escena vivida la semana anterior.

Había ido a entregar unos informes al trabajo y me abordó para despotricar contra Valle, no pude callarme, menos ante algo tan injusto. Es su decisión y aquí está la tribu para apoyarla.

—Eso no me lo ha contado Tomás.

—Dudo que mi tía se lo haya dicho, fui un poco borde, pero tengo excusa —afirmo tocándome la barriga y guiñándola un ojo. Apenas se nota mi embarazo, estoy de pocos meses y va a ser el último que yo geste en mi vientre.

Después de lo de Sara, Black y yo iniciamos el largo proceso de adopción. Así que estamos a la espera de ampliar la familia en cuanto la administración lo decida y creemos que será antes de que acabe el año.

Comemos entre charlas y risas, disfrutando de la compañía y olvidándonos del reloj. Estamos todos de vacaciones, no hay prisas, ni clases al día siguiente.

Ricardo me mira desde el extremo de la mesa mientras le da a Paula un trozo de pan. Y sus ojos grises me atrapan diciéndome tantas cosas sin

palabras. Aprendí a amarle, tanto como a mí misma, de su mano descubrí que una relación no tiene por qué doler, que los insultos, los gritos, los zarandeos y los menosprecios no deben ser la tónica de un matrimonio.

Me guiña el ojo y sonrío. Alejando con su gesto mis pensamientos, devolviéndome al presente maravilloso que compartimos y que nadie puede empañar. Recordándome que el pasado jamás volverá.

El día se vuelve noche en un suspiro, así de rápido pasa cuando estás en buena compañía, y tras arrojar a Paula que ha caído dormida en cuanto ha apoyado la cabeza en la almohada, salgo de la habitación con sigilo para no despertarla.

No he dado ni dos pasos cuando tengo a Black frente a mí. Me sujeta por la cintura y apoya sus labios en los míos con delicadeza.

—¿Cansada? —pregunta con esa sonrisa suya que me vuelve loca y ya sé lo que quiere.

—Un poco —murmuro acercándome a él.

—Entonces tendré que seducirte y puedo llegar a ser muy persuasivo, Ka.

—No lo dudo.

Sonrío mientras toma mi mano y me dirige hasta el baño. En la bañera ya está todo preparado: agua, espuma, pétalos de rosa... y zumo de arándanos en copa de cristal.

Me desviste lentamente, acariciando mi cuerpo sin prisa, besándome allí donde él quiere y sabe que me enciende. Me recuesto contra él, disfrutando de sus atenciones y cuando ambos estamos completamente desnudos, me giro para perderme en sus ojos como tantas veces.

—Gracias —murmuro sin poder evitar una lágrima traicionera que cae por mi mejilla—, gracias por estar a mi lado.

No dice nada, pero me abraza contra él y acoge ese dolor que a veces, sin pretenderlo, aparece en mí. Las huellas del maltrato pronto desaparecerán, Ricardo se está encargando de borrarlas con sus besos, pero a veces...

—Te amo, Carolina —confiesa recordándomelo sin necesidad.

—Yo también te amo.

Salgo de sus brazos para poder observarle, acaricia mi pequeño vientre con devoción y vuelve a repetirme que me ama. Desde que nos casamos en una boda íntima y perfecta no ha dejado de demostrármelo ni un solo día y me siento muy afortunada por ello.

Me guía hasta la bañera y antes de poder meter un pie en el agua...

—¡¡Mamá!!

Paula se ha despertado, ¿cómo es posible si estaba agotada?

—Enseguida vuelvo —afirmo y él asiente sin poner mala cara. Ambos sabemos que nuestra prioridad es ella, hasta que vuele lejos de casa.

Salgo del baño tras ponerme el albornoz y recorro los pocos pasos que hay entre las dos estancias. No, la vida no es tan sencilla como cuando estábamos solos, pero no la cambiaría por nada, no puedo ser más feliz que en estos instantes.

Fin

# Agradecimientos

*Marisa*, gracias por ser mi pilar en esto y en otras tantas cosas, por entenderme y soportarme, por seguir aquí contra viento y marea.

Gracias, *Nadia*, jamás podré agradecerte como te mereces que estuvieras a mi lado. Te mando un beso enorme.

Gracias a *Ginny* porque siempre estás cerca aun teniendo tantas cosas en tu vida, eres un sol.

Gracias a vosotros, los lectores que tenéis la generosidad de leer a escritores poco conocidos.

Y por supuesto a mi familia, a Emma que es la luz de mis días y me enseña cada día a ser mejor madre y mejor persona.